

M. G. ARANGUREN



El éxodo de Amanda

*El amor es el centro de
gravedad de los sentimientos.*

© 2019, M. G. Aranguren

Título: El éxodo de Amanda

Primera edición: diciembre 2019

Todos los derechos reservados. Bajo licencia Safe Creative.

Esta publicación no puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna o por cualquier medio, incluido fotocopias, o cualquier medio electrónico o mecánico sin el permiso del escritor o del editor, ya sea en parte o en su totalidad.

(1965-2010)

Capítulo uno: La llave (2010)

Capítulo dos: Gioacchino (1965)

Capítulo tres: El hallazgo (2010)

Capítulo cuatro: En moto por la Toscana (2010-1965)

Capítulo cinco: El vestido rojo (2010)

Capítulo seis: Arezzo (1965)

Capítulo siete: La marcha (2010)

Capítulo ocho: Regreso a Milán (2010-1965)

Capítulo nueve: Un billete de metro (2010)

Capítulo diez: La mujer de los pies descalzos (2010)

Capítulo once: La chica pelirroja (2010)

Capítulo doce: The Beatles (2010-1965)

Capítulo trece: Barcelona (2010)

Capítulo catorce: La verdad (2010)

Capítulo quince: Jota (2010)

Capítulo dieciséis: La despedida (2010-1965)

Capítulo diecisiete: El barco (2010)

Capítulo dieciocho: Tuo per sempre (2010)

Capítulo diecinueve: El perdón (2010)

Epílogo

(1965-2010)

La peor fórmula de esclavitud es la que uno mismo se impone. Si no se es capaz de perdonar e indultarse de toda culpa, el resultado final puede ser devastador.

Este era uno de los motivos por los que Amanda se encontraba, como todas las tardes, contestando con precisión casi mecánica las preguntas que el presentador iba lanzando tras la pantalla del televisor.

—¡El río Ebro! —clamaba mientras daba saltitos y palmas de alborozo en el desgastado sillón de la sala.

—¡Cárpatos! —continuaba.

—¡Luis XVI! —chillaba eufórica, como si pudieran de esa forma oírle desde el plató.

Así iba hilando una respuesta tras otra, hasta que los créditos anunciaban el final del programa y la publicidad daba paso a los informativos.

A las ocho en punto de cada tarde, aquella mujer casi septuagenaria ponía en práctica su ritual diario de encadenar palabras. Estas le devolvían la seguridad de saberse una mujer culta, que podría ser aplaudida con cierta admiración de haber tenido delante un público dispuesto a vitorear sus aciertos, tal y como les sucedía a los concursantes que desfilaban de lunes a viernes por el salón de su casa.

Antes de apretar el botón del mando a distancia que le sumergiera en ese otro mundo, alejado de los estereotipos que de ella tenían sus vecinos, algunos familiares, y los pocos amigos que aún conservaban, Amanda ya se había encargado de disponer sobre la mesa del comedor el mantel, cuidadosamente planchado, así como la servilleta abrazada por el aro dorado que delataba que aquellas manchas grasientas, difíciles de ocultar ni con el más enérgico de los lavados, pertenecían a su esposo.

La cena se hallaba en el horno que aún permanecía templado, para mantener la temperatura adecuada hasta que Jota llegara impuntual, como siempre, tras lo que él denominaría como una vertiginosa y agotadora jornada laboral.

El tintineo del llavero al introducir la llave en la cerradura anunciaba el inicio de un diálogo aprendido con los años.

—Buenas noches, cariño, ya estoy aquí.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntaba ella como un responso litúrgico.

—¡De vértigo! Dos asuntos urgentes fuera de hora me han retenido más de la cuenta en la oficina. Ya sabes cómo se las gasta Mauri, primero se escaquea y luego se pone hecho una furia si el problema no ha quedado resuelto. Así que el marrón, una vez más, para mí.

—Estarás agotado —continuaba con el teatral diálogo—. Tienes la cena en el horno.

—Uf, agotado es poco, reventado más bien. Tomo un bocado, miro un par de papeles que aún me quedan pendientes, y me acuesto.

—Muy bien. Yo me quedo un rato más aquí, viendo la tele.

Para cuando Amanda emitía esta última frase, él se hallaba presente en la estancia, pero con el

pensamiento vagando muy lejos de allí.

Mientras tanto, tal vez para compensar tanta ausencia, en su fuero interno Amanda comenzaba a fantasear con viajes y momentos felices. Tumbada en el amplio sofá, con los ojos entornados, creía recordar que hubo una época en que percibía las emociones como un torrente irrigador de placer que estimulaba cada terminación nerviosa de su piel. Sin embargo, en la actualidad, se notaba anestesiada, como si con la edad hubiera desaprendido a amar, a vivir, a sentir. Había ido olvidando el modo de reír a carcajadas o de besar con esa pasión que acelera los latidos del corazón y los vuelve palpables en ingles y sienas.

En los momentos de la más hedionda soledad, su cerebro proyectaba imágenes del ayer que golpeaban con una virulencia descarnada sus inquietudes, hasta el punto de mortificarla. Estas aparecían como fotogramas de un tiempo añejo, que se iba desmadejando con la lentitud propia de los años pasados, y que, al mismo tiempo, avivaba la ansiedad por retomar la fortaleza de una personalidad extraviada. Cada destello que refulgía de ese otro yo antiguo provocaba una suerte de descarga eléctrica que le devolvía la existencia, como las palas de un desfibrilador que, aplicadas sobre su pecho, emitían una corriente que atravesaba su cuerpo, resucitándola.

Llevaba días con la maleta hecha, escondida bajo la protección del somier de la cama. Mientras tanto, al bulto de tela agazapado en el suelo se le adherían las pelusas y las partículas de polvo que, sin esfuerzo, se le iban desprendiendo a la vida. En su interior, unas pocas ropas: una camisa, unos pantalones, un blazer, un par de zapatos cómodos, unas deportivas, un camisón y el manojito de cartas que le conectaban con el ayer esperaban pacientes el momento en el que ella se decidiera a emprender un éxodo, un peregrinaje que culminase con el reencuentro del amor, las remembranzas y, lo que era aún más importante, la comunión con su yo interior.

Durante la nada desdeñable cifra de cuarenta y cinco años, esas cartas de letras manuscritas, trazadas con una delicada caligrafía, habían quedado relegadas al ostracismo que siempre confiere el olvido. Le había costado recordar que, décadas atrás, había guardado esa correspondencia en una cajita, aletargada junto a otros pequeños objetos fetiches, todos ellos recuerdos de su época vivida en Italia: un trébol de cuatro hojas, un anillo de plástico, una fotografía tomada en blanco y negro, un recorte de prensa y dos entradas para ver a los Beatles el 24 de junio de 1965 en el Velódromo Vigorelli, en Milán.

Concierto Beatles en Milán
24/06/1965



Capítulo uno: La llave (2010)

Todo se desequilibró unas semanas antes, el día en el que Jota la envió al sótano a por una botella de vino de Vega Sicilia. Los dos la habían adquirido hacía muchos años, en un mercado *gourmet*, y a un precio absolutamente desorbitado. No obstante, a pesar de su elevado coste, no fueron capaces de resistir el impulso de adueñarse de ella para celebrar alguna ocasión que tiñera su rutina de un matiz único, con ese color que convierte a los pequeños detalles en momentos inolvidables.

Aquella noche estaba predestinada a alzarse como una velada crucial en lo que concernía al futuro del matrimonio. Mauri, el socio de Jota en el negocio que ambos regentaban, había aceptado de buen grado la invitación a cenar lanzada por la pareja. Amanda y Jota le habían convidado con el convencimiento de que, tras disfrutar del banquete que habían dispuesto, Mauri anunciaría la operación de compra de las acciones que Jota poseía en su haber. De esta manera, esperaban que ese flujo de dinero les otorgara el desahogo económico necesario que les allanara el camino hacia la ansiada jubilación. Gracias a ello, podrían comenzar una nueva etapa que les exhumase del desapego en el que ahora vivían apoltronados. Así que, basándose en estos hechos, a Amanda no le importó que por esta causa se esfumara el instante romántico que andaban buscando para, al fin, degustar ese buen vino que las circunstancias de la vida les habían negado.

Una vez hubo bajado a la bodega, abrió el cajoncito donde se guardaban las llaves de los armarios en los que se almacenaban las bebidas etiquetadas con un cierto grado de alcohol. Allí, en lo más profundo de la gaveta, arrinconada en una esquina apenas visible, localizó una pequeña llave con una empuñadura de hierro. En ella se podía apreciar un corazón forjado y pintado con un esmalte de vistosos colores. Lucía unos bonitos tonos púrpura e índigo que bien podrían infundir la duda acerca de que aquella piedra, en realidad, no se tratara de una auténtica joya. Si echaba la vista atrás, reconocía haberla utilizado hacía ya mucho tiempo, pero le costaba traer a la memoria el lugar en el que se ubicaba actualmente el cerrojo al que esta pertenecía.

Abstraída con este pensamiento, se le apegó al cuerpo el olvido sobre cuál era la verdadera razón que la había conducido hasta la parte más soterrada de la vivienda. Dándose cuenta de la tardanza, no quiso dilatar más su permanencia en el sótano. Para ello, tomó entre sus manos la botella que había ido a buscar y echó la llavecita al fondo del bolsillo de su vestido de fiesta. Ya pensaría en ello más tarde.

La reunión transcurrió tranquila. Amanda sonreía de vez en cuando sin atender en exceso a la charla que ambos hombres parecían mantener de manera animada. Le resultaba trabajoso prestarles el debido interés ya que sobre su cabeza sobrevolaba, con obstinada insistencia, una única idea: dar con la cerradura que se acoplara al irregular contorno de una pieza tan singular como aquella. Entretanto, con la mano oculta en el interior del bolsillo, recorría una y otra vez el perfil del hierro para después palpar con la yema de su dedo índice el relieve del corazón esculpido. Mientras se hallaba realizando este gesto, Amanda se sobresaltó al descubrir a su propio órgano acelerándose con unos atropellados latidos.

Al finalizar la cena, cuando los anfitriones despidieron a Mauri al filo de la madrugada, la cara de Jota delataba que algo no había salido según lo previsto. Al parecer no cabía lugar a la jubilación, ni existía predisposición alguna, por parte de Mauri, de comprar las acciones de Jota a un precio que pudiera ser juzgado como razonable. Aquel hombre regordete y bajito solo había

acudido a la velada para consumir, de un modo que al matrimonio le pareció impúdico, la botella de Vega Sicilia. Un vino este que tenían reservado para paladear cuando un motivo verdaderamente especial les proveyera la excusa. De esa forma Mauri, además de denegarles su merecido retiro, les había arrebatado también la oportunidad de crear un instante tierno, aunque solo lo hubieran prefabricado para poder beberse el caldo antes de que este se avinagrara.

Con el abatimiento de unas exequias a las que solo les faltaba el finado, se acostaron esa noche en el lecho. De manera furtiva, Amanda ubicó la llave bajo su almohada. Albergaba la esperanza de que, durante el sueño, la cercanía del objeto a su cabeza hiciera aflorar algún dato acerca de la localización de la caja o sobre su contenido, si es que esta aún seguía existiendo.

Cada cinco minutos, como le ocurría de niña cuando ponía el diente de leche bajo el almohadón para que el Ratoncito Pérez trajera una sorpresa, comprobaba si la llave continuaba en el mismo lugar o si, por el contrario, un ser fantástico la había sustituido por un mágico regalo. Sin embargo, amparado por la oscuridad que le brindaba la noche, lo único que variaba entre las sábanas era el amplio repertorio de ronquidos que Jota expulsaba mientras yacía tumbado sobre el mullido colchón.

A la mañana siguiente, después de preparar el desayuno a Jota y despedirle alzando la mano en el quicio de la puerta, Amanda se afanó en bucear de nuevo entre los trastos diseminados por la abarrotada despensa. Removió todos los bultos allí apilados con la intención de encontrar algún indicio que arrojara un poco de luz sobre el misterio que la había mantenido en vilo toda la noche.

Cuando estaba a punto de darse por vencida, un deseo irrefrenable de escuchar *Can't buy my love* se apoderó de ella como un sortilegio. En ese instante, una amplia sonrisa iluminó su mirada y marcó con profunda rebeldía los surcos de sus arrugas que, paradójicamente, le hicieron aparentar una edad mucho más joven de la que por nacimiento le venía asignada.

Subió todo lo rápido que pudo las escaleras del sótano y hurgó entre los discos de vinilo que llevaban décadas adornando las estanterías del impecable salón. Ni siquiera confiaba en que el viejo tocadiscos funcionase, ni sabía si recordaría cómo poner el aparato en marcha. Tras varios intentos fallidos, y algunos exabruptos después, el disco comenzó a girar a la velocidad constante de treinta y tres revoluciones por minuto. La fina aguja se deslizó por los surcos que marcaban la senda de unas circunferencias perfectas, surfeando las ondas y escupiendo las notas que, de forma cautivadora, impregnaron las paredes con un ritmo y una cadencia que insuflaron un hálito de aire fresco en la habitación. Fue entonces cuando de la garganta de Amanda salieron al exterior los acordes como si el mismísimo John Lennon se los estuviera susurrando al oído: *"I'll buy you a diamond ring my friend if it makes you feel alright, I'll get you anything my friend if it makes you feel alright, Cos I don't care too much for money, and money can't buy me love"*. Todavía recordaba la letra. Sí, claro que la recordaba, cómo iba a olvidarla.

Amanda reía y lloraba al unísono, y daba pequeños pasitos de baile, mientras entonaba la balada de los Beatles casi con la misma energía con la que lo había hecho aquel día de junio de mil novecientos sesenta y cinco. En aquel tiempo, las chicas gritaban enfervorecidas y movían sus cuellos como si estuvieran padeciendo algún tipo de convulsión epiléptica. La fiebre de los escarabajos era así, la exaltación que provocaban aquellos muchachos revolucionó la música en los años sesenta. Eran buenos tiempos para el pop, para el *rock and roll*, para hacer el amor y para enarbolar la bandera de la insurrección en aras de una libertad dictatorialmente oprimida.

Esos cuatro chicos británicos, unos veinteañeros de Liverpool, con sus flequillos *mop-top*, sus americanas de solapa estrecha de Pierre Cardin y sus botas de piel negra con tacón cubano, fueron los culpables de poner la banda sonora a miles de historias de amor. De igual modo que lo

hicieron con la historia vivida entre Amanda y Gioacchino por tierras italianas.

Así fue como Roma, Milán, Arezzo y todos aquellos recuerdos lograron que las piezas encajaran en el puzle que ya tomaba forma en la, cada vez más lúcida, mente de Amanda.

Capítulo dos: Gioacchino (1965)

Miró con detenimiento la llave e inmediatamente rememoró su estancia en Italia. Había acudido allí en el verano de mil novecientos sesenta y cinco con el encargo de realizar un reportaje. La revista en la que trabajaba la había contratado como experta en diseño y, con ese pretexto, la enviaron a la ciudad de Roma para asistir e informar acerca de uno de los eventos internacionales de moda más importantes del año.

Amanda había realizado con anterioridad algunas incursiones en el mundo del modelaje. En reiteradas ocasiones había actuado como maniquí de pasarela en varios certámenes, aunque el único objetivo que le había llevado a ello era el de obtener el dinero necesario para sufragar los gastos que le originaban sus estudios en la Escuela Oficial de Periodismo, en Madrid.

Su vocación por el periodismo era tan pasional que se había convertido en fuente de inspiración para cualquier egresado que gustase ejercer la labor de informar.

En un sinnúmero de ocasiones, Amanda había fantaseado con conocer a fotógrafos de la calidad de Michael Cooper, David Baylei, Lewis Morley o John Cowan. Del mismo modo que soñaba con emular a la gran Carmen de Burgos, considerada como la primera periodista española, quien había publicado en el Diario Universal sus columnas bajo el pseudónimo de Colombine. No era una época fácil para las mujeres, Amanda lo sabía, pero también era consciente de que solo persiguiendo una meta sería capaz de alcanzarla. Sabía que para cumplir un sueño había que permanecer con los ojos bien abiertos y, Amanda, consciente de esta circunstancia, seguía esa premisa a rajatabla.

Fue en Roma donde ella y Gioacchino se conocieron y donde se prendió una llama que ni el más devastador de los tifones lograría sofocar. Todo surgió en los preparativos del desfile que organizaba el Sindicato Nacional de la Piel Española, en el Palacio Montorio. Él ejercía como operador de comunicación y coordinador de relaciones con el exterior en la embajada de España en Roma y, como siempre decía, era el encargado de que todo saliera según lo previsto. Ni fallos de seguridad, ni de protocolo, ni de logística. Era el hombre perfecto, sabía con quién hablar para solventar cualquier vicisitud que surgiera a destiempo, o a quién llamar para cumplir algún que otro deseo, en apariencia imposible, de tan magníficas anfitriones e invitados.

Al exclusivo pase de modelos estaba previsto que concurrieran algo más de un centenar de asistentes, desde Gina Lollobrigida a Sophia Loren, pasando por políticos y embajadores, hasta príncipes y archiduques.

A menudo Amanda observaba a Gioacchino desde la distancia. Asomada a la balaustrada, lo espiaba en cada uno de sus movimientos. Lo veía tan joven, tan elegante, tan regio, tan atlético, tan italiano como un Lamborghini recién salido de fábrica aguardando a ser arrancado para circular a toda velocidad por una carretera sinuosa al borde del mar. Cuando lo miraba y veía esos ojos azules, anclados en un rostro sin imperfecciones, no podía evitar sentir cierto desasosiego; algo parecido a una mezcla de deseo, peligro, aventura, miedo y libertad.

—Me han dicho que el próximo día veinticuatro es tu cumpleaños —dijo una voz que provenía de la espalda de Amanda.

—¡Oh!, perdón —exclamó ella echando una de sus manos al pecho y dando casi un imperceptible brinco—. Me has asustado.

—Entonces el que debe disculparse soy yo —continuó hablando el joven—. Soy un

desconsiderado y un grosero. Permíteme que me presente, mi nombre es Gioacchino, trabajo en la embajada de España, pero soy italiano —dijo esgrimiendo un guiño y una sonrisa, ambos irresistibles, mientras estiraba su mano para estrecharla contra la de ella.

Su tacto era suave y cálido, por un instante Amanda sintió que podría tirarle del brazo y hacer que este rodeara su cintura. Quería sentir su cuerpo contra el suyo, percibir su olor, su fuerza, sus músculos tensados al fundirse en un abrazo, apreciar el roce de sus labios sobre su piel, sentir su aliento en la nuca y absorber el inconfundible aroma a lavanda que destilaba.

—Gioacchino —repitió él ante el repentino silencio de su interlocutora.

—Sí, claro, encantada de conocerte. Mi nombre es Amanda, periodista y española, pero algo me dice que, si ya sabías la fecha de mi onomástica, estos otros datos tampoco te serán del todo desconocidos.

Él rio abiertamente. Al parecer toda esta situación le resultaba realmente cómica.

—En efecto, veo que quien me habló de ti no me engañaba. Eres una periodista muy sagaz a la que no se le escapa detalle. —Volvió a sonreír.

Amanda se debatía entre el deseo de mandar a aquel socarrón jovenzuelo a hacer gárgaras o decirle que se dejara de cháchara e invitarle a subir a la habitación de su hotel, para reemplazar el silencio que habitualmente la acompañaba por unos estimulantes jadeos.

—Entonces, ¿es cierto que el próximo jueves es tu cumpleaños? —reanudó él la conversación.

—Sí, en efecto. Así es —apostilló Amanda.

Remarcó la afirmación con un tono tan agudo que sonó como un gallo. Esto logró revitalizar la sonrisa que aún presidía el rostro del chico, lo que subrayaba esa belleza exuberante en descaro que, sin poder remediarlo, tanto la sobreexcitaba.

—Tengo un par de entradas para el concierto que van a dar los Beatles en Milán, me gustaría invitarte y que vinieras conmigo, si no tienes inconveniente.

Ella esperó que una carcajada prosiguiera a la frase que acababa de escuchar. Llevaba poco tiempo en Roma y todavía no se había familiarizado con el humor italiano. Los Beatles, sí claro, y después le diría que era el mismísimo presidente de la República, pensó. Le miró directamente a los ojos. Amanda se perdió en su profundidad azul y no apreció ni una sola gota de ironía en ellos. Se percató de que su semblante permanecía serio, a la espera de una respuesta.

Amanda tenía la certeza de que las entradas habían salido a la venta a un precio muy elevado y, además, a estas alturas, debían de estar agotadas. Sin embargo, a pesar del aire circunspecto del muchacho, le resultaba inevitable pensar que se trataba de una burla; ella le diría que sí y, entonces, él se echaría a reír al encontrarse frente a un ser tan ingenuo y cándido como ella. Pero, por más que escrutaba su rostro, este permanecía sobrio y expectante.

Con un halo de impaciencia, Gioacchino asió las manos de Amanda entrelazándolas con las suyas, a la par que sus labios, carnosos, de un rojo intenso y apetecibles como un delicioso manjar al que nadie en su sano juicio podría negarse, articulaban de nuevo la pregunta que había quedado huérfana de réplica.

—¿Quieres venir conmigo a Milán? Por favor, di que sí.

—Sí, por supuesto que quiero ir —se escuchó decir a sí misma entusiasmada, con una voz que le sonó totalmente ajena, privada del debido recato y exenta de cualquier voluntad.

Capítulo tres: El hallazgo (2010)

El habitual repiqueteo del llavero le devolvió de golpe a la realidad. Jota había regresado a casa y la cena estaba aún por hacer, la televisión sin encender, y el diálogo sin aprender.

—Buenas noches, cariño. Ya estoy aquí.

—Esto, sí, hola —respondió.

—Ha sido un día de vértigo, ya sabes, una llamada de última hora nos ha mantenido ocupados y estresados más de la cuenta —contestó Jota a una pregunta inexistente.

Un ápice de inquietud se cernió sobre él cuando al abrir el horno le recibió el frío de su interior.

—¿No has cocinado nada hoy? ¿Ha pasado algo? ¿No te encuentras bien?

Hacía tiempo que Jota no se preocupaba tanto por ella. Y, aunque la verdadera razón de hacerlo fuera el vacío de su estómago, a Amanda le resultó un gesto casi conmovedor.

—He tenido un poco de fiebre —mintió—. Pero ya estoy mucho mejor.

—Bueno, hemos picado algo en la oficina, tampoco es que tenga hambre. Miraré un par de papeles que me han quedado pendientes y después me acuesto. Estoy agotado.

—De acuerdo, yo me quedaré un rato más aquí, viendo la tele —contestó, sin darse cuenta de que la pantalla del aparato de televisión presentaba un color negro que revelaba la inactividad impuesta durante la jornada.

Cuando se quedó de nuevo sola, en silencio, trazó mentalmente el plan a llevar a cabo al día siguiente. Invertiría todo su tiempo disponible en tratar de encontrar la cajita que había comprado en la localidad italiana de Arezzo.

Afortunadamente, tras largas horas de cavilaciones, en algún recóndito lugar de su subconsciente había recuperado la información sobre dónde se hallaba. Ahora solo precisaba rescatarla de su escondite y averiguar qué era lo que contenía. Aunque, al descubrir el refugio donde se atesoraban sus recuerdos, también apreció que existía una contingencia que esperaba no le fuera del todo inexpugnable; el recipiente se encontraba en el interior de una trampilla ubicada en un alto del techo. Era un lugar de difícil acceso. Para llegar hasta ella le haría falta una escalera, si es que se proponía alcanzar el elevado agujero. Además, a su edad, y con la incipiente artrosis adueñándose de sus rodillas, esta parecía una actividad peligrosa pero, ¡qué diablos!, demasiado tiempo había permanecido anclada en el «no puedo» y en un rosario de juicios negativos sobre sus facultades. Estaba hastiada de dejarse llevar por la nostalgia y el pesimismo. Necesitaba realizar un cambio que fuera concluyente y este podría iniciarse con una actividad tan simple como la de apostar una escalerilla contra la pared y ascender, con tiento, unos cuantos peldaños.

Esa noche le costó conciliar el sueño. La relatividad del tiempo le destrozaba los nervios. Los segundos se apilaban lentamente sin dejar paso a los minutos y, estos últimos, perezosos, no lograban conformar las horas. Así se le fue acumulando la espera en las ojeras y la ansiedad en los dedos que no paraban de acariciar ese pequeño objeto metálico que estaba segura le abriría las puertas a un pasado feliz.

Una mañana más, como tantas otras antes, Amanda despidió a Jota en el umbral de la puerta y, sin siquiera disimular su mala cara debido al cansancio amontonado, se apresuró a rescatar la escalera del garaje. Lo dispuso todo de manera concienzuda y, cuando consideró que había

extremado las medidas de seguridad, incluida una colchoneta acomodada en el suelo como dudoso airbag anti-caídas, se encaramó a la escalera y procedió a ascender con cautela los escalones que le llevarían hasta el altillo.

Una vez que consiguió introducirse en el área abuhardillada, Amanda solo tuvo que revolver un poco entre los trastos sepultados bajo una fina capa de polvo para encontrar lo que andaba buscando. Allí estaba, una caja rectangular de pequeñas dimensiones con un asa en su parte superior y, en el frente, grabadas dos iniciales: A&G. Recordaba haberla comprado en una tienda durante una de las excursiones realizadas con Gioacchino. El dueño del establecimiento no la tenía puesta a la venta, pero aquel italiano infatigable que la acompañaba era capaz de convencer al hombre más testarudo del planeta con su palabrería y su amable sonrisa. Siempre había tenido la sensación de que aquel muchacho podría lograr cualquier meta que se propusiera.

Depositó la caja con prudencia entre sus manos, como si el material con el que estaba confeccionada ostentara una fragilidad igual que si fuera cristal de Murano. Pero no era la composición exterior la que resultaba delicada, sino su contenido. Los sentimientos, y más si estos están fabricados de recuerdos, dan como resultado el compuesto más frágil que cualquier naturaleza pueda exhibir.

Con especial precaución comenzó a descender los escalones poco a poco, apretando con fuerza la caja bajo la axila. En el instante en que tuvo ambos pies apoyados en el suelo, admiró la belleza del recipiente. Sopló el polvo que lo recubría. Este se desplazó en el aire llenando la atmósfera de pequeñas partículas grisáceas que quedaron suspendidas en el ambiente. Después, colocó la caja sobre la cómoda para poder devolver cuanto antes la escalera al garaje. Pensó que lo más acertado sería proseguir con su rutina como lo había hecho hasta entonces, así no despertaría sospechas. No consideraba conveniente que Jota comenzara a lanzarle preguntas incómodas que ella no supiera cómo resolver.

Buscó en su bolsillo la pequeña llave. De nuevo recorrió sus márgenes con la punta de los dedos y reconoció todos y cada uno de los perfiles dentados que la conformaban. La dejó donde estaba, en su escondite de tela, sin atreverse aún a utilizarla.

A las ocho en punto encendió el televisor. El conductor del programa apareció en pantalla con su sonrisa habitual y su particular verborrea. Al fondo, se podían escuchar los aplausos.

—¡Ana Frank! —vociferó entusiasmada.

—¡Van Gogh! ¡Por Dios!

—Toscana —dijo esta vez en un leve murmullo.

Oyó que la puerta de entrada a la casa se abría expulsando de golpe el calor acumulado a lo largo de toda la tarde.

—Buenas noches, cariño, ya estoy aquí. —Le escuchó decir como un mantra.

—¿Cómo te ha ido el día?

—De vértigo. Ya sabes. Hoy Mauri nos ha anunciado que se van a amortizar varios puestos en la oficina. Muchos de los trabajadores de siempre se van a quedar en la calle y, en Madrid, ahora ya no es como antes. No se encuentra un nuevo trabajo tan fácil y la remuneración también se ha empobrecido.

»Ha hablado de la crisis, los ERE y todos los asuntos que se están cargando este país en dos patadas. Este año será recordado como el año de los expedientes de regulación de empleo, ya lo verás, y mucho me temo que esto no es más que la punta del iceberg. No sé dónde vamos a llegar. Menuda tensión se ha creado. Ni te imaginas. Nos hemos tenido que quedar aplacando los ánimos de los obreros que serán despedidos. Hasta han amenazado con iniciar una huelga de hambre. Al

final la gente va a tener que irse al extranjero para poder trabajar, que te lo digo yo. Ojalá Mauri se quedara con el negocio de una santa vez.

—Estarás agotado. Si quieres tienes la cena en el horno.

—Imagínate, estoy reventado. Miraré los papeles para el asunto de las indemnizaciones y después me acuesto.

—¿Quieres que te ayude en algo? —improvisó Amanda.

No obtuvo respuesta.

—Entonces me quedo un rato más aquí, viendo la tele —dijo al aire, exhalando un largo y solitario suspiro.

Capítulo cuatro: En moto por la Toscana. (2010-1965)

Por la mañana, tras despedir a Jota y sin siquiera vestirse, se dispuso a adentrarse en lo anacrónico de un tiempo pasado.

La llave encajaba a la perfección en la cerradura de la cajita que había rescatado el día anterior. Tan solo un giro de muñeca le separaba de los recuerdos que aquella especie de baúl diminuto ocultaba. Sin embargo, las dudas no cesaban de atormentarla. Sabía que, en ocasiones, volver al pasado, mirar hacia atrás, solo impide ver el futuro que se tiene delante.

Le atemorizaba convertirse en Pandora, y que con su curiosidad por abrir el recipiente se liberaran todos los males del mundo, recelosa además de que, al igual que le sucedió a aquella mujer griega, aunque quisiera cerrar el receptáculo de forma inmediata, una vez abierto, desapareciese cualquier posibilidad de echarse atrás y dejar todo tal cual estaba. Al mismo tiempo, recordó que en el fondo de la caja de Pandora permanecía adormecida la esperanza, así que, aferrándose a ella, dio la vuelta a la llave y se dispuso a averiguar lo que contenía.

En el interior descubrió un anillo de plástico, dos entradas para el concierto de los Beatles en Milán el 24 de junio de 1965, una fotografía tomada en blanco y negro, un trébol de cuatro hojas, un puñado de cartas contenidas en sobres de color amarillo amarrados con un lazo de raso azul y un recorte de prensa.

Los dedos de Amanda temblaban como baquetas ejecutando un redoble de tambor. Con el seísmo que estos provocaban, casi le era imposible llevar a buen término la lectura del viejo recorte de periódico o de las desgastadas letras, a duras penas perceptibles, de las entradas para el concierto. Fue entonces cuando las gotas resbalaron por sus mejillas. Sin sollozos, sin quejidos ni lamentos, tan solo el agua salina cayendo desde el lagrimal hasta la comisura de sus labios, para acabar precipitándose al vacío por el tobogán que componía el mentón y dar así por finalizado su periplo al chocar, en una especie de inmolación acuosa, contra la tarima del piso.

En aquel instante recordó con claridad el veintidós de junio del sesenta y cinco, dos días antes del famoso concierto. Esa semana Amanda se había desplazado a Milán para fotografiar varios de los trajes que iban a exhibirse en el desfile y hablar con algunas de las casas de moda más prestigiosas de Italia. Ese día, Gioacchino fue a buscarla al hotel Príncipe di Savoia donde se hallaba alojada. Aún podía recordararlo gritando a pleno pulmón desde una Plaza de la República repleta de turistas, con su natural descaro e innata jovialidad. Mientras tanto, Amanda, asomada al balcón, le imploraba entre avergonzada y divertida que bajase la voz.

—*¡Amanda, cara! ¡Vieni presto qui! ¡Oggi è il giorno più bello della vostra vita!*

Pregonaba con los brazos y las piernas separadas, como si del hombre de Vitruvio se tratara, proporcionado, armonioso, bello. El mismísimo Miguel Ángel Buonarroti podría haber esculpido aquel cuerpo en mármol blanco de Carrara y hasta el propio David se habría muerto de envidia. Capaz de vencer a Goliat, sí, pero incapaz de igualar el magnetismo y el carisma del que era poseedor Gioacchino.

Empolvó sus mejillas, pulverizó unas gotas de perfume sobre su cuerpo de manera estratégica, se puso carmín en los labios y, satisfecha, echó un vistazo al vestido rojo valentino que, según pudo observar gracias al reflejo que le devolvían los espejos distribuidos por toda la *suite*, se amoldaba como un guante a su morfología. La tela remarcaba su silueta y realzaba sus curvas de tal modo que ni el más casto de los mortales podría resistirse a mirarla.

Anhelaba reunirse con él lo antes posible. Por ello, tomó su bolso con talante apresurado. Salió presta de la habitación y ni siquiera esperó a que el ascensor subiese hasta la segunda planta. Descendió la escalinata lo más rápido que sus piernas le permitieron, no sin dar algún que otro traspie por el camino que a punto estuvo de poner en peligro su integridad física y, lo que sería aún peor, su cita.

Al llegar al vestíbulo del hotel, frenó en seco. Alisó el tejido de su vestido, se atusó el cabello, frotó su labio superior sobre el inferior para distribuir bien el carmín y trató de tranquilizarse. Algo que le fue del todo impracticable dado que, desde esa distancia, todavía se hacía audible el pregón de Gioacchino en la calle.

Amanda salió del hotel y agarró con fuerza la mano de aquel italiano loco y embriagador. Le apretujó los dedos y le estiró del brazo con la intención de salir de allí corriendo y, de ese modo, alejarse de las miradas iracundas, divertidas, censoras o emocionadas que se vertían sobre ellos, dependiendo del espectador que se hallara presenciando la escena.

Al doblar la esquina, los dos comenzaron a reír hasta que el abdomen comenzó a provocarles fuertes punzadas. Les era imposible contener unas carcajadas cuya resonancia iba en aumento provocando, sin darse cuenta ellos, un nuevo escándalo.

Nunca nadie le había hecho divertirse de aquel modo. Solía pasar buenos ratos con amigos, e incluso algunos pretendientes habían logrado que se sintiera realmente cómoda y a gusto con ellos hasta el punto de creer que aquello que notaba se acercaba bastante a lo que algunos definían con una palabra que, la inmensa mayoría pronunciaba, pero muy pocos conocían: amor. Al menos eso era lo que hasta entonces creía, pues se confirmaba que lo que le estaba sucediendo en aquel viaje era algo desconocido e inesperado. Se trataba de algo que merecía la pena vivir, aunque solo fuera un instante, para poder inmortalizarlo a lo largo de toda una vida. Con ello dedujo que ese sentimiento oculto que ahora experimentaba, sin el menor género de duda, iba un paso más allá del amor: comenzaba a estar profundamente enamorada.

Amanda se veía espléndida con su vestido rojo. Así se lo hizo saber Gioacchino en cuanto la tuvo de frente. Se lo dijo con los ojos puestos en blanco, como si entrara en pleno éxtasis con tan solo mirarla.

Tras un efímero y sutil coqueteo, el chico le prometió una excursión inolvidable. Tenía pensado llevarla al pueblo donde él había nacido veintitrés años antes: Arezzo. De camino podrían hacer una ruta por los viñedos y paisajes de la Toscana. Estos estaban repletos de imágenes con un colorido asombroso de ocres y amarillos, tintados por girasoles, y del verde dibujado por las hileras de cipreses que apuntaban a un cielo cuajado de pinceladas lechosas, como los trazos de una acuarela. De igual modo pasarían por sus carreteras zigzagueantes, que se afanaban por delinear las alfombradas colinas. Contemplarían los olivos, hayas y castaños, envoltorios de las diferentes murallas, castillos y casonas que transportaban a quien por allí pasara hasta una época medieval.

Estaba convencido de que la travesía le iba a resultar fascinante.

Lo que Amanda no sospechaba era que el recorrido no lo iban a realizar en uno de los lujosos coches de la embajada, tal y como había imaginado, sino en motocicleta, un transporte típico de aquella región. Cuando Gioacchino le extendió el casco y le indicó que se lo pusiera, Amanda no daba crédito a lo que estaba a punto de acontecer. Ataviada con sus mejores galas, se disponía a viajar en moto hasta atravesar media Italia. Ni siquiera podía montarse en la motocicleta de manera mínimamente decorosa. A pesar de ello, Gioacchino no pareció apreciar ningún inconveniente ante las reiteradas protestas y observaciones de Amanda. Se limitó a aseverar que

todo saldría a la perfección y que ella lucía preciosa con su vestido color escarlata. Le aseguró que harían varias paradas en el camino y, de ese modo, no notaría lo largo del recorrido. Además, según pudo saber, en Arezzo les esperaba una buena cena con la *mamma*, quien les estaba esperando con los brazos abiertos y con mucho interés por conocer a la chica de la que tanto hablaba su hijo en los últimos tiempos. Allí también le tenían preparada una habitación de invitados en la que acomodarse esa noche, hasta regresar a Milán al día siguiente.

Con la brisa del aire azotándole las mejillas, recordó que no había anunciado que faltaría tanto tiempo al trabajo. Tampoco estaba muy segura de que realmente pudiera hacerlo sin que las consecuencias de ello resultaran nefastas. Cuando argumentó sus temores, desde el asiento delantero, Gioacchino le tocó con suavidad uno de sus muslos que había quedado al descubierto por la fricción que sobre él ejercía el aleteo del viento. Este gesto, lleno de sensualidad, provocó en Amanda un efecto de tal magnitud que, como si de un baile sincronizado se tratara, erizó en un solo impulso el vello que le recubría la piel. La sensación fue tan intensa que deseó notar esa mano expeditiva escrutando cada poro de su cuerpo, incluso los recovecos más ocultos y reservados. Las íntimas palpitaciones de su monte de Venus y su respiración agitada, así se lo confirmaron.

—*Non ti preoccupare, principessa* —dijo con la más seductora de las entonaciones—. Ya he avisado que te tomarás dos días libres. *Tutto é risolto*. —Gioacchino tenía el convencimiento de que hablándole en italiano tendría la mitad de la partida ganada. El del idioma se había convertido en uno de los recursos de seducción más infalibles de los que hacía gala dentro de su repertorio.

—¡Estás completamente loco! —le espetó—. ¿Pero quién demonios te has creído que eres para hacer algo así sin consultármelo antes? —continuó vociferando mientras, con la mente confusa, le propinaba pequeños manotazos en la espalda—. ¿Me sonríes y al día siguiente ya te crees que eres mi puñetero dueño? Conseguirás que pierda el trabajo y, con él, todo mi esfuerzo y mis aspiraciones en la revista se irán al traste. ¿Sabes cuánto he luchado por llegar hasta donde estoy ahora?

Gioacchino redujo la marcha. Con un tono apesadumbrado le preguntó:

—¿Quieres que volvamos? *Siamo in grado de tornare a Milano*.

Pero, ¿cómo podía hacerle esa pregunta? Estaba claro que ella no quería regresar a Milán. Tan solo tenía que pedirle perdón, decirle que había sido un tonto engreído y que debía de haberle consultado antes de tomar cualquier decisión que le incumbiese a ella de manera directa o en la que, de un modo u otro, se viera involucrada. Entonces lo perdonaría y continuarían el trayecto, eso sí, no sin antes reprobarle y afearle su conducta egoísta y posesiva. Se veía en la necesidad de decirle que no se puede coartar la libertad de ninguna persona, mucho menos escudándose detrás de excusas falaces como el cariño o la compasión. Pero ahora, con esta cuestión en ciernes, había puesto a sus principios en un auténtico aprieto y a su orgullo en un compromiso. Por ello, Amanda se debatía entre el deseo de obligarle a parar el motor y besarlo de manera apasionada, sin importarle lo que fuera de allí pensarán, incluso lo que su propia razón le dictara, o mostrarse como la mujer dolida que ahora era y que rabiaba por reclamar tanto su capacidad para decidir, como su independencia. Por eso se planteó exigirle que diera media vuelta y regresaran a Milán de manera inmediata. Después de todo, empezar una relación así sería comenzar con mal pie.

A pesar de este firme convencimiento, como no llegaba a un acuerdo racional consigo misma, decidió tomar una solución salomónica. Continuarían el viaje, sin olvidar en modo alguno que dejaba una conversación pendiente sobre lo ocurrido. Así se lo hizo saber a Gioacchino. Permaneció en silencio durante los siguientes tres kilómetros hasta que la curiosidad ganó el pulso

al enojo. Fue entonces cuando de su boca salió la pregunta que hacía rato pugnaba por expresar la inquietud que experimentaba. Quería saber por qué se encontraban rumbo a un pueblo de la Toscana, sin importar el evento que habían dejado atrás en Roma a medio organizar.

—¿Cómo has logrado que me den dos días libres en la revista? Queda todavía mucho por hacer con los preparativos en la embajada.

—No sé si responderte —contestó él—. No quisiera que volvieras a enfadarte conmigo.

Aunque no podía verle la cara, Amanda estaba convencida de que una sonrisa presidía su rostro.

—Claro que estoy enfadada. Y mucho. Deberías habérmelo consultado. Y debería haber sido yo quien hablara con mis jefes. No creas que he llegado a ser quién soy por no tener voz o valor suficiente. No necesito a nadie que hable por mí, ni que me defienda. Es evidente que sé argumentar mis peticiones y que tengo la capacidad necesaria para valorar lo que me conviene o no me conviene en cada momento. Soy una persona autosuficiente, igual que tú, y si no consigues respetar eso, tal vez sea mejor que lo dejemos aquí.

—No está en mi ideario minusvalorar a nadie. No supe apreciar la importancia de los hechos: es tu trabajo, tu empeño, tu vida. Es cierto que solo tú podías tomar la decisión de dejar lo que tenías entre manos. Este es un reportaje que refleja la confianza depositada en ti para llevarlo a cabo a nivel internacional. Es un gran logro, y yo no tengo potestad para dar el mínimo paso que pueda poner esto en riesgo o que haga tambalear tu proyecto.

La argumentación esgrimida por Gioacchino parecía sincera. Y aunque aún reinaba la zozobra en el interior del pecho de Amanda, decidió apaciguarse.

—Es mucho más que eso. Es más profundo que este hecho en concreto. Se trata de respetar, de la homogeneidad de los derechos. La lucha que se está llevando a cabo va mucho más allá de lo que perfilan tus palabras. La primera vez que una mujer tuvo derecho a votar fue en mil novecientos treinta y tres. Hace nada como quien dice. ¿Te parece esto normal? Y encima, ahora, con la dictadura, ninguno somos libres para elegir. Aquí, en Italia, es distinto. Vosotros tenéis a Saragat en el poder —arguyó haciendo una breve pausa—. De cualquier forma, entiendo que tu alegato va encaminado a pedir perdón por tu manera de proceder y, por ello, acepto tus disculpas. Ahora bien, ya te adelanto que este es un tema que me preocupa y que en ocasiones llega a obsesionarme, te lo advierto.

Tras las palabras argumentadas por Amanda, un silencio incómodo los envolvió a ambos. Finalmente, fue ella quien, ante la tensión generada, decidió retomar la charla con el fin de atemperar el ambiente.

—Y ahora, cambiando de tema, dime, ¿cómo lo conseguiste? Me refiero a que no pusieran trabas a mi ausencia de estos días.

—Bueno, les he revelado que íbamos a realizar gestiones para entrevistar a Giorgio Armani y que este viaje estaba encaminado a lograrlo.

—¿Giorgio Armani?! —repitió Amanda incrédula—. Eso sería maravilloso. Dicen que tiene un gran futuro y que no tardará mucho en dejar de diseñar para Nino Cerruti y así ponerse al frente de su propio taller.

—Conozco a Galeotti —prosiguió hablando él—, es un buen amigo mío. Tiene una relación muy estrecha con Armani y me aseguró que Gió estaría encantado de concederte una entrevista —dijo como si aquello fuera algo de lo más normal—. ¿Sabías que estudió medicina y lo dejó para ser escapatista? —añadió satisfecho—. ¿Y que su padre trabajó para Mussolini? Vas a hacer un gran reportaje, estoy seguro —sentenció.

Al borde de la carretera apareció un cartel que rezaba «Piacenza». No era un pueblo que arrancara grandes elogios por su belleza, pero era el lugar donde Armani había nacido, así que allí podría sacar unas cuantas fotos para documentar la entrevista. Habló con varios de los lugareños que aportaron datos de la infancia de Giorgio muy succulentos y que, sin duda, ayudarían a Amanda a la hora de preparar el encuentro de aquella tarde.

La entrevista fue mucho mejor de lo esperado. El ambiente fue distendido y el hombre se mostró amable y colaborador en todo momento. Le habló de sus aspiraciones revelándole, en exclusiva, algunos bocetos que tenía pensado llevar a cabo en su nueva andadura. Amanda determinó que, si bien era un personaje algo excéntrico, la creatividad que sus palabras y sus actos manifestaban compensaban todas sus extravagancias. Era un genio, y como tal lo presentaría en su artículo.

Capítulo cinco: El vestido rojo (2010)

El pitido de la alarma del móvil le sacó de sus pensamientos y le devolvió de un modo brusco al presente. El reloj marcaba las ocho. Guardó los recuerdos en la caja, tal y como estaban antes de que ella la abriera, y la cerró con llave. La escondió bajo el sofá y sintonizó la cadena de su concurso favorito. Después, se arrellanó en el sillón con una tranquilidad nueva y desconocida. Prepararía la maleta pequeña, así sería más fácil hacerla pasar desapercibida y, de todas formas, tampoco necesitaba mucho equipaje para el viaje que había decidido emprender.

—Buenas noches, cariño, ya estoy aquí. —Se hizo escuchar Jota por encima del volumen del televisor.

—¿Cómo te ha ido el día? —contestó Amanda.

—Uf, de vértigo, como siempre.

—Tienes que estar agotado. La cena está en el horno... como siempre —se permitió ironizar ella por primera vez en mucho tiempo.

—Sí, me llevaré algo para comer al despacho. Aún debo terminar unos asuntos. Me acostaré más tarde —replicó él sin dar mayor importancia a las palabras.

—Muy bien, yo me quedo un rato más aquí, viendo la tele —continuó Amanda con el retórico diálogo.

Por la mañana, el matrimonio continuó con sus rutinas. Poco después de que Amanda dijera adiós a Jota cuando este salió de casa camino al trabajo, la mujer se dispuso a hacer el equipaje. El sol que se colaba por los pulcros cristales de las ventanas le iluminaba el rostro y le calentaba los huesos. Estaba segura de que aquello era un signo de buen augurio. El dolor de la artrosis comenzaba a ceder gracias al cambio de la climatología y eso también era un presagio de que se acercaba el momento idóneo para comenzar su aventura. Acordó hacer un bagaje ligero, solo lo indispensable. A fin de cuentas no tenía la menor idea de cuánto tiempo le iba a llevar este éxodo al pasado, ni qué era lo que allí esperaba encontrar.

Subió las escaleras con una agilidad inusitada y entró en su habitación. Dio un giro de trescientos sesenta grados sobre sí misma y fue observando todo lo que en sus años de casada había ido acumulando: libros, fotografías, adornos, recuerdos de sus viajes y las cortinas bordadas a mano que habían ido amarilleándose, igual que lo había hecho su existencia. Abrió el armario y enseguida se percató de que hacía mucho tiempo, tal vez demasiado, que no renovaba su vestuario. Conservaba una figura esbelta y bien proporcionada, pero la ropa que colgaba lánguida de las perchas, como títeres inertes esperando a ser tirados de sus hilos para cobrar vida, en nada resaltaban estas virtudes, sino más bien todo lo contrario.

En la oscuridad del interior del mueble, le pareció ver una prenda que reconoció al instante. Se trataba del vestido rojo que usó en su primera cita con Gioacchino. Amanda sintió la necesidad de liberarlo del cautiverio al que había estado sometido durante los últimos años. Lo asió con sus dedos amartillados por la enfermedad y, al notar el delicado tacto de la tela, creyó que sus apéndices se tornaban livianos, igual que se transformaba su corazón ante las nuevas expectativas. Estiró el vaporoso tejido sobre la cama y lo observó largamente, decidió que esa sería una de las pertenencias que se llevaría consigo en el viaje. Sabía que su cuerpo no se ajustaría a la estrechez de aquella cintura, pero sus manos aún eran diestras con la aguja y el hilo y, de las costuras, se podría sacar suficiente paño como para adaptarlo a su actual silueta. Se pondría manos a la obra

cuanto antes y en unos pocos días el traje estaría listo. También pensó que debería poner especial cuidado en ocultarlo cuando Jota rondara por la casa, de modo que este no sospechara nada de lo que andaba planeando. Debía encontrarle un buen escondite, aunque intuyó que la mejor manera de ocultarlo sería dejarlo a la vista, donde siempre había estado.

Tomó del armario un pantalón, una camisa de seda azul con el cuello barco bordado de pequeñas perlas blancas, un blazer de estilo marinero y unas New Balance que utilizaba a menudo para caminar y, así, hacer un poco de ejercicio cardiovascular tal y como su médico le había recomendado. Introdujo todo ello, junto con las cartas y un camisón de raso beige, en la pequeña valija. Cerró esta con un candado y la arrastró, empujándola con la punta del pie, bajo la cama de matrimonio.

Empezaba a haber demasiadas pistas esparcidas por toda la casa: la maleta bajo la cama, la cajita tras el sofá, las llaves pertenecientes al candado de la maleta en el fondo del cajón de la lencería y las de la cerradura de la cajita en el interior del bolsillo de una vieja bata. No podía cometer errores, así que se reafirmó en la idea de que lo mejor para no levantar desconfianzas sería colgar el vestido, cada día, después de retocarlo, en la misma percha donde había permanecido a la espera de su rescate.

Hurgó en su estuche de costura para encontrar entre todas las bobinas de hilo uno que fuera del color deseado. Lo comparó con la tela del vestido y sonrió complacida al comprobar que era de la misma gama. Más complicado se le hacía el tener que sacar cada día la vieja Singer del mueble en el que estaba guardada y volverla a depositar en el mismo lugar antes de que Jota regresara a la casa.

Parecía que todo marchaba a pedir de boca. Los planes y los días iban avanzando según lo proyectado. El día de la partida estaba cada vez más cercano y la emoción se tornaba en un remozado y alegre espíritu juvenil. Se había preocupado de mirar en internet horarios de trenes y autobuses, así como la dirección y precios de algunos albergues. Lo más sensato sería evitar los aviones, ya que ello le exigiría proporcionar datos que generarían pistas fáciles de seguir. Tampoco debía utilizar la tarjeta de crédito pues, a través de las compras que realizase con ella, lograrían dar con su paradero. Pensó también que el dinero tendría que permanecer en el banco. Jota era muy meticuloso con las finanzas y miraba diariamente los saldos de las cuentas, por lo que cualquier movimiento anormal en las mismas llamaría, sin lugar a dudas, su atención. Solo contaba con unos pocos ahorros que había ido guardando a lo largo del tiempo, por si surgiera algún pequeño imprevisto. No le quedaba otro remedio que apañarse con eso.

Se dirigió hacia la cocina y, estirando el brazo hacia la alacena superior, asió el bote donde se apiñaban varios billetes arrugados que llenaban un espacio antes ocupado por unos deliciosos espárragos. Hizo girar la tapa y dio vuelta al tarro. Volcó sobre la encimera todo su contenido. Apartó los billetes a un lado y los dispuso, de manera ordenada, haciendo unos montoncitos. Después fue colocando las monedas una encima de otra. Juntó las del mismo tamaño y valor hasta hacer taquitos de veinte, diez y cinco euros. Contó hasta el último céntimo y sumó la cantidad de novecientos diez euros con cincuenta y seis céntimos. No era una gran fortuna, pero sería suficiente para iniciar la marcha. Ya vería cómo se las arreglaba más tarde. Ella era de las que pensaba que todo camino empieza dando un primer paso y, el suyo, estaba a punto de ser iniciado.

Era hora de encender el televisor. Esa tarde se notó rara, como ajena a sí misma. Creyó no ser ella quien acudía fiel a la cita, sino que era el locutor quién asistía perseverante a su encuentro. Sin saber muy bien por qué, se sintió mejor con esta idea dentro de su cabeza. Reflexionó sobre la posibilidad de ver todas las cosas desde muy distintas perspectivas y el modo en que todas ellas

cambiaban su naturaleza, incluso su orden de relevancia, según el prisma con el que se las miraba. Bastaba con trasladar el punto de luz para que las sombras desaparecieran.

Al rato, el eco chirriante de los goznes de la puerta anunció la entrada de Jota al hogar. A este sonido, un estrépito que su marido hacía meses había prometido resolver, le siguió el de un sonoro estornudo que se escuchó en todo el edificio. Acto seguido, una corriente de aire cerró la puerta con tal virulencia que hizo que retumbaran los cristales de toda la casa. A pesar de lo escandaloso del ruido, Amanda le pudo oír sonándose la nariz como si interpretara un concierto para trompeta y trombón.

—Buenas noches, cariño. Ya estoy aquí. —Acertó a escuchar a duras penas Amanda.

—¿Cómo te ha ido el día? Pareces resfriado —contestó mirándole a la cara mientras él continuaba con su recital de toses y estornudos.

—Tengo un dolor de cabeza terrible —adujo él como respuesta afirmativa a la pregunta lanzada por su mujer.

—Tienes la cena en el horno —continuó la conversación dándose cuenta del mal estado en que se encontraba su marido ya que, por primera vez en muchos meses, no había utilizado la palabra «vértigo». —¿Prefieres que te haga un caldo caliente? Te vendrá bien.

—No, déjalo. Será mejor que me acueste. Tengo escalofríos y mareos, siento como... vértigos.

Amanda no pudo reprimir una leve risita. Todas las piezas volvían a encajar en su sitio. Así que, sin darle más vueltas al asunto, contestó lo tantas veces ensayado.

—De acuerdo, tú acuéstate, yo me quedaré aquí un rato más, viendo la tele.

Capítulo seis: Arezzo (1965)

Ante la mirada distraída de Amanda volvieron a surgir los recuerdos. Ahora, mucho más vivos y nítidos que nunca, casi parecían reales.

Rememoraba a Gioacchino como el joven atlético y bien parecido que fue. Recordaba su sedoso cabello moreno, salpicado de algunos rizos que le caían rebeldes sobre la frente. El azul de sus ojos junto a la picardía de su sonrisa le hacían parecer una especie de héroe proscrito. En definitiva, alguien cuyo atractivo le otorgaba el don de convertirse en un ser peligrosamente irresistible.

Conocer a la familia de Gioacchino fue un hecho surrealista. Cuando llegaron al pueblecito de Arezzo, parecían haberse sumergido en una película italiana al más puro estilo Fellini. En la casa de los padres de Gioacchino no existía ascensor alguno y, por tanto, los pesos y compras adquiridas se subían en un cestillo de mimbre. El recipiente estaba articulado gracias a una cuerda que atravesaba una polea, lo que hacía posible que el cesto ascendiera y descendiera por fuera de la fachada del edificio con cualquier tipo de cargamento que se introdujera en el interior del mismo.

Al grito de: —*¡Antonino! raccoglie la carne e mettere in frigorifero, ¡presto!*, de inmediato se asomaba la cabeza del pobre Antonino a través del marco de la ventana y, sacando los brazos hacia el exterior, deslizaba la cuerda en sentido descendente, hasta apoyar el cestillo sobre la acera. Solo entonces Gabriella introducía en él el alimento adquirido y así, con la agilidad aprendida por un movimiento repetido millones de veces, con cuatro fuertes tirones, Antonino lograba subir la carga para introducirla después a la vivienda a través del estrecho ventanuco.

Cuando se juntaban, todos reían y hablaban en un tono elevado. Cualquiera podría haber baremado el sonido y determinar que la contaminación acústica, en aquel lugar, era más que evidente. Resultaba casi imposible mantener una conversación fluida con ninguno de ellos pues, en esta familia, se iniciaban los diálogos para seguidamente dejarlos incompletos al objeto de empezar uno nuevo con cualquier otro participante que se encontrara a la vista.

A Amanda le divertía verlos como si fuera una espectadora asistiendo a la puesta en escena de una comedia italiana. Parecía que estuvieran enfadados los unos con los otros, por la manera de interactuar entre ellos para, al instante, soltar una risotada o fundirse en el más tierno de los abrazos. Esas escenas le producían un cosquilleo interior, un deseo de pertenencia que a cada minuto se hacía más y más fuerte. Sabía que quería formar parte de esos rituales. Anhelaba ser como ellos, sentir como ellos, vivir como ellos.

Algo debió de percibir Gioacchino en sus ojos porque, con una sonrisa dulce, la agarró de la mano y le hizo subir deprisa los escalones empujando de una patada la puerta de la alcoba con tanto ímpetu que, del mismo impulso, se cerró de golpe.

No intercambiaron una sola palabra, solo rieron, alborozados, dichosos de pertenecerse. Porque eso era lo que había sucedido; se habían convertido en un único ser poseedor de dos corazones. La comunión entre ambos era tal que resultaba difícil saber dónde empezaba uno y en qué lugar terminaba el otro.

Gioacchino sujetó las mejillas de Amanda y, con los ojos aún chispeantes, dirigió la mirada hacia sus labios. Los encontró apetecibles, abiertos como una flor a la espera de compartir su néctar. Él se aproximó aún más si cabe, hasta que sintieron la cercanía de sus bocas a escasos

milímetros. El primer beso explotó provocando un maridaje de sabores y sensaciones hasta ahora desconocidos. Después, todo se volvió más intenso, hasta el punto de marearse ante una excitación desmedida. Se desprendieron de las ropas consumidos por un ardiente deseo de rozarse, de tocarse el alma con la punta de los dedos, de echar raíces con sus lenguas cultivadas en sus bocas. Jadeando y riendo a carcajadas. Tanteando cada músculo contraído, cada hueso adivinado, como si asistieran a una clase de anatomía donde el memorizar la estructura de ese otro cuerpo fuera lo único y más relevante. Iban aprendiéndose las curvas de sus pechos, de sus caderas, de sus omóplatos, por si algún día, incluso ciegos, tuvieran que regresar a besarlos. Recostados, a horcajadas, retrasaban el clímax con intención de dilatar el placer hasta conseguir que, lo vivido, se transformara en un período infinito. Respiraban uno por la boca del otro, como si el universo estuviera a punto de estallar en mil pedazos y esa fuera la última bocanada de oxígeno que les estuviera permitido respirar. Peregrinaban por sus cuerpos, por territorios aún no transitados, hasta que un gemido les dejó sin aliento y las palabras se les agotaron en las gargantas, ya reseca, cayendo exhaustos en manos de una satisfacción no fingida. Al fin descansaron abrazados, aferrados a un amor que había nacido con su natural compromiso y vocación de eternidad.

Por la mañana, Amanda amaneció desnuda, con el pecho pegado a la fornida espalda de él. Pasó unos largos minutos observando las constelaciones de lunares que la plagaban en toda su extensión y las recorrió, punto por punto, con sus dedos. Poco tiempo después, decidió bautizarlas. Quiso ponerles un nombre. Así ella siempre podría volver a ese planeta llamado Gioacchino, donde uno se sentía ingravido y protegido, a pesar de los peligros.

Durante el desayuno, la algarabía volvió a fondear la cocina como un barco lo hace en el puerto. Los ojos de Amanda buscaban la complicidad de los de Gioacchino, pero el muchacho se encontraba tan inmerso en el bullicio de la familia que apenas le dedicó una leve caricia.

Se hacía tarde y debían regresar a Milán. El clan Bertucci al completo: Alessandra, Fabrizio, Daniela, Gabriella, Antonino, Carlo y muchos más, a los que ni siquiera conocía, se acercaron a despedirse. Los llenaron de besos, abrazos y comida, envuelta en telas, para el viaje.

Subieron en la moto y emprendieron el camino de retorno a Milán. Los brazos de Amanda se aferraron con fuerza a la cintura de Gioacchino, no por el miedo a la velocidad que marcaba el cuentakilómetros, sino por la celeridad con la que su corazón latía dentro de su pequeña caja torácica. Se sintió aliviada por la brisa que hacía ondear su ropa como una bandera sobre el gris pavimento. Una brisa que, a la vez, lograba disimular la turbación que referían sus mejillas, ruborizadas por el recuerdo de la noche pasada.

Le preocupaba la actitud adoptada por Gioacchino. Aunque nada más despertarse la había besado con el mismo deleite que la noche anterior, Amanda sentía que algo había cambiado, como si alguien hubiera levantado un muro infranqueable entre ellos. Esperaba no haberse equivocado apostando por él. Había depositado todas sus esperanzas, y también su corazón, en ese vínculo que anhelaba no terminara siendo solo un desvarío.

Trató de no pensar más en ello. Tal vez abandonar a la familia le produjera una tristeza que aún no supiera cómo afrontar, aunque Amanda deseaba por encima de todo que no hubiera secretos entre los dos. Ansiaba poder confiarse hasta las más temibles confidencias, sin reservas, incluso aquellas que ni siquiera a uno mismo se estuviera dispuesto a contar.

El paisaje era grandioso. Se apreciaban los campos de girasoles como ejércitos amarillos con la cabeza bien alta, mirándolos sonrientes, en formación militar. Aparecían alineados, en un desfile de miles de pétalos con los que celebrar el amor que se profesaban. Los cipreses que los

escoltaban en el recorrido eran como lanceros haciéndoles pasillo por el camino, resguardándolos de las miradas de envidia que su inmensa fortuna provocaba a su paso. Junto a las verdes dunas que, tal vez debiendo ser de arena, exhibían en rebeldía su felpudo herboso. Y, a lo lejos, se podían observar los viñedos, claro ejemplo de la geometría con la que la naturaleza está concebida.

Daba hasta miedo observar tal maravilla. El ser humano no está facultado para comprender tanto prodigio. Por eso la mente juega malas pasadas y, hasta en esos momentos, los más perfectos, Amanda era incapaz de creerse merecedora de poseer tanta suerte. Por más empeño que ponía, le era inevitable pensar que, de algún modo, experimentar algo tan hermoso como lo que estaba viviendo, más pronto o más tarde, le acabaría pasando factura.

Capítulo siete: La marcha (2010)

Amanda estaba preparada. Solo quedaba un día para su partida, esa que llevaba días programando en la más estricta clandestinidad. En cuanto Jota saliera de casa rumbo a la oficina, dispondría todo para comenzar su peregrinaje sin más dilación.

Se tendió esa noche en la cama presa de los nervios. En cierto modo se sentía culpable por abandonar a su marido de una manera tan brusca, sin previo aviso. A lo mejor debería escribirle una nota, para que la intranquilidad no asolara su espíritu. No quería causarle ningún daño moral, pero no le era posible confesar cuáles eran sus planes, eso sería echarlo todo a perder. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse si él se preocuparía al percatarse de su marcha. Lo que Amanda pensaba en realidad era que si dejaba la televisión encendida, cuando Jota llegara por la noche, no advertiría su ausencia. Si no fuera por el horno vacío de viandas y el mantel plegado en el cajón de la cocina, podrían pasar días, tal vez incluso semanas, sin que él la echara de menos. Estas y otras reflexiones, que iban echando raíces en su cabeza, reforzaban aún más sus ganas de huir, de escapar, de salir de ahí. De ese lugar en el que el paso de los años les había instalado.

Esa madrugada, Jota se despertó con fuertes temblores. Tenía los ojos entreabiertos, la piel cetrina, los labios agrietados y el pijama completamente sudado. De no haber sido porque la noche anterior había introducido el puente postizo de su dentadura en el vasito con agua destilada de la mesilla de noche, estaba convencida de que, a Jota, le hubieran castañeteado los dientes.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Amanda de manera retórica.

Una mirada vidriosa fue toda la contestación que obtuvo.

En los más de cuarenta años que llevaban casados, no recordaba haber visto jamás a aquel hombre faltando a sus obligaciones, ya fuera por enfermedad, o por ninguna otra causa. Le parecía increíble que justo hoy, sí, hoy, se sintiera indispuerto. Esto le obligaba a posponer sus planes. No podría partir de viaje y era imposible predecir cuándo tendría el camino libre para ponerse en marcha.

Decidió ocultar durante unas horas más sus pertenencias bajo la cama. La misma cama en la que yacía ahora ese individuo febril en el que se había convertido su marido, la misma cama que en otros tiempos dio refugio a sus juegos y deseos más pasionales.

Fue al cuarto de baño y llenó una palangana de plástico con agua fresca. Dejó correr de manera abundante el agua a través del grifo abierto. Después, en la cocina, vertió un buen chorro de vinagre sobre el líquido y lo revolvió dando vueltas en círculo con la yema de los dedos. Confeccionó un par de trapos con una camiseta que hacía semanas permanecía esperando su turno para ser llevada a la parroquia, junto con otras ropas que ya no utilizaba.

Acudió a su alcoba y observó el rostro exangüe y macilento de Jota. Parecía estar realmente enfermo. Esto le hacía sentirse cada vez más culpable por querer abandonarlo. Con manos amorosas, sumergió uno de los paños en la palangana y lo escurrió con pulcritud para que no destilaran las gotas por el rostro del convaleciente. Cuando notó que el tejido perdía su frescura, lo cambió por uno nuevo. Repitió esta misma acción, sin apartarse de su lado, por más de una docena de veces.

El médico llegó a la casa cuatro horas después de que Amanda llamara a su consulta relatando los síntomas y la urgencia del caso. Tras tomarle las constantes vitales y hacerle un rápido examen visual, dictaminó que no era nada grave, probablemente un virus. No se apreciaba ninguna

inflamación en oídos o garganta y parecía que no existían ni sibilancias ni crepitaciones significativas en la respiración. De todas formas, dijo, si la fiebre persiste, acudan de nuevo a la consulta. Ciertamente el doctor no debía de andar muy desencaminado puesto que, tras pasar unas horas en el mismísimo infierno, al fin parecía que la temperatura comenzaba a ceder y que un cierto tono rosado volvía a brotar alrededor de sus pómulos.

Por la noche, Amanda cambió el juego de sábanas que vestía la cama, por otro limpio y fresco, para después ayudar a Jota a desprenderse del pijama y ponerse uno recién lavado. Comenzaba a encontrarse mucho mejor, ese maldito virus por poco lo deja fuera de combate, pero la crisis parecía estar superada. Ahora ya solo le quedaba la necesidad urgente de salir corriendo cada dos por tres al baño, lo que le supuso estar toda la noche en un ir y venir constante. Amanda temió que, si Jota no se restablecía pronto, tendría que retrasar de nuevo su partida.

Por suerte, la fortaleza del hombre hizo que, tras pasar tres días postrado en la cama, decidiera que permanecer un cuarto en casa ya sería prolongar demasiado su convalecencia. Así que, tras engullir con auténtica gula las croquetas que su esposa había cocinado, esa noche se acostó con la sonrisa de quien ha superado un duro trance y, sin apreciar la ironía de sus pensamientos, nota que todo vuelve al fin a la normalidad.

A la mañana siguiente, tras despedirse de Jota desde la puerta principal, Amanda se sintió como si estuviera realizando una regresión en el tiempo. Con el corazón arbolado se transformó en aquella joven que un día viajó a Italia para forjarse un futuro mejor. A día de hoy era una mujer más madura, con más experiencia, pero que cobijaba en su interior la misma ilusión que hacía cuarenta y cinco años atrás.

Unas horas después, cerró el portón de la entrada con doble vuelta de llave. Hacía ya algunos años que había logrado superar la agorafobia que padeció de manera intensa tras el accidente. Durante este tiempo, había ido realizando pequeñas salidas al exterior, pero aún le costaba acostumbrarse a la normalidad de las calles repletas de gente, y a los vehículos que inundaban la calzada, con el pitido de sus bocinas, rodando a una velocidad imparable. Ante la proporción del plan que pretendía llevar a cabo, la enfermedad vio la oportunidad de volver a enseñarle los dientes. Trató de extender sus tentáculos, aferrarse con sus ventosas al cerebro de Amanda. Tanto tiempo había padecido la depresión, los ataques de pánico y la maldita agorafobia que, volver a reconocer todos los síntomas fue mucho más temible que cuando los sintió por primera vez. Su psiquiatra ya le había advertido de que, en ocasiones, lo más aterrador es caminar sobre las arenas movedizas de la incertidumbre; ante lo desconocido no se pueden buscar soluciones, poner remedios, ni tomar decisiones. Sin embargo, hacer equilibrios en el alambre del horror vivido y ya conocido, la mayoría de las veces, es todavía más angustiante. Es entonces cuando se le deja al miedo el espacio suficiente para que vuelva a ganar la partida.

La ansiedad que le producía a Amanda percibir esos signos de inestabilidad, los ataques de pánico, las taquicardias, el sudor de las manos, los temblores, el enfrentarse a cosas tan nimias como guardar una fila, tomar un transporte público o estar sola, le aterraban. Sintió un palpitar desbocado, la respiración se volvió más corta, profunda y frecuente. El dolor en el pecho se hizo más intenso y un ligero mareo balanceó sus pies, volviéndolos inestables sobre el asfalto. Sabía lo que tenía que hacer. Debía tomarse su tiempo, respirar lenta y profundamente, recordar las palabras de su terapeuta: gestionar la situación desde la cabeza, reconocer los estímulos internos o externos que pudieran estar provocando el desequilibrio, controlar el mensaje, volver con su cabeza a un lugar en el que se sintiera segura y esperar a que la medicación surtiera efecto e hiciera su parte del proceso. Con todo ello, poco a poco las imágenes dejarían de ir a toda

velocidad y se moderaría su ritmo respiratorio y cardiaco. Sus constantes vitales volverían a entrar en rangos de normalidad y así alcanzaría el autocontrol necesario.

Cuando creyó tenerlo todo bajo control, esbozó una titubeante sonrisa y se concentró en escuchar la melodía que las ruedas del equipaje iban componiendo al ser arrastradas por encima de las baldosas de las aceras. Ahora sí, al fin logró enfilarse por la calle Bravo Murillo y, mezclada entre la multitud, dirigió sus pasos rumbo a la estación de autobuses ubicada en Avenida de América.

Capítulo ocho: Regreso a Milán (2010-1965)

De camino hacia la estación de autobuses, Amanda siguió rememorando aquel tiempo pasado que le había empujado a tomar la determinación de abandonar el que, hasta hacía solo unos segundos, había sido su hogar.

Así revivió el momento en que Gioacchino le propuso hacer un par de paradas antes de regresar a Milán.

Primero pasarían por la bella Florencia y después harían un recorrido por la ciudad de Bolonia, donde él había vivido durante varios años. Caminaban cogidos de la mano, entrelazados los dedos, admirando el legado que los artistas del renacimiento habían dejado como testamento cultural de valor incalculable. En los jardines de Boboli encontraron un trébol de cuatro hojas, síntoma de la felicidad que estaban seguros iban a disfrutar durante el resto de sus días. No podía existir en el mundo nadie más afortunado que ellos, de eso no les cabía la menor duda. Disfrutaban de Florencia, una ciudad donde confluía el arte de los más insignes autores con la mirada conmovida de los turistas que poblaban sus calles. Entraron en la Santa Croce y allí contemplaron la tumba de Miguel Ángel. Visitaron también Santa María del Fiore, y cruzaron el puente Vecchio, donde Gioacchino bromeó con obsequiarle con alguna carísima joya de las que allí se exhibían. En un puesto ambulante cercano adquirió un anillo de plástico y, entre arrumacos y caricias, le pidió matrimonio. Ambos rieron al unísono la ocurrencia, aunque en el fondo de sus corazones, los dos hablaran muy en serio.

En Bolonia, Gioacchino le enseñó todos y cada uno de los lugares en los que había pasado los mejores años de su vida, los que discurrieron allí en calidad de estudiante universitario y becario de algunos modistos. Le mostró las tabernas que frecuentaban habitualmente y las dos torres más elevadas, emblemas de la ciudad, la torre Garisenda y la torre Asinelli, ambas con una inclinación mayor que la de Pisa y una altura que superaba los cuarenta metros de altura. Desde allá arriba se podían divisar unas magníficas vistas de toda la localidad. Subieron las estrechas escaleras, en un continuo círculo que mareaba, apoyando la espalda contra la pared a cada paso para dejar espacio a las decenas de personas que descendían con los ojos aún impregnados de asombro.

En lo más alto, permanecieron un tiempo sin hacer nada más que disfrutar de la panorámica, mudos, escuchando el tañer de las campanas y observando a las personas que se habían convertido en diminutos puntitos que iban y venían por encrucijadas de avenidas y calles. Solicitaron a una pareja de turistas que les tomaran un retrato con la cámara de fotos Rolleiflex negra de Amanda y, entre las instantáneas de Armani que había realizado para el artículo de la revista, quedó grabada la más pura estampa de la felicidad, la de ellos dos, jóvenes y enamorados.

Se subieron de nuevo a la moto. Ya estaba oscureciendo y aún les restaban muchos kilómetros por recorrer. No llegarían al hotel de Milán antes de bien entrada la madrugada, pero eso no les parecía importante, nada que no fuera el mero hecho de pasar unos minutos más juntos lo era. Al día siguiente les esperaba una dura jornada de trabajo; aún les quedaban unas cuantas casas de moda por visitar, algunas invitaciones por confirmar y cientos de detalles que cerrar. Aun así, se tomarían la tarde libre para asistir al concierto de los Beatles en Milán. Más tarde, el veinticinco de junio, cogerían el primer vuelo de regreso a Roma para ultimar los pormenores del desfile.

Aquel amor de verano estaba a punto de expirar, aunque ninguno de los dos estuviera

dispuesto a reconocerlo.

Capítulo nueve: Un billete de metro (2010)

Amanda dejaba atrás, con las luces de casa apagadas y dos vueltas de llave, todo lo que su presente le ofrecía.

Una vez estuvo en la calle, calibró la opción de tomar un taxi en una de las paradas cercanas. Aún tenía por delante una buena caminata y, tirar de la maleta, por pequeña que esta fuera, le resultaba molesto. Tras unos segundos de reflexión, acabó por parecerle una idea desacertada. Utilizar ese medio de locomoción podría desencadenar una nueva crisis. Además, su precio podría mermar, de manera demasiado temprana, el escaso dinero con el que contaba para realizar su periplo hasta Italia.

Hacía ya un tiempo que había logrado utilizar el transporte urbano sin mayores problemas. Al inicio de sus salidas siempre lo hacía acompañada de otra persona para sentirse más segura y protegida. Ahora, afortunadamente, eso era un asunto ya superado.

Como segunda opción consideró trasladarse en el autobús. Este era un medio de transporte que resultaba manejable para moverse por Madrid; las líneas de la EMT tenían buenas conexiones y horarios. Entretanto, Amanda observaba a la gente pasear por las calles mientras trataba de imaginarse sus existencias, tan diferentes las unas de las otras. Se maravillaba al darse cuenta de cómo fluía la vida con total normalidad más allá de las cuatro paredes de pladur que formaban el perímetro de su casa. Sin embargo, pensó que este era un periodo de cambio. Era el momento de dar un paso hacia adelante y construir un nuevo camino. Así que, por primera vez desde hacía mucho tiempo, bajó las escaleras de acceso a la boca del metro con la intención de introducirse en un vagón que le llevara hasta la primera parada del que sería su próximo destino.

Antes de nada, detuvo sus pasos delante de la ventanilla donde una mujer con cara de pocos amigos expendía billetes. Como si fuera un acto de lo más cotidiano para ella, Amanda compró un tique para montar en el metro. No sabía qué le depararía el futuro, así que decidió no preocuparse por lo que vendría después. Tal vez este que ahora emprendía fuera un viaje sin retorno, así que tomó la determinación de improvisar, de dejarse llevar, como un barco de papel empujado por la corriente de un río. Por una vez en la vida no quería tenerlo todo planeado, calculado o meditado.

En estos quehaceres andaba cuando un pensamiento se coló subrepticamente en su cabeza, una idea tan sencilla y tan lógica que, de puro simple resultaba magnífica: y es que, a veces, para poder volver, primero hay que irse.

Caminó decidida hacia la dirección que marcaban las señales indicativas del subterráneo como si ese fuera el único destino posible sobre la faz de la Tierra. Aun así, al llegar al tornio, una reacción antigua y bien conocida bloqueó sus extremidades inferiores. El miedo volvió a aferrarse a sus piernas como unos grilletes que le cortaban la circulación, en todos los sentidos de la palabra.

A pesar de su férrea convicción acerca de la conveniencia de continuar la ruta que estaba tomando, no logró evitar que aflorase en su fuero interno un conato de pánico. Afortunadamente, enseguida fue capaz de entender que no debía dar permiso a este sentimiento para que le atenazase las ilusiones. Por ello, se apresuró a neutralizarlo de manera radical. Se afanó en poner la mente en blanco e inspiró el aire viciado mezclado con el olor acre que aquel lugar le proporcionaba. Respiró tal y como le habían enseñado en la multitud de sesiones de terapia que, a lo largo de los años, no había tenido más remedio que mantener para poder reunir el aplomo suficiente con el que

intimidar a la vida. De este modo, dirigió la voluntad de sus intenciones hacia la que sería su meta, hacia el sitio justo en el que deseaba estar, no allá donde los demás querían que estuviera. Lo anheló con todas sus fuerzas hasta que notó cómo su cuerpo volvía a llenarse de vitalidad. Tenía muy claro que el miedo era el único impedimento que había logrado cortarle las alas y que esta aprensión era la que le marcaba los límites.

Una vez más, miró con recelo al gentío que se movía bajo los túneles de hormigón. Esa multitud parecía siempre apresurada. Caminaban como manadas de animales absortas en sus galopadas, conocedores de los laberínticos corredores y de sus trayectorias exactas. Ese atropellado ir y venir de personas que circulaban como autómatas logró poner de manifiesto uno de sus mayores temores: ¿sería capaz de completar aquel éxodo con éxito por sí sola? Decidió confiar en primer lugar en sí misma y, en segundo lugar, en la bondad del género humano. Para lograrlo, se acercó a un hombre que estaba parado a pie de escalera. Este, con una amabilidad poco frecuente, le indicó el color y el número de la línea que debía seguir para acceder a las vías y montarse en el vagón correcto que le llevara en la dirección adecuada.

Tras lograr controlar los nervios del primer momento, asió con fuerza su maleta y caminó con paso decidido hacia la línea siete en dirección Hospital de Henares. Cuando por fin se hubo ubicado en la plataforma, Amanda leyó en un panel luminoso que pendía del techo que la espera se prolongaría tres minutos más. Una vez transcurrido ese lapso de tiempo, un sonido atronador anunció la llegada de la máquina que frenaba con un chirrido sobre las vías. Amanda, empujada por la multitud y con el único contacto del roce de la punta de los pies sobre el suelo, subió en volandas al vagón. Abrazada a su maleta y temerosa de perder sus escasas pertenencias, la mujer se introdujo en una de las cabinas, aquella a la que la marea humana la había propulsado de manera aleatoria. Ya en el interior del compartimento, aplastada por la proximidad de su rostro con la espalda de un individuo de complexión fuerte, pero de un aseo obviamente escaso, observó a la gente de su alrededor. Asomó la cabeza sobre el paisaje de hombros, cabezas y brazos en alto, y contempló lo que ese bosque de ramas humanas le permitía entrever. Acertó a distinguir a una chica de rasgos latinos que, reclinada en uno de los asientos, dormitaba de manera tranquila. Enfrente, un hombre de mediana edad, más entrado en canas que en años, con traje y corbata, auriculares en los oídos y maletín de cuero en una mano contestaba llamadas telefónicas antes de las ocho de la mañana como si el meridiano, para él, ya hubiera pasado. Por otro lado, aferrada con fuerza a una de las barras, entre decenas de manos ajenas, se hallaba una mujer mayor que trataba de dar a una niña, entre bandazo y bandazo, un zumo de naranja envasado. De él asomaba una pajita que hacía casi imposible hacer diana en la boca de la pequeña, quien tampoco acertaba a succionar el líquido sin derramar buena parte de su contenido. Amanda creyó intuir, por el parecido y el trato que ambas se dispensaban, que el parentesco que las unía no era otro que el de abuela y nieta. Imaginó que la primera estaría al cargo de la segunda, mientras sus progenitores se ganaban el sustento diario en sus respectivos trabajos. Le apenó la desgracia de que Jota y ella no hubieran tenido la oportunidad de asumir el rol de cuidadores de nietos.

En mitad de todo ese caos, un anciano se levantó y le señaló el sitio que acababa de dejar vacío. Amanda no creía que él lo necesitara menos que ella, pero no quiso ser descortés y ocupó su lugar, dándole las gracias con un inapreciable asentimiento de cabeza y un leve murmullo entre dientes.

En el altavoz del metro se escuchó una locución sensual y metálica anunciando la próxima parada: Avenida de América. Esa era la suya. Se levantó con cierta dificultad del asiento —por la falta de espacio—, y asió con firmeza la maleta donde iban guardados sus sueños. Con paso

apresurado, el resto de usuarios empujó y adelantó a Amanda. Ella se detuvo unos pocos segundos para tomar una bocanada del escaso oxígeno que se podía respirar bajo aquellos subterráneos, e intentó relajarse.

Miró los carteles indicadores y encontró el camino hacia la terminal de autobuses de larga distancia. Tras unos cuantos pasillos, que se le hicieron interminables, y una vez situada en la terminal, se acercó a uno de los mostradores con objeto de comprobar los horarios. Comprobó que, a las nueve, tal y como tenía programado, salía un autobús hacia Barcelona. Ese sería su siguiente destino. Se puso a la cola y, cuando le llegó el turno, compró un billete de ida para esa misma mañana. Aún le quedaba una hora antes de la partida, así que paró en una de las cafeterías que se habían instalado dentro de la propia estación y pidió un café solo, con sacarina. Se arrepintió de no haber llevado algún libro con el que distraerse durante las largas esperas a las que iba a tener que enfrentarse. De pronto tuvo una idea, abrió la maleta y se apresuró a sacar el manojito de cartas que había permanecido relegado al olvido durante tantos años y que, hasta la fecha, no se había atrevido a leer. Lo guardó en el bolso y se dijo que, una vez instalada, hojearía alguna de ellas.

Se acordó de Jota, quien estaría en la fábrica, lidiando con los problemas habituales que tanto vértigo le provocaban, sin sospechar siquiera que hoy no estaría su cena esperando en el horno.

Antes de lo que Amanda preveía, las manecillas del reloj de la estación marcaron las nueve menos cuarto. Volvió a cargar sus pertenencias y se acercó a la dársena en la que se hallaba estacionado su autobús. Una vez allí, introdujo su valija en el maletero. Con un ligero cosquilleo en el estómago, accedió al interior del vehículo y comenzó a buscar su butaca. En el tique ponía bien claro que su asiento era el número veintitrés, al lado de la ventana. Se fue casi hasta el fondo sin haber averiguado dónde debía sentarse. Miró arriba y abajo, en el respaldo de las butacas, en el porta-equipajes emplazado por encima de su cabeza, pero en ninguno de aquellos lugares logró divisar un número que le diera la pista de cuál era el asiento que tenía asignado. Al fin, tras observar su desconcierto, una joven con dos largas trenzas pelirrojas y una especie de anilla de madera que le taladraba la nariz se acercó hasta ella con ánimo de ayudarla. La muchacha, con una sonrisa que dejaba entrever unos dientes blancos y perfectamente alineados, le informó de que debía mirar en los cristales donde un gastado vinilo marcaba el orden de las filas. La chica de las trenzas naranjas y colorido vestido le pidió el billete y, tras comprobar que efectivamente su sitio era el veintitrés, la acompañó hasta el lugar que le correspondía.

—Este es el suyo —le indicó con una voz suave.

Amanda, algo azorada, no supo de qué manera agradecerle el detalle. Solo se le ocurrió darle un sonoro beso en las sonrojadas mejillas que, tras ese gesto de afecto repentino, adquirieron un tono aún más sonrosado.

Capítulo diez: La mujer de los pies descalzos (2010)

Una vez asentada, Amanda se dispuso a disfrutar del largo viaje que le quedaba por delante hasta llegar a Barcelona.

El motor del autobús dio un bronco quejido y las ruedas se pusieron en marcha. Fue entonces cuando prestó atención a la mujer que ocupaba el asiento contiguo al suyo. Esta iba leyendo el periódico, despreocupada por colonizar buena parte del sitio que correspondía a Amanda. La señora había bajado la bandeja frontal, esa que habitualmente se halla plegada en el respaldo del asiento delantero, y en ella había dispuesto todo un arsenal de entretenimientos para el camino: una revista de crucigramas, otra de sopas de letras, un libro de literatura romántica, una revista del corazón, unas cuantas bolsas de aperitivos, un paquete de chicles de fresa ácida y una lata de refresco de cola. Nada más comenzar el trayecto, su acompañante se descalzó dejando a la vista unos pies de prominentes juanetes y algún que otro calló ubicado sobre los que a Amanda le parecieron unos larguísimos dedos, acabados estos en una perfecta manicura francesa. Poco después, y tras acomodarse aún más si cabe, comenzó a pasar las hojas de su periódico con una energía tan vigorosa que un torbellino de aire desagradable y frío desencadenó una tanda de agudos e intermitentes estornudos en Amanda.

—Disculpe que le moleste.

—Si me va a molestar, mejor no lo haga —le contestó la mujer que continuaba pasando las hojas del periódico como si quisiera enviar aquellas noticias volando, de un manotazo, hasta algún lugar muy lejano.

—No es que pretenda molestarla, lo que le acabo de decir es solo una frase hecha, una forma educada de dirigirse a otra persona desconocida para iniciar una conversación —contestó Amanda sorprendida y molesta por la ruda respuesta de su compañera de viaje.

La robusta mujer se giró por primera vez desde que se había sentado junto a ella para observarla directamente y explorarla con la mirada. Su rostro reflejaba cierta extrañeza, como si a su lado tuviera sentado a un ser de otro planeta. La miró de arriba abajo, con cierto desdén. Amanda vio, por el rabillo del ojo, a la chica de las trenzas pelirrojas sentada al otro lado del pasillo. Le pareció que esta conservaba en su boca una inmaculada sonrisa y que, además, aquel gesto de ánimo iba dirigido hacia ella en particular. Por ello, decidió no amilanarse y prosiguió con su diálogo a pesar del más que evidente desinterés mostrado por su interlocutora.

—¿Podría dejar de pasar las hojas del periódico con tanto ímpetu? El aire que provoca va a hacer que medio autobús coja un resfriado —dijo con voz triunfal a la vez que guiñaba un ojo a su cómplice del pelo color zanahoria.

Con un desagradable y nada disimulado bufido, la mujer de los pies descalzos dobló el periódico sin hacer mayor comentario. Instantes después, un móvil sonó con un tono de reguetón que a Amanda le pareció de un gusto atroz. Rebuscando en la bolsa de viaje, su acompañante, entre un millón de cachivaches más, encontró al fin el teléfono y pasó a contestar la llamada que persistía en su solicitud de atención con el machacante tono de sintetizadores y letras procaces. La privacidad de la conversación telefónica se desvaneció desde el mismo instante en que al otro lado de la línea alguien comenzó a hablar. A partir de ahí, todos los viajeros tuvieron ocasión de conocer lo cabrón que era Tomás y de lo mala mujer que era Isabel, quien le había sido infiel al muchacho, con lo que él la quería. Debido a ello, Tomás había llamado al timbre del piso de la

mujer de los pies descalzos, deshecho en llanto, con la confiada intención de buscar consuelo ante tal agravio. Dos polvos más tarde, el hombre confesó a la mujer de los pies descalzos que Isabel era la mujer de su vida y que debía recuperarla a toda costa. Así que, en mitad de la noche, Tomás había abandonado el satén de las sábanas para ir a buscar a Isabel y, rodilla en tierra, pedirle matrimonio. Por eso ahora, la mujer de los pies descalzos, iba camino de Barcelona para visitar a Tinet, que ese siempre había bebido los vientos por ella, y seguro que estaba dispuesto a hacerle unos cariños, aunque ella no quisiera nada serio con él.

Por el pasillo del autobús emergió la figura de un hombre que, con una bolsa de plástico en la mano, repartía auriculares entre los viajeros. Cuando el hombre llegó a la altura en que se encontraba Amanda, esta no supo muy bien qué decir hasta que vio a su amiga, la del pelo color zanahoria, que con su eterna sonrisa le hacía un gesto de afirmación con la barbilla y le mostraba el extremo de sus auriculares introducidos en el respaldo del asiento que tenía delante. Amanda alargó el brazo hacia el empleado que esperaba paciente una respuesta y agradeció el obsequio. Se dio cuenta de que esta sería una buena manera de aislarse de la vorágine descontrolada que tenía sentada a su lado.

Introdujo la clavija en el agujero y buscó una emisora de radio que tuviera algo de música que le hiciera olvidar el horrendo tono de llamada del móvil que, con su pegadiza melodía, aún le resonaba en los tímpanos. Le sorprendió sintonizar un dial en el que se escuchaba *All you need is love*, de los Beatles. Amanda cerró los ojos, se concentró en las notas de la melodía, y se dejó transportar en el tiempo.

Cuando acabó la canción, recordó que había introducido las cartas escritas por Gioacchino en el bolso de mano. Lo abrió y sacó el abultado fajo de sobres amarillos atados con un lazo de raso azul celeste. Con los dedos pulgar e índice acarició el tejido. Una lágrima furtiva resbaló por su mejilla. Con el dorso de la mano se secó la gota de agua salina que aún permanecía adherida a su pómulo y cogió una de las cartas al azar. A fin de cuentas de eso trataba este viaje, de dejarse llevar. Volvió a guardar el resto de la correspondencia en el interior del bolso y, con sumo cuidado, como si aquellos papeles pudieran disolverse por el mero contacto, levantó la solapa del sobre. Dentro había un pliego de la misma tonalidad, aunque el amarillo, gracias a la protección que el envoltorio le había dado a lo largo de los años, era mucho más vivo. Sin más dilación, extrajo el contenido y desdobló la pequeña cuartilla.

“Roma, 20 de julio de 1965

Mia cara:

Come stai? Hace unos pocos días que nos separamos y, sin embargo, no transcurre un solo instante sin que el recuerdo de los momentos que pasamos aquí juntos me venga a la mente.

Te extraño tanto que duele. Nunca imaginé que amar pudiera doler de una manera tan viva e intensa. Esto es algo completamente nuevo para mí.

Qué misteriosos son los sentimientos, ¿verdad, cariño mío? Tú me has enseñado que los mejores sueños son los que se viven despierto.

Cuando el cansancio me vence, siempre tengo la misma fantasía. Sueño que, en el jardín, podo una rosa para admirar más de cerca su belleza. Después siento cómo me voy enamorando de ella, de su aroma, de su color, de su plenitud, de su estilizado tallo, un tallo que se funde en mis

manos, sin darme cuenta de que en él se esconden unas afiladas espinas. Cuando sus agujones se me han clavado en la piel, y las gotas de sangre tiñen toda la ensoñación de un líquido rojo y viscoso, se me viene a la boca un sabor a hierro oxidado, a pila de batería gastada, y el pinchazo de esas púas me traspasa el alma, desgarrándomela como si me hubieran clavado un cuchillo. Es cierto que no me he lastimado jamás con un arma de filo. Tal vez de niño. La verdad, no lo recuerdo. Pero sí sé que el dolor que percibo es tan mortificador como el que estoy seguro se siente cuando a alguien le apuñalan el pecho o uno tiene que despedirse para siempre de un ser querido.

Perdóname, amore mio. No sé por qué te cuento todo esto. No quiero ponerte triste. Comunicarme contigo es motivo de alegría. Pero es que te echo tanto en falta... La vida, sin amor, no es vivir, es pura y llanamente subsistir.

Si al menos hubiera hecho como tú, ponerle un nombre a la constelación de tus lunares, podría mirar al cielo y tocar cada rincón de tu cuerpo mientras miro las estrellas. Ese cuerpo que aun en la distancia me excita. Como un imán atrae al metal, porque tú eres mi campo magnético, por muy lejos de mí que te encuentres.

Recuerda que, a las doce en punto de cada noche, los dos debemos observar la luna. Al mirar los dos hacia el mismo punto y al mismo tiempo, allí se encontrarán nuestras miradas y así será como si en ese instante estuviéramos juntos, frente a frente. Prométeme que lo harás.

También tengo buenas noticias, la mamma me ha prestado algo de dinero que tenía ahorrado, y yo estoy juntando todo lo que puedo para ir a verte pronto a Madrid, muy pronto. Antes de lo que te imaginas volveremos a estar juntos.

Cuéntame cómo va todo por allí. ¿Qué hay de la propuesta que te hicieron en la revista? ¿Has aceptado? Es un gran reto y sé que es lo que estabas esperando. Piensa solo en qué es lo que tú quieres hacer. Los demás podemos caminar contigo, pero el verdadero viaje tienes que hacerlo tú sola.

Antonino te manda muchos besos y Gabriella ha comenzado a estudiar español. Está haciendo grandes progresos con el idioma.

Ti amo.

Tuo per sempre.

Gioacchino”

Un suspiro se escapó de la boca de Amanda. Releyó una y otra vez la carta, hasta que casi fue capaz de recitarla de memoria. Guardó de nuevo la cuartilla en el sobre y lo acarició antes de devolverlo junto al ramillete de cartas que esperaban su turno para ser leídas.

Miró el reloj en su muñeca y vio que las manecillas marcaban las once y dos minutos.

Pensó en qué andaría metido Jota en esos momentos, tan ajeno a todo lo que sucedía, con sus vértigos y sus rutinas. Sintió una pequeña punzada de remordimiento que tardó un buen rato en desaparecer. Admiró el paisaje a través del cristal algo sucio de la ventana. Observó la rapidez

con la que las imágenes pasaban ante sus ojos, igual de rápido que se le iba pasando la vida. El vidrio le devolvió el reflejo de su perfil, aunque esta vez se notó distinta a como se había visto aquella misma mañana frente al espejo. La vieja Amanda —dijo para sí—. La paradoja de la frase le creó cierta confusión, pues la vieja era realmente la joven, la que recordaba de hace muchos años atrás, la que guardaba fiel su esencia más primaria y, en esa imagen del cristal salpicado de motas de polvo y mosquitos pegados, sí se reconoció.

Capítulo once: La chica pelirroja (2010)

El silencio que reinaba en el autobús adormeció los pensamientos de Amanda. Con la cabeza ladeada, apoyada sobre la ventanilla, dejó que el vaivén de la carretera le sumiera en una especie de ensoñación. La laxitud de los músculos de su cuello provocó que, cada cierto tiempo, cabeceara de forma brusca con su barbilla acercándose peligrosamente hacia su esternón. Tras percibir esa oscilación sísmica, Amanda abrió los ojos y miró de reojo por si alguien la estuviera observando, como si le diera pudor exhibir en público aquel gesto tan natural de un cuerpo humano que está en la primera fase del sueño, el del adormecimiento. Estaba claro que solo unos pocos privilegiados eran los llamados a alcanzar ese estado de gracia, el del sueño profundo, en un autobús con más de cincuenta personas, a lo que había que sumarle los baches de la carretera, además de las toses intermitentes, algunos ronquidos y el incesante bip de los mensajes de texto.

Tiempo después, el autobús tomó un desvío y el chófer paró el motor. El hombre que había recorrido los pasillos ofreciendo auriculares habló por un micrófono que hizo que sus palabras se escucharan a través de los altavoces. Anunció que se encontraban en Zaragoza y que harían una parada de treinta minutos. Esta noticia, que la mayoría de los viajeros recibió con alivio, al parecer incomodó de manera profusa a la mujer de los juanetes por verse forzada a calzarse de nuevo e introducir sus protuberancias en la prisión de sus ajustados zapatos.

Una vez que todos hubieron abandonado sus asientos, como un rebaño, se fueron introduciendo en la única cafetería que existía en aquel *búnker* en mitad de la nada. Arremolinados en la barra del bar, los pasajeros solicitaban de modo imperativo sus refrigerios a los dos pobres camareros que, con cada oleada de viajeros, se dejaban los nervios y la hidratación, a juzgar por las gotas de sudor que les cubrían el rostro y que, si se descuidaban, iban a caer en algunos de los vasos donde estaban vertiendo los refrescos que aquel pelotón de gente les demandaba. El calor era insoportable.

El siguiente paso ineludible era el de hacer cola en los baños. Más en el de señoras que en el de caballeros. Y es que el virtuosismo que requería la habilidad de orinar en un lugar público, para una mujer, no era apto para cualquier mortal. Eso pensaba Amanda mientras accedía a uno de los pequeños espacios que, como era habitual, tenía el pestillo estropeado. Esta circunstancia le obligó a tener una de las manos apoyada en la puerta, para impedir de ese modo el acceso de cualquier otra usuaria al interior durante el tiempo que duraba el trámite de verter la orina en el retrete. Para lograr mayor comodidad, se enganchó el bolso al cuello dejándolo colgado como un péndulo por delante del pecho. Entretanto, mantuvo una de las manos sobre la puerta y trató de deslizar la ropa íntima hasta las rodillas con los dedos de la mano que aún le quedaba libre. Una vez logrado el primer objetivo, intentó recoger la tela de la falda en una especie de abrazo para no mojársela en la maniobra, todo ello haciendo malabarismos para evitar tocar el sucio inodoro. Mediante una ligera flexión de sus rodillas, —como si fuera a jugar una partida de golf—, tuvo especial cuidado de guardar una distancia prudencial de seguridad en relación con las gotitas amarillas que habían quedado impregnadas en la taza por las salpicaduras, algunas ya reseca por el efecto del tiempo. Antes tuvo la precaución de cubrir el perímetro de la taza del váter con papel higiénico, hasta donde el rollo le dio de sí, ya que el color marrón del cartón anunció su final, lo que le obligó a buscar, en una postura a todas luces ridícula, un pañuelo de papel en el bolso que, como un saco de alfalfa, le colgaba del cuello. Esto le exigió soltar la mano que hasta entonces

sujetaba la puerta, si es que quería deslizar la cremallera del bolso para abrirla y acceder a su contenido. Para lograrlo, no tuvo más remedio que abandonar el bloqueo manual que venía ejerciendo y sustituirlo por el apoyo del codo sobre la puerta, lo que le llevó a rectificar la distancia y adelantar una de sus piernas en dirección a la entrada alejándose de manera peligrosa del maldito agujero. En ese instante, con el movimiento, notó que algo húmedo y caliente se deslizaba entre sus muslos. Estaba a punto de tirar la toalla, y salir como Dios la trajo al mundo al exterior, cuando se imaginó las miradas del resto de viajeras y desechó la idea por encontrarla absurda y grotesca. La luz del baño, que tenía desconexión automática cada cierto tiempo, se apagó un par de veces durante el proceso. Este punto forzó a Amanda a soltar la falda que tenía agarrada por encima de la cintura para liberar la mano y poder accionar el interruptor, con el fin de devolver la claridad suficiente al espacio y saber dónde tenía puestos los pies y otras de las partes de su anatomía. Con tanta contrariedad, a Amanda se le quitaron las ganas de orinar, así que pasó a secarse las pocas gotas que se le habían escapado con el pañuelo de papel extraído del bolso. Sin poder evitarlo, en un descuido y de manera totalmente involuntaria, cejó en su empeño por bloquear la puerta. Una ranura se abrió dejando entrever a las mujeres que aún hacían fila esperando su turno. Justo entonces, de forma providencial, unas trenzas color calabaza comenzaron a hablarle.

—Tranquila, ya le sujeto yo la puerta.

—¡Ay, gracias bonita! —El alivio que sintió Amanda fue tan intenso que al fin logró disfrutar del hecho de vaciar su vejiga en condiciones.

—De nada, mujer.

Una vez fuera, se encontró con la chica que le esperaba con una sonrisa en los labios. Esta vez fue Amanda quien se ofreció a sujetarle el pomo de la puerta. La joven la miró con ternura, como si a ella no le importase que alguien la importunara en esos momentos de intimidad. Aun así, le dio las gracias y aprovechó el ofrecimiento.

Por fin las dos mujeres se dirigieron a los lavabos, que se hallaban ubicados en la pared del fondo, para lavarse las manos. Solo pudieron hacerlo con agua, pues el dispensador de jabón se encontraba vacío a esas horas de la mañana, tal vez porque se había acabado, o tal vez porque hacía tiempo que nadie se había ocupado de reponer su contenido.

—¿Va usted a Barcelona? —preguntó la chica pelirroja mientras ambas caminaban a la par en dirección a la dársena donde había quedado estacionado el autobús.

—Sí, pero luego continúo el viaje —contestó Amanda sin querer dar más explicaciones por aquello de guardar el secreto de sus propósitos y permanecer en el anonimato.

—Ajá, yo también. Esta noche cojo un avión a Islandia —dijo la chica con un brillo en los ojos que, junto al color de su pelo, a Amanda le recordó a algún personaje de teleserie infantil de su infancia.

—¿Islandia? ¿Lo conoces? Es un país precioso.

—He estado un par de veces antes, sí.

—¿Y qué es lo que te lleva hasta allí? Si te lo puedo preguntar —apostilló Amanda, consciente de que ella quería ocultar el sentido de su viaje y de que tal vez la chica de las trenzas color zanahoria también tuviera alguna razón para hacerlo.

—Voy a ayudar con el traslado de unas ballenas beluga a un santuario marino. Trabajaré codo con codo con los mejores investigadores en el *Marine Research Institute*, estoy muy ilusionada.

—Sí, se te ve en la cara —respondió Amanda sobrecogida por la ilusión y la juventud que mostraba y que tanto le recordaban a ella cuando se desplazó a Italia con la maleta repleta de

sueños, proyectos, retos y aventuras.

—Ja, ja, ja, sí, eso me dicen siempre, que lo expreso todo con los ojos.

—Y con tu sonrisa, diría yo. ¿Cómo es que vas a hacer ese trabajo?

—Soy bióloga marina.

—¡Huy!, eso tiene que ser precioso. El mar, los océanos, su fauna, creo que bucear tiene que ser tan increíble como volar.

—Lo es. ¿No lo ha probado nunca?

—No, es una de las cosas que aún me quedan por hacer —contestó la mujer con cierta ironía en su tono.

—No lo descarte. Es una experiencia increíble. De hecho, yo noto que me ahogo más en el exterior del agua que cuando buceo dentro de ella.

—Tal vez tuviste algún antepasado que no fue terrestre —dijo con rostro serio—. O puede que hayas sido animal de agua en otra vida. Seguro que eres piscis.

A la chica le causó cierta extrañeza el comentario. No se imaginaba a aquella mujer que *a priori* parecía tener unos dogmas clásicos, con ese tipo de creencias. Sin embargo, algo le decía que la fragilidad que mostraba de puertas para afuera solo era una máscara de la gran fortaleza que escondía en su interior.

—Pues sí que soy piscis, sí. Tal vez fui La Sirenita en otra dimensión —rio con ganas mientras agitaba sus trenzas pelirrojas y movía las manos como si nadara bajo el agua.

—Quizá.

—Entonces, ¿conoce Islandia?

—Sí, pasé allí una temporada.

—¿Por turismo? —se interesó la joven que cada vez sentía más intriga por los secretos que esa mujer pudiera atesorar.

—No. Soy periodista, fui allí para hacer un reportaje.

—¿De verdad?! —exclamó la chica abriendo mucho los ojos y desplazando con las dos manos sus trenzas hacia la espalda, como si con ello quisiera tener un campo de visión más amplio y sin interferencias.

—Sí. La segunda vez fue en mil novecientos ochenta, era el mes de noviembre y hacía un frío de mil demonios. No había abrigo ni gorro de lana que nos resguardara del aire gélido que soplabla. Fui porque Vigdis Finnbogadóttir, una madre soltera y divorciada, había ganado las elecciones presidenciales en el país. Fue la primera mujer elegida democráticamente como jefa de Estado en Europa. Esa fue una noticia que me empeñé en cubrir a pesar de la oposición de mis jefes, que no lo encontraban tan relevante como después se demostró que sí lo fue.

—Así que es usted una feminista revolucionaria —bromeó la joven.

—No te creas, más bien se trata de puro romanticismo, aunque siempre he luchado por los derechos de las mujeres, por supuesto —le aclaró Amanda—. Antes de eso ya había estado otra vez en el país cubriendo una noticia de gran calado feminista. Tal vez conozcas lo que pasó —le interrogó Amanda con la mirada.

La joven hizo una mueca con la boca que dio a entender que no sabía a lo que se refería.

—El veinticuatro de octubre de mil novecientos setenta y cinco, el noventa por ciento de las mujeres de Islandia se declararon en huelga. Querían hacer visible el trabajo no remunerado que ellas desempeñaban. Otra de sus reivindicaciones era la de formar parte del aparato político del país, donde su presencia hasta entonces era prácticamente invisible.

—¿Y qué pasó? —se interesó la chica.

—Bueno, no fue una huelga «*al uso*», se le llamó el viernes libre. Idearon una forma para no poner en peligro los puestos de trabajo; el derecho a la huelga también dejaba mucho que desear en aquel momento. Las mujeres se pusieron de acuerdo en cogerse días libres, bajas por enfermedad, licencias... Se negaron a hacer tareas domésticas o cuidar a los niños. Los hombres tuvieron que hacerse cargo de ellos y muchos los llevaron a las oficinas llenando los escritorios de juguetes, baberos o biberones. Fue algo muy especial, diferente. No sé, esas cosas que te hacen sentirte orgullosa. Además, vivirlo allí, fue un hecho increíble.

—La movilización de la sociedad es vital —reflexionó la muchacha—. El individualismo no nos conduce a ninguna parte.

—Imagínate, no se imprimieron periódicos, se cerraron las guarderías y los colegios, no hubo transporte, los bancos no pudieron abrir sus puertas, se paralizó el país, y todo porque las mujeres no desempeñaron ese día sus funciones. Fue un verdadero éxito y tuvo una repercusión mundial. Cubrir aquel hecho histórico dio sentido a todo por lo que yo misma había estado luchando durante mi carrera.

—¡Vaya! Creo que tiene que tener historias increíbles para contar.

—Sí, muchas. Pero no todas son tan positivas y agradables como esta —contestó Amanda con cierta sombra de tristeza en los ojos.

—Me lo imagino.

—Por eso debes hacer lo que deseas —dijo recobrando el positivismo y la alegría—, porque esas experiencias son las que te mantendrán viva cuando creas que todo lo demás no tiene sentido. Harán que pases por la vida sin que la vida pase por ti. A fin de cuentas, aquí hemos venido a brillar y estas vivencias son las que nos van a pulir.

Las puertas del autobús se abrieron y los viajeros ascendieron al vehículo para retomar sus asientos. Amanda y la chica pelirroja también regresaron a sus respectivos lugares con la conversación mantenida durante el receso todavía rondándoles por la cabeza. A Amanda se le quedó cierto regusto de melancolía pegado en el velo del paladar, por contra, a la chica pelirroja, la alegría se le desbordaba con la perspectiva de afrontar el magnífico futuro que le estaba esperando en Reikiavik.

Capítulo doce: The Beatles (2010-1965)

La acompañante de Amanda volvió a acomodarse en su asiento y abrió una de las bolsas de aperitivos que tenía sobre la bandeja. El contenido emanaba un fuerte olor a queso que inundó en un segundo el ambiente. De manera atropellada, engulló aquella especie de esponjosos y crujientes cacahuets naranjas. En poco tiempo, todo el lugar quedó salpicado de pequeños granitos anaranjados que se desprendían con una sospechosa facilidad de aquel tentempié. El colorante que llevaba se quedó adherido a los dedos de la mujer quien, con fruición, se los fue chupando uno a uno hasta dejarlos pulcros y relucientes. Tras hacer una bola con el recipiente vacío, abrió el paquete de chicles de fresa ácida y se introdujo un par de ellos en la boca. La mezcla de aromas le revolvió las tripas a Amanda, quien había aprovechado la parada para comprar un sándwich en una de las máquinas expendedoras que existían a disposición de los viajeros en el hangar de los autobuses. Miró con recelo el envase de plástico que contenía un triángulo de pan de molde con aspecto rancio. El envoltorio transparente dejaba ver una loncha de queso algo amarillento, junto a otra de jamón york y una hoja de lechuga que asomaba hacia por los bordes, como una planta a la que hacía días no habían regado.

Unos extraños ruidos hicieron que volteara la cabeza hacia la mujer de los pies descalzos quien, por supuesto, había vuelto a liberar sus pies del encierro al que les tenía asiduamente sometidos. Con una parsimonia propia de un buda, aquella mujer sacó la lengua y la envolvió con la goma de mascar para después soplar y hacer una pompa gigante que le explotó en plena cara. Al parecer esto le hizo tanta gracia que se rio como si ese hecho fuera lo más divertido que le hubiera sucedido en los últimos tiempos. Amanda guardó el bocadillo y decidió aislarse nuevamente a través de los cascos y de la música. Buscó en el dial y se sorprendió al ver que, en una de las emisoras, volvía a sonar una canción de los Beatles. Esta vez se trataba de *Let it be*. Sonrió por la casualidad del mensaje y dejó a su mente abandonarse al recuerdo.

Con los ojos cerrados recordó cómo tras una mañana de auténtica locura, la tarde del veinticuatro de junio de mil novecientos sesenta y cinco se convirtió en un día para guardar en un rincón perpetuo de su memoria.

Por la tarde, Gioacchino y ella fueron al concierto que daban los Beatles en la ciudad. Este acontecimiento se convirtió en el regalo de cumpleaños de Amanda y estaba convencida de que, en toda su vida, por larga que esta fuera, no iba a recibir otro obsequio mejor.

A los dos jóvenes no les hizo falta guardar cola para acceder al velódromo. El chico era amigo de uno de los vigilantes encargados de la seguridad del estadio —Gioacchino conocía a casi todo el mundo en Milán—. Con una seña, el guardia les indicó que se acercaran y les facilitó la entrada por una de las puertas laterales destinadas a los artistas. Amanda tembló de solo pensar que tal vez pudiera cruzarse por aquellos angostos pasillos con alguno de los integrantes del grupo de Liverpool. Aunque la realidad fuera que la probabilidad de que eso ocurriese era escasa, por no decir con rotundidad que era nula. En todo caso, por aquellos pasadizos, solo podría toparse con los técnicos de sonido o de luces, sastres, maquilladores o montadores, puesto que los verdaderos artistas habían llegado hacía horas al recinto y se hallaban a buen recaudo en los camerinos montados *ex profeso* para la ocasión.

En el exterior se habían habilitado varias puertas para propiciar el paso rápido y sin tumultos

de los asistentes al evento. La capacidad del recinto era para unas veintidós mil personas, más o menos, y se habían vendido, según la prensa, alrededor de veinte mil entradas, así que, aunque el estadio no estuviera completo, era complicado moverse entre los entregados fans que alborotaban por los alrededores. Los chicos y chicas que allí se encontraban, incondicionales de la banda, estaban en posesión de unas hormonas en plena efervescencia que descargaban la adrenalina a voz en grito, coreando las canciones del cuarteto. Mientras, otros chillaban meneando el cuello de un lado para otro con sus manos puestas sobre las sienes, sujetándose la cabeza, al compás del griterío.

Amanda avanzó cogida de la mano de Gioacchino; no quería perderse entre la masa de gente que los rodeaba. En ese preciso instante, el guardia de seguridad recibió una orden por el *walkie-talkie* que le obligó a volver a su puesto de vigilancia, no sin antes indicarles un lugar para disfrutar del concierto desde una posición privilegiada. En esa ubicación podían observar muy de cerca el escenario al que, en unos pocos minutos, subirían los integrantes del fenómeno musical del momento. La emoción desbordaba a la pareja. No cesaban de profesarse suaves caricias y de dirigirse miradas cómplices que certificaban lo especiales que eran el uno para el otro.

Entretanto, la multitud coreaba el nombre de los músicos azuzándoles para que salieran a actuar. Los artistas se hacían de rogar y el público empezaba a impacientarse. Gioacchino apartó la melena que cubría el cuello de Amanda y deslizó un delicado beso en su nuca. El suave roce de sus labios y el aliento exhalado provocaron que se le erizase el vello de los brazos y denotara la necesidad de darse la vuelta, para depositar un beso en la boca del hombre que la mantenía aferrada por la cintura. Poco a poco sus lenguas se entrelazaron con un mimo compartido por ambos, tejido con un sentimiento afectado de un deseo inexplicable. Anheló de todo corazón poder permanecer eternamente en esa nube de la que sabía que pronto se vería obligada a bajar.

El clamor fue en aumento, era imposible escuchar lo que una voz intentaba trasladar al auditorio a través de la megafonía. Alguien estaba tratando de presentar a los cuatro artistas que justo entonces se subían a la plataforma elevada que hacía las veces de escenario. John, Paul, George y Ringo saludaban al respetable. Todos los asistentes aplaudieron y las notas de *Twist and shout* se elevaron por encima del estruendo de los espectadores. Amanda observó cómo se movía Gioacchino al compás de la música, algo arrítmico, casi cómico. A pesar de ello, le pareció que esa pequeña imperfección le hacía más humano y vulnerable a sus ojos lo que, lejos de parecerle ridículo, le hizo amarlo aún más de lo que ya lo hacía.

Doce canciones más tarde y con la afonía arañándoles las cuerdas vocales, los dos muchachos se dispusieron a abandonar el velódromo acompañados de otros miles de jóvenes.

Cuando solo habían andado unos pocos pasos, a Amanda le llamó la atención la actitud de Gioacchino. El chico se había quedado parado, a la espera de que algo, que al parecer solo él sabía, ocurriera. El vigilante reapareció ante ellos portando el *walkie-talkie* en su mano derecha. Caminó a duras penas abriéndose paso entre la multitud que se agolpaba en los vomitorios. Con un leve gesto de la mano que le quedaba libre, les indicó que le siguieran. Ellos, sin dudar, así lo hicieron.

—¿A dónde vamos? —preguntó Amanda inquieta.

—Tranquila, tú confía en mí.

Sin mediar más palabras, se dispusieron a seguir a su guía. Caminaban a contracorriente del público que pugnaba por abandonar el recinto. Pronto llegaron a unos túneles que mostraban unas puertas situadas a ambos lados de la pared. En una de ellas se observaba una estrella enorme, de color dorado, en cuyo centro se podía ver serigrafiada una inscripción: «The Beatles». Dentro se

escuchaban voces y un gran bullicio. Amanda aguzó el oído y, según pudo apreciar, adivinó que el idioma utilizado por quienes ocupaban aquel espacio era el inglés.

—¿Esto no será lo que creo que es? —acertó a decir con voz vacilante Amanda.

—¿Y cómo quieres que sepa lo que estás pensando si no me lo dices? —contestó Gioacchino jocoso.

—¿En serio? Se trata de... —volvió a decir ella sin llegar a terminar la frase.

—Sí. En serio.

—No me lo creo.

—Pues créetelo.

—¿De verdad?

—Ja, ja, ja. Sí, de verdad.

El vigilante se separó de ellos para hablar con uno de los gorilas que impedían que nadie pudiera acercarse a la puerta. Tras una breve charla entre los dos, el guardaespaldas llamó con los nudillos en la madera y esperó paciente hasta que un hombre salió a recibirle para ver qué quería. Después de intercambiar una serie de frases con él, asintió con la cabeza como si estuviera de acuerdo con lo propuesto. Justo entonces, el hombre que había salido del camerino se presentó a los dos jóvenes. Dijo que su nombre era Brian Epstein y les estrechó la mano con firmeza.

El tipo era un hombre elegante, vestía traje negro y corbata a juego, lucía un pelo repeinado, de color moreno, corto y algo ondulado, además de una sonrisa que arrojaba una luz infinita. Realmente resultaba atractivo y, lo más curioso de todo era que, no dejaba de mirar de manera lasciva a Gioacchino. Detrás de él, a través de la puerta entornada, Amanda alcanzó a ver al mismísimo Paul McCartney y a Ringo Starr recostados en una especie de sofá estilo Chester. Los dos aparentaban estar relajados y hablaban de algo que, sobre todo a McCartney, le provocaba una hilaridad contagiosa.

A Amanda le temblaban las piernas. Se encontraba a tan solo tres metros de ellos. Sentía la falta de aire en sus pulmones, casi hiperventilaba. Sus glándulas salivares, bloqueadas, eran incapaces de hidratar el interior de su boca. Tenía la lengua pegada al paladar y le era imposible pronunciar una sola palabra que resultara entendible.

Epstein les indicó que pasaran al interior del camerino. Allí estaban los integrantes del grupo, los cuatro Beatles, a tan solo unos centímetros. Amanda no daba crédito, quería pellizcarse para comprobar que no se trataba de un sueño, pero estaba paralizada. Ni siquiera era capaz de llevar a cabo ese gesto de prueba que evidenciara el hecho que estaba viviendo.

Dentro se encontraban también, además de Brian, un par de personas más que pertenecían al equipo de producción. Al fondo sonaba un tocadiscos al que casi no le quedaban fuerzas para hacerse oír ante las risas y el descorchar de botellas que retumbaba en la estancia.

Paul, con un cigarrillo entre los labios, se acercó hacia los dos muchachos que aún permanecían atónitos, en pie, a escasos pasos de la entrada. Con expresión risueña les recibió ofreciéndoles un caluroso abrazo a él y un par de entusiastas besos a ella. Mientras tanto, John les acercó unas copas de champán. Él mismo las llenó con el líquido espumoso que contenía la botella para lanzarla después al aire, hacia una papelería que ya contenía un par de recipientes más, haciéndola añicos. Mascaba chicle y portaba unas gafas de sol negras que le resbalaban sobre la prominente nariz. George se retiró hacia una esquina, cerca del tocadiscos. Parecía observar a los allí congregados sin querer participar de lo que a su alrededor sucedía. Entretanto, Ringo ni se movió de su asiento. Desde ese mismo lugar pronunció un: *Hi, guys* que a Amanda le restalló en los oídos como un mensaje venido del mismísimo cielo.

Gioacchino comenzó a hablar en un perfecto inglés acerca de sus impresiones sobre el concierto. Ellos no ocultaron su enojo por la mala calidad del sonido, y más aún cuando ya habían trasladado su malestar por este motivo en la función que había tenido lugar a las 16:30 de esa misma tarde. Amanda y Gioacchino alabaron su estilo y restaron importancia a la pésima acústica del recinto. La verdad era que habían disfrutado del espectáculo y así se lo trasladaron ambos, diciéndoles cuáles habían sido sus canciones preferidas: *I wanna be your man* la de él y *She's a woman* la de ella.

Lennon pasó acto seguido a pedirles alguna recomendación para salir por la noche. Les solicitó la dirección de algún garito que estuviera de moda y donde se pudiera escuchar buena música. Gioacchino les dio el nombre de varios de los clubs a los que él acudía con asiduidad y que sin duda serían de su agrado. Haciendo una broma, ya que nadie le había invitado a acompañarlos, les explicó que no podría salir esa noche con ellos ya que prefería quedarse a solas con Amanda antes que ir por ahí con cuatro locos melenudos, haciendo referencia al modo en el que la prensa italiana los había calificado. Todos rieron el comentario y explicaron que las críticas en ese sentido poco o nada les importaban.

Cuando Paul les preguntó cómo se conocieron, Amanda les relató el motivo por el que había acudido ella a Italia, y el modo en el que la casualidad les había unido en un hilo espacio-tiempo que habían denominado '*per sempre*'. Ringo, desde el sofá, miró a Gioacchino y le soltó un sonoro: *You're a lucky guy!* que fue celebrado por todos.

Poco después brindaron por el futuro. Volvieron a llenar las copas y charlaron de música. Pusieron de manifiesto cómo las canciones tenían el poder de cambiar el mundo de una manera brillante. Esa era la única arma capaz de unir a las personas de las más diversas ideologías o pensamientos contrarios. Estuvieron de acuerdo también en que las letras serían la puerta abierta a un cambio de mentalidad en la sociedad. Amanda aseveró esta máxima dejando una frase que quedó suspendida en el aire.

—Todos somos luciérnagas que podríamos alumbrar la oscuridad con nuestra propia luz, pero muchos prefieren ser topos y permanecer ciegos ante este regalo. Tal vez porque ser responsable de hacer el bien dé más miedo que ser portador de algún mal.

Gioacchino, orgulloso, tradujo al inglés el concepto de lo expresado en español por Amanda. Después de escucharlo, tanto John, Paul, Ringo como George, incluso Epstein, aplaudieron la idea.

Amanda, cada vez más relajada, habló sin parar demostrando tener sólidos conocimientos sobre cantantes de la talla de Elvis Presley o Chuck Berry, lo que dejó boquiabiertos a todos los integrantes de la banda.

En un momento dado, alguien subió el volumen del tocadiscos y Paul y John comenzaron a cantar *Love me do* a pleno pulmón. Ringo agarró su cámara fotográfica de 35 mm e hizo unos cuantos retratos para inmortalizar el momento, con lo que logró capturar el semblante de fascinación que prevalecía en Amanda.

Al término de la canción, Brian echó la mano por encima del hombro a Gioacchino. Acercándose a su oído le hizo saber que ya era hora de que los muchachos se retirasen a descansar, aunque a Gioacchino y a Amanda les dio la sensación de que lo que realmente ansiaban era poder salir de allí y continuar la fiesta en alguno de los clubs que les habían recomendado.

Se despidieron de ellos, como si se conocieran de toda la vida, eso sí, no sin antes lograr que los cuatro de Liverpool les firmaran las dos entradas que Gioacchino guardaba en el bolsillo.

Una vez en el exterior, Amanda no pudo resistir la tentación de bailar. Estaba exultante de

alegría, había sido un día magnífico. En la calle aún se podía distinguir a la gente tarareando las canciones que durante más de hora y media habían escuchado de manera apasionada. Ninguno de los jóvenes que paseaban por las aceras podía imaginar el alborozo interior que sentían. Ella y Gioacchino eran unos privilegiados. Habían compartido unos minutos con los mismísimos Beatles y, a pesar de que se creían los amos del mundo por la experiencia vivida, todavía no eran conscientes de cuánto iba a marcar sus vidas ese día.

Se montaron en la moto, aún incrédulos y excitados. Tomaron la Via Giovanni de Procida hacia Antonio Canova para dirigirse a la zona del Duomo. Allí, en un magnífico restaurante, le aguardaba a Amanda una sorpresa más: una romántica cena con velas, música y un marco incomparable.

Por el amplio ventanal del restaurante se podía admirar el esplendor de la Catedral de Milán, con sus cinco naves, absolutamente imponente. Construida con ladrillos recubiertos de mármol de color rosa que bajo la luz de la luna le daban a la arquitectura un aire muy novelesco. Gioacchino le explicó a Amanda que la construcción del Duomo tardó más de cuatrocientos años en finalizarse. Un auténtico espectáculo del arte neogótico que se mostraba ante los ojos de Amanda como la mayor ofrenda de amor que nunca nadie le volvería a mostrar.

Sobre la mesa, el mantel de lino y las servilletas de hilo daban muestra del lujo que les rodeaba. Las lámparas que adornaban los techos, como las de un teatro, eran de lágrimas de cristal que relucían como diamantes. El mobiliario de madera, lacado en tonos claros, rompía en cierto modo con el clasicismo que se respiraba en el local. Al fondo, un enorme piano de cola blanco emitía las notas de una bella canción al compás de los dedos de un virtuoso pianista que amenizaba la velada. Todo era hermoso, daba miedo sentir una felicidad tan plena.

Pidieron un vino de la zona del Chianti y optaron por varios de los platos que mostraba la extensa carta que les acercó el camarero. Cada uno eligió de manera individual, siguiendo sus gustos y preferencias. Cuando les sirvieron aquellos manjares, ambos estuvieron de acuerdo en que la comida era extraordinaria.

Mientras esperaban que les trajeran el siguiente plato, Gioacchino se levantó sin mediar palabra y se acercó hasta donde se encontraba el pianista. Tras susurrarle algo al oído, el músico se levantó esbozando una sonrisa y le cedió el asiento. El muchacho se acomodó en el banco que se hallaba frente al instrumento y deslizó sus dedos sobre las teclas blancas y negras. Para sorpresa de todos los presentes, lo hizo demostrando una auténtica maestría. La caja de resonancia escupió el melodioso sonido de *Yesterday* extendiéndolo por todo el local como una suave fragancia recién vaporizada en el ambiente. Las voces, que hasta ese momento habían sobrevolado las mesas donde el resto de comensales se hallaban acomodados, se acallaron de manera unánime. Todos, sin excepción, prestaron oídos a la hermosa armonía que salía de las expertas manos de Gioacchino. La emoción embriagaba a Amanda. Lo que sentía en aquel momento era inexplicable, una deflagración de sentimientos tan grande que podría dar pábulo a la teoría de que así se había producido el big-bang que originó el Universo.

Cuando Gioacchino regresó al lado de Amanda, este recibió el aplauso caluroso de todos los asistentes quienes habían disfrutado de lo lindo con la espontánea intervención de aquel apuesto joven. Amanda, en un arrebato, se levantó de la silla y lo recibió con un beso tan profundo y húmedo que hizo que los vítores se prolongaran durante más de un minuto.

—Me tienes asombrada —dijo ella sin ocultar su fascinación.

—Bueno, no es para tanto. Tomé clases de piano desde niño. Mi madre es una apasionada de la música en general y de la ópera en particular.

En ese instante Amanda se percató de que desconocía muchas cosas de Gioacchino. Habían pasado cantidad de horas juntos y habían mantenido infinidad de conversaciones, pero él, a pesar de haberle presentado incluso a su familia, le había revelado bien poco de sí mismo.

—Cuéntame más —le rogó ella a la vez que pasaba su mano por encima de la mesa para acariciarle los dedos que sujetaban la base de la copa apoyada sobre el mantel.

—No hay nada muy interesante que contar.

—¡Eso sí que no me lo creo! Dime, ¿por qué empezaste a tocar el piano?

—Bueno, la verdad es que más bien era el sueño de mi madre. A ella le hubiera encantado ser concertista de piano, pero su padre, que era militar y muy estricto en cuanto a la educación de sus hijas, no le dejó desarrollar ese talento. Decía que no era propio de señoritas.

—Así que tomaste el relevo y fuiste el sucesor de su don.

—En absoluto. Yo no tenía ningún don para la música —contestó él mientras engullía un trozo de vincisgrassi, una especie de lasaña al horno rellena de diferentes tipos de carne picada y acompañada con salsa ragú con la que Gioacchino se relamió de gusto.

—Pues a mí no me ha parecido eso esta noche —argumentó ella con un suave ronroneo en la voz.

—Si no posees un talento innato, créeme que la disciplina puede llevarte a superar límites increíbles. Te lo aseguro.

—Oh, vamos, si no hay una buena materia prima de base, es imposible, o cuando menos improbable que se logre tanto virtuosismo. No te quites mérito.

—No es modestia, Amanda. Mi profesor de piano bajaba la tapa de golpe sobre mis dedos cuando me equivocaba al tocar una nota. Más de una vez se me cayeron las uñas. Aun así, seguía tocando con los dedos ennegrecidos. Con el tiempo aprendí a esquivar los golpes. Tener reflejos también me sirvió a la hora de aprender a tocar de manera fluida. Mis dedos se volvieron ágiles y ligeros.

Amanda se percató de que Gioacchino se miraba la mano que ella le estaba acariciando. Se la apretó, de manera instintiva, aún más fuerte.

—Ensayaba horas y horas hasta no cometer ni un solo error, más me valía —continuó él hablando mientras retiraba la mano para partir otro trozo de carne.

—¿Por qué no lo dejaste? —preguntó ella con sincera curiosidad—. Debió ser terrible.

—Se lo debía a mi madre. Pero no hablemos más de ello, ahora estamos tú y yo aquí y eso es maravilloso, ¿o no? —adujo el muchacho recuperando la compostura.

—Aun así, me parece espantoso.

—Se lo prometí a mi madre.

—Sí, lo entiendo, pero las promesas nunca deben convertirse en condenas.

—Bueno, al menos he de admitir que, aunque el método no fue muy ortodoxo, me ha servido para conquistar a una preciosa española —arguyó él levantando la copa para brindar—. Por la mujer más bella e inteligente que estos dedos, con algún que otro huesecillo quebrado, jamás hayan acariciado.

—Espero no tener que castigarte esta noche por no utilizar bien las manos —finalizó ella con una seductora sonrisa en los labios mientras chocaba su copa con la de Gioacchino.

—Eso no sucederá. No estoy dispuesto a recibir más castigos. Prometo utilizar mis manos de forma que solo pueda recibir algún premio —respondió él algo achispado por el champán y el vino ingeridos.

Capítulo trece: Barcelona (2010)

El autobús llegó por fin a su destino. Amanda tenía los tobillos hinchados y la cabeza repleta de recuerdos. Descendió del vehículo y fue a buscar su maleta que había quedado en un rincón de difícil acceso al fondo del porta-equipajes. Una vez más, providencialmente, la chica de las trenzas color zanahoria apareció a su lado para introducirse a gatas en el compartimento y rescatar así su valija.

A la hora de la despedida, las dos mujeres se fundieron en un sentido abrazo que traspasó las fronteras de la piel. A fin de cuentas, abrazar a alguien no es más que sujetar a la otra persona con la fuerza de los sentimientos. Después, cada una debía continuar su propio camino.

Amanda se quedó parada, de pie, viendo cómo la mujer de los prominentes juanetes era recibida por Tinnet, quien la levantó en volandas y la besó como si fuera la única mujer existente en toda la Tierra, y es que probablemente para él así lo fuera. Observó también cómo la chica pelirroja, cuando se hubo alejado unos cuantos pasos, se giró sobre sí misma para decir un último adiós a Amanda con la mano en alto, regalándole de paso una intensa sonrisa.

Ojalá sea feliz en Islandia, deseó Amanda con todas sus fuerzas.

Mientras todas estas escenas se iban sucediendo, una joven con aspecto añinado y ataviada con un vestido algo raído se acercó cautelosa hasta donde se encontraba Amanda. Con la mirada huidiza y frotándose las manos le dirigió la palabra, parecía nerviosa.

—Buenas tardes.

—¡Hola! Buenas tardes —contestó Amanda de manera educada, a la espera de que la mujer le revelara sus intenciones.

—¿Necesita alojamiento? —le interrogó la chica levantando la mirada.

—Eh, bueno, sí —afirmó Amanda, aunque algo dubitativa.

—Ofrezco una habitación en mi casa por un precio económico.

—¿Ah, sí? —preguntó recelosa.

En ese momento le hubiera gustado tener a su amiga pelirroja allí para que le dijera si aquella propuesta era fiable o si por el contrario debía negarse y salir huyendo hacia otro lado ante el peligro de una estafa, un robo o cualquier otro engaño.

Por un instante pensó en todos los países y las situaciones de peligro en las que se había visto involucrada a lo largo de los años. No se explicó cómo podía haber llegado a instalarse en ese nivel de miedo y desconcierto ante todo lo que la vida le iba poniendo delante. Con esta idea en la mente, decidió arriesgarse y aceptar la invitación, eso sí, no sin antes preguntar el precio y de considerar que el trato fuese justo.

—En un principio sería solo por esta noche. ¿Cuánto cobras por la estancia? —se interesó Amanda.

—Quince euros, ¿le parece bien? —tanteó ella con el temor reflejado en el iris de sus ojos.

Tras pensárselo durante unos breves segundos, Amanda consideró que el precio era acorde al gasto que tenía previsto. Era necesario llevar con rigor el presupuesto marcado si quería que la aventura llegara a buen término. Además, estaba demasiado cansada para empezar a buscar otro hospedaje que le pudiera ser más beneficioso, cosa que se le antojaba ardua y hartamente improbable.

—De acuerdo —aceptó finalmente—. ¿Está lejos de aquí?

—No, no mucho, está a menos de media hora andando. Yo le llevo la maleta, no se preocupe por eso —se prestó ella solícita—. Me llamo Anna. Ya verá que va a estar muy a gusto, la casa es modesta, pero la cama es cómoda —explicó de manera atropellada, como si hubiera recuperado la vitalidad y seguridad de la que hacía solo un momento parecía carecer.

Ambas mujeres tomaron una larga avenida que les condujo por la perfecta cuadrícula de calles que conformaban la urbe. A Amanda se le pegaba el vestido de gasa al cuerpo debido al sudor que cubría su cuerpo como consecuencia del calor reinante a esas horas. Sus pies hinchados comenzaban a quejarse de manera alarmante. El paseo se le estaba haciendo pesado y empezaba a arrepentirse de haber aceptado la oferta. Al cabo de más de una media hora de caminata, las mujeres llegaron a un callejón donde los edificios se volvían más oscuros, con fachadas necesitadas de una buena reforma. El ladrillo rojo y el tipo de construcción dejaban adivinar que se trataba del típico barrio de clase obrera construido a raíz de la industrialización y apogeo de las fábricas textiles que se radicaron en la provincia hacía ya unas cuantas décadas. Algunas de las terrazas exhibían unas mallas que sujetaban la piedra, con el fin de evitar los desprendimientos. La muchacha miró por el rabillo del ojo a su recién adquirida inquilina, escrutando sus reacciones. Amanda permanecía inmutable. Estaba acostumbrada a dormir en barracones, jaimas, albergues y sitios de lo más sorprendentes, lugares que habían quedado confinados a una especie de existencia anterior, como a quien se le ha trasapelado una vida. Estos pensamientos removieron la conciencia y las motivaciones que habían quedado adormecidas tras el accidente de coche. Ese periodo de su vida en el que todo su mundo se derrumbó, convirtiéndola en alguien distinto. Una auténtica desconocida.

El acceso al portal estaba precedido por tres escalones que hubo que ascender para llegar a la puerta principal. Al entrar, les esperaban otras siete empinadas escaleras antes de alcanzar el ascensor que dejaba ver su mecánica de cuerdas y motores sobre el compartimento. La cabina era estrecha, a duras penas cabían las dos mujeres y la pequeña maleta. La chica pulsó el botón nacarado que llevaba impreso en negro el número tres. Hasta entonces casi no había dirigido la palabra a Amanda, tal vez por miedo a decir algo que incomodara a su huésped y que hiciera que se retractara de la decisión de pasar la noche en su humilde vivienda. No obstante, debió de pensar que ese era el momento idóneo para dar alguna información que pusiera a su invitada sobre aviso de lo que se iba a encontrar dentro, ya que, a estas alturas, consideraba que ya sería demasiado tarde para que Amanda desestimara la oferta de un merecido descanso a un precio tan económico, así que, desplegando una mirada llena de melancolía que revelaba un profundo cansancio, se animó a contarle algunas de las cosas que le esperaban en el interior.

—La vivienda está en el tercero.

—Ajá, ya veo.

—Vivo con mis tres hijos, pero son muy buenos. No la molestarán, se lo aseguro.

Amanda no contaba con esta contrariedad. De haber sabido que había niños en el hogar no hubiera aceptado la propuesta. Aunque, tal y como Anna había pensado, ya era demasiado tarde para rechazar la oferta y empezar una nueva búsqueda de alojamiento. Estaba realmente agotada y necesitaba un sitio en el que darse una buena ducha y acostarse un rato con las piernas en alto.

—El cobro lo hago por adelantado —añadió cuando el ascensor dio un brusco parón en la tercera planta del edificio.

—Sí, claro. No hay problema. Ahora mismo le hago el pago.

—Se lo agradezco —dijo sin levantar la mirada del suelo.

Anna introdujo la llave en la cerradura. Al entrar, se toparon con un silencio sepulcral que

invadía el piso como una densa niebla que cubre un paisaje. Amanda imaginó que tal vez los niños se hallaban fuera a esas horas. Este hecho le dio cierta tranquilidad, no quería que nada más poner un pie en el piso tuviera que lidiar con pequeños seres que solo quisieran jugar, llorasen o la sometieran a preguntas imprudentes edulcoradas con un halo de ingenuidad. Sin embargo, Amanda tardó poco en darse cuenta de cuán equivocada estaba.

La casa era un espacio pequeño, con escasos muebles, todos ellos antiguos, probablemente comprados en alguna tienda de segunda mano o adquiridos en el rastrillo. Cada uno era de un estilo diferente y de colores, tamaños y formas dispares. Nada que ver con el mobiliario coordinado y decorativo habitual de cualquier residencia familiar que hubiera visitado antes.

Dejando la maleta en el suelo, Anna llamó a uno de sus hijos. El nombre del chico atravesó como una flecha la oscuridad y el silencio propios de un sitio deshabitado.

—¡Christian!, ya estoy en casa —repitió esta vez más fuerte.

Un leve gemido se escuchó desde una de las habitaciones del fondo.

—¡Ya voy! —contestó una voz desde algún lugar inespecífico del hogar.

Un sonido gutural volvió a rezumar detrás de la puerta de una de las estancias que permanecía cerrada.

De ese mismo cuarto, ubicado al final de un estrecho pasillo revestido con un papel pintado de flores en tonos verdes y amarillos, descolorido y ajado por el paso de los años, salió un muchacho moreno, alto y flaco, con unos ojos enormes, protegidos por unas larguísimas pestañas y enmarcados por unas amplias ojeras violáceas que llamaban la atención por ser totalmente impropias para su edad. El chico cerró la puerta tras de sí tratando de acallar los gemidos que de ese dormitorio parecían proceder.

—Christian, esta es...

—Amanda —dijo la mujer dándose cuenta de que aún no se había presentado.

—Esta es Amanda. Pasará la noche con nosotros. Ocupate de que tenga la habitación lista y a su gusto.

—Ahora me encargo —aseveró el chiquillo que no debía de tener más de catorce años.

Amanda se sintió francamente turbada con el hecho de que un niño tuviera que acomodarle la estancia. No supo cómo reaccionar ante la situación que se le presentaba. Pensó que tal vez lo mejor fuera dejarles hacer, aunque fue incapaz de reprimir su instinto maternal, ni de sacudirse de encima la necesidad de eximirle de la responsabilidad que le había sido encomendada.

—Oh, no es necesario que te molestes, puedo arreglármelas yo sola, en serio —le dijo Amanda utilizando un tono cariñoso y amable.

No sabía muy bien por qué, pero notaba una fuerte compasión hacia ese chico al que apenas conocía.

—No es molestia —le contradijo él—. La tendré lista en dos minutos.

Nada más pronunciar estas palabras, el adolescente desapareció tras una puerta con una manilla a la que se le había desprendido el recubrimiento que, en algún momento de su existencia, debió de ser dorado. Fue entonces cuando un sollozo llegó a los oídos de las dos mujeres que aún se hallaban en la entrada, con la maleta en el suelo, de pie, y sin saber muy bien qué decirse.

Anna se dirigió hacia el cuarto del fondo. La única estancia que parecía tener cierta actividad en la vivienda. Abrió la puerta de la habitación y la cerró de inmediato. Amanda solo pudo ver un segundo el interior de la misma. Permanecía oscura, con las persianas bajadas. Al momento, Anna volvió a aparecer con una preciosa niña de ojos marrones y piel sonrosada. Al verla, a Amanda le recorrió un escalofrío. Le pareció un ser indefenso en brazos de aquella mujer

escuálida. Un latigazo pulsó su corazón como si se hubiera disparado un botón de alarma.

—¿Te importa que le dé de mamar? Es su hora —explicó la joven tratando de justificar el llanto de la pequeña.

—Claro, claro. Sin problema.

Amanda intuyó que de aquel cuerpo tan famélico poca leche se podría obtener, aunque el bebé, según se apreciaba a primera vista, presentaba un aspecto fuerte y saludable.

Las tres pasaron a la cocina donde una mesa de formica y unos taburetes sin respaldo hacían las veces de comedor. Un pequeño frigorífico emitía un chirrido constante, como de resistencia vieja. Anna abrió el refrigerador para ofrecer un vaso de agua fresca a su invitada. Una jarra de agua, un cartón de leche, un par de cebollas mustias y tres zanahorias era todo su contenido.

Una angustia devastadora se apoderó del espíritu de Amanda. Ella, siempre tan preocupada por sus aflicciones, había iniciado un viaje en busca de su yo interior sin tener en cuenta cuántas personas vivían con una realidad y un padecimiento mucho mayor que el suyo. Se juzgó mezquina y egocéntrica por pensar solo en sí misma. Un atisbo de vergüenza asomó a sus mejillas mientras buscaba en el bolso el monedero. Sacó los quince euros convenidos y los dejó sobre la mesa. Justo entonces, Christian asomó la cabeza por la puerta.

—Ya tiene la habitación disponible —informó con aire cansado.

—Muchas gracias —contestó Amanda dudando de si debía darle alguna propina.

El chico agarró la maleta y acompañó a su huésped hasta la habitación. Mientras, Anna continuó dando el pecho a la pequeña sentada en una de las incómodas banquetas de la cocina.

De la habitación del fondo seguían filtrándose unos extraños ruidos difíciles de identificar. Christian esbozó un gesto de disgusto.

—Le tengo que dejar —explicó a la vez que posaba la maleta sobre la única silla que amueblaba el dormitorio. —Si necesita cualquier cosa llámeme, vendré enseguida.

—Muchas gracias —volvió a repetir Amanda sin ocurrírsele alguna otra cosa más que decir.

Se sentó al borde de la cama y echó un vistazo a su alrededor. Un armario enorme, de caoba, era la pieza predominante. El cabezal de la cama, del que pendía un rosario, era de madera con un acabado de artesonado que tal vez tuviera algún valor para los anticuarios, aunque estaba convencida de que Anna no era consciente de ello. En uno de los lados se apostaba una mesilla sobre la que reposaba una lámpara con un pie dorado y una pantalla de cristales de colores translúcidos. El parqué del suelo estaba desgastado por los innumerables pasos que los moradores habían ido dando a lo largo del tiempo. Una silla de aluminio de diseño moderno, ubicada en un rincón, desentonaba con el resto del conjunto. En ella era donde Christian había colocado la maleta y donde esta permanecía a la espera de que Amanda se decidiera a abrirla y tomar así posesión del espacio. Por lo demás, la habitación se veía limpia y ordenada. Era evidente que el muchacho se había esmerado en cambiar las sábanas y en no dejar una sola arruga a la hora de cubrir el lecho con ellas. El chico sabía bien cómo hacer su trabajo. Había retirado cuidadosamente cualquier muestra que hiciera sospechar que allí había pernoctado algún otro inquilino o incluso un habitante de la propia vivienda.

A pesar de los escasos muebles que adornaban la estancia, y que probablemente se encontraban vacíos, Amanda no pudo dominar su curiosidad y explorar su contenido. No le sorprendió ver las perchas desnudas de ropa, ni le resultó extraño localizar las toallas limpias y perfectamente dobladas colocadas sobre una de las baldas. En la cara interna de una de las

puertas del armario, un espejo rectangular le permitió ver su reflejo. Su rostro destilaba una profunda fatiga y el vestido se veía totalmente arrugado. El pelo blanco aparecía aplastado por efecto de las horas de viaje que había pasado apoyada sobre el reposacabezas del autobús. Lamentó no haber metido un bote de laca en el equipaje, con un buen cepillado y unas pinzas, podría haber mejorado su aspecto. Tenía buena mano para cardarse la media melena que le quedaba justo por encima del hombro, con unos graciosos caracolillos en las puntas.

Abrió la maleta pero no colocó ninguna de sus pertenencias en el ropero, hacerlo le pareció realizar una intromisión en la intimidad de aquellas personas. Además, solo iba a pasar una noche, por lo que únicamente sacó el camión de raso y lo dejó sobre la colcha que cubría la cama. Al hacerlo, se fijó en el cajón de la mesilla que había quedado entreabierto. Por la pequeña ranura se vislumbraba que había algo allí dentro. Con sigilo, asió el tirador y tiró de él despacio, como si tratara de no ser descubierta en su afán por destapar algún posible secreto. No sabía por qué se sentía así, como si estuviera invadiendo un terreno que le hubiera sido vedado. Al abrirlo, ante sus ojos apareció un cuaderno de dibujo. Contemplarlo también le pareció una indiscreción, aunque no se resistió a tomarlo entre sus manos y a pasar las páginas repletas de retratos a carboncillo.

—¡Qué maravilla! —expresó en voz alta.

Quien quiera que hubiera hecho aquellos bocetos era un auténtico artista. Con mucho cuidado, volvió a depositar el cuadernillo en el mismo sitio del que lo había cogido. Lo hizo como si guardara un tesoro. Concluyó que más tarde averiguaría si aquellas láminas pertenecían a Anna, o si quizá fueran obra del propio Christian.

Sintió el tejido de la vaporosa falda pegado a su piel. Sacó el neceser de dentro del equipaje. Se propuso buscar el baño para darse una buena ducha que le liberara de la pesadez de piernas y del cansancio acumulado desde la mañana. Antes de nada, se dirigió al armario y tomó una de las toallas de felpa que estaban cuidadosamente plegadas. El tacto era áspero, pero olía a limpio. Amanda agradeció esa sensación de vuelta al hogar y fue en ese preciso momento cuando se acordó de Jota, quien todavía no habría descubierto su marcha. Con esa sensación de traición sobrevolando sobre su conciencia se dirigió al exterior para buscar el aseo. Nada más salir al pasillo, se encontró con Anna con la niña en brazos, dormida. La acunaba despacio, con una lentitud propia de quien sabe que porta algo frágil. Al ver a Amanda con la toalla colgando del brazo, el vestido arrugado, y en zapatillas, la chica cambió su expresión relajada por otra que mostraba cierto azoramiento.

—Perdona, me gustaría darme una ducha, si es posible —solicitó Amanda, dando así justificación a su aspecto desaliñado.

—Sí, bueno, verás... —se trastabilló la joven al hablar—, hasta mañana no habrá agua caliente. Se nos ha terminado el butano y aún no nos han traído repuesto. El servicio no es muy bueno, ya somos pocos los que usamos este combustible en la ciudad y suelen tardar días en suministrarnos una nueva bombona —argumentó como excusa.

—Entiendo —dijo Amanda presuponiendo que el agua caliente se había convertido en un bien de lujo en aquella casa—. No te preocupes, me vendrán bien unos chorros refrescantes. Con este bochorno se agradece el agua fresquita.

La dueña de la casa bajó la mirada hacia el suelo en un vano intento de esconder la vergüenza que a buen seguro le corroía por dentro. Dio la pequeña a Christian, quien la acogió y arropó con manos diestras. Una vez liberada del bebé, acompañó a Amanda para mostrarle el lugar en el que se encontraba el cuarto de baño. Era un espacio minúsculo que solo constaba de un

pequeño lavabo con un armarito bajo y un espejo con unas pocas estanterías. Anna le hizo un hueco entre sus cosas para que pudiera dejar allí su bolsa de aseo. En la pared del frente había un inodoro y, pegado a él, un pequeño plato de ducha con una cortina de plástico que auguraba que habría que recoger el agua salpicada al terminar de ducharse. De hecho, en uno de los rincones, un cubo y una fregona preparados para tal efecto confirmaron su sospecha.

—Le dejo —informó Anna volviéndose hacia el exterior—. Si necesita cualquier cosa, avísenos. En la repisa hay unas muestras de gel y champú que puede utilizar.

—Está bien, muchas gracias —contestó Amanda mientras dirigía la mirada hacia el lugar indicado por la joven.

Se desnudó y observó los sobrecitos que contenían el jabón y otros productos de higiene de lo más variado. Todos ellos llevaban impresos logos de diferentes hoteles de la ciudad. Abrió el grifo y se introdujo en el plato de cerámica. Cuando el primer chorro le cayó sobre la espalda, a punto estuvo de exhalar un chillido que se hubiera oído en toda una manzana. Para contenerlo, se mordió los carrillos y cerró fuerte los ojos hasta acostumbrarse al brusco cambio de temperatura. De manera rápida abrió con los dientes uno de los envoltorios que contenía una pequeña dosis de gel y la distribuyó como pudo por su cuerpo. Aplicó la alcachofa de la ducha sobre sus piernas y sintió cierto alivio, aunque pronto la tiritona le llevó a cerrar la llave de paso del agua y a descorrer la cortina para salir rápido de la plataforma. Tal y como había supuesto, una pequeña laguna le esperaba al otro lado. Tuvo miedo de resbalarse con el azulejo húmedo, así que agarró una de las toallas pequeñas que se encontraban junto al lavabo y la echó al suelo para poder posar los pies sobre ella. El resultado fue que el paño quedó absolutamente empapado y el suelo igual de resbaladizo que antes. Desnuda, exhibiendo su cuerpo proporcionado, pero demudado por la edad y marcado por las manchas de la piel que el envejecimiento se empeñaba en mostrar como marca del paso del tiempo, agarró la fregona y recogió el agua, escurriéndola después en el balde.

Algo más tranquila y ya más segura, procedió a secarse con la toalla que Christian le había preparado, rasposa, sí, pero portadora de una calidez que disolvió, en parte, la incomodidad que hasta entonces la había acompañado. Miró a su alrededor hasta que se percató de su despiste. Había olvidado llevar unas braguitas y un sujetador limpios para cambiarse. Estaba claro que debía salir al pasillo enrollando su desnudez en una toalla. Solo deseó que Christian no anduviera por allí cerca.

Cuando abrió la puerta, no fue con el chico con quien se topó de bruces, sino con Anna. La joven dejó sorprendida a Amanda con su cambio de indumentaria. Ahora llevaba un vestido que, a buen seguro, en un tiempo anterior había sido elegante y de buena calidad a pesar de que ahora se viera algo pasado de moda. No obstante, le quedaba perfecto y los tacones que llevaba le hacían mucho más alta y estilizada. Amanda se fijó con más detalle en ella y asumió que, si obviaba el hecho de que la había visto con esa otra ropa, más desgastada, y de que conocía dónde y en qué condiciones vivía, bien la podría haber confundido con algún personaje de la alta sociedad catalana.

—Estás muy guapa —le piropeó enfundada en su envoltorio de felpa y con su ropa sucia colgada en la mano.

—Muchas gracias —respondió mientras exhibía una sonrisa que, por primera vez, le iluminó los ojos de un verde tan intenso que parecían dos pequeñas joyas engarzadas bajo los párpados—. Tengo un compromiso.

—Estupendo, eso está muy bien. Pues yo voy rápido a vestirme. Me estoy quedando helada.

Tras el refrescante chapuzón, Amanda se dio cuenta de que no había comido prácticamente nada en todo el día. Cuando sus tripas comenzaron a rugir, le vino a la mente la imagen de la nevera casi vacía y se percató de que le resultaría imposible picar algo en la casa. No le quedaba otro remedio que interesarse por algún local o restaurante cercano e ir hasta allí a tomar algo.

Una vez vestida con una muda limpia, el pantalón, y la blusa azul, ya se sentía como nueva. Salió del dormitorio y vio a Anna y a Christian discutir en voz baja en un rincón. Valoró si no sería más conveniente regresar al cuarto y dejar que madre e hijo resolvieran sus diferencias sin interrupciones. Sin embargo, estaba tan hambrienta que creyó mejor preguntar primero para después quitarse de en medio. Al acercarse hasta ellos, observó que Anna se había arreglado con una capa de maquillaje que escondía su tristeza y su cansancio a la perfección. Era increíble cómo podía cambiar una persona por fuera con unos pequeños retoques, aunque todo lo demás, a su alrededor, siguiera siendo igual de pobre que antes.

—Perdonad —irrumpió Amanda.

—Tranquila, no estamos tratando ningún asunto importante. ¿Necesita algo? —se interesó Anna restando importancia a la conversación que hasta hacía escasos segundos estaba manteniendo con su hijo.

Christian, visiblemente molesto ante las palabras de su madre, dio media vuelta y se adentró en la habitación del fondo que ahora tenía la persiana levantada y se veía más luminosa. Al entrar, dio un suave portazo, como quien quiere demostrar su enfado, aunque no vaya con su carácter.

—Estos chicos, ya sabe, se enojan a la primera de cambio. Está en una edad difícil —le disculpó Anna—. Y bien, ¿en qué puedo ayudar?

—¿Hay algún sitio cerca para comer algo? Me refiero a un sitio barato, a poder ser.

—¡Sí, claro! —respondió alegremente—. Justo a la vuelta de la esquina está el bar de Julia, dígale que va de mi parte, le hará unos huevos rotos exquisitos o una tortilla de patata que quita el sentido, aunque el *pa amb tomàquet* no le queda a la zaga. Y, de todas formas, si quiere algo más contundente, también suele tener un menú del día riquísimo y a un precio muy asequible. Es bastante tarde, pero no cierran la cocina, no tendrá problema en que le sirvan a estas horas.

—Perfecto. Es que casi no he probado bocado en todo el día y me muero de hambre.

Amanda se arrepintió al instante de haber pronunciado esta frase. Con solo ver los ojos de Anna fue consciente de que aquel mensaje, a tenor de la cantidad de comida que había visto en la cocina, era cuando menos hiriente.

—Bueno, yo me tengo que ir, que llego tarde —dijo la joven girando sobre sus talones y dirigiéndose hacia la salida—. Si necesita unas llaves, pídaselas a mi hijo. ¡Christian, me voy ya! —gritó antes de cerrar la puerta tras de sí.

Amanda se quedó sola en mitad del pasillo. Reflexionó sobre si sería conveniente invitar al chico a comer con ella. Imaginó que haría días que no había ingerido un alimento en condiciones, aunque igual no estaba siendo objetiva y estaba dando por sentado cosas que no eran del todo ciertas. No le gustaba formarse opinión a primera vista, pero estaba casi segura de que, en esta ocasión, no andaba desencaminada en sus elucubraciones. Cuando estaba dilucidando qué hacer, de repente cayó en la cuenta de que Christian también estaba al cuidado de su hermana y de que, si querían salir de la casa, tendrían que llevársela con ellos.

—¡Qué demonios! —dijo a media voz, como tratando de convencerse a sí misma.

Concluyó que el chaval se lo merecía. Si había que ejercer de abuela por una vez en la vida, lo haría sin problema, aunque solo se tratase de hacer de abuela postiza por unas horas.

—Christian, ¿puedo pasar? —pidió permiso tocando con los nudillos en la puerta del cuarto en el que permanecía el muchacho.

Al no oír nada, tan solo un leve murmullo, Amanda esperó unos segundos más. Apoyó la oreja en la jamba para intentar descifrar algún sonido y después abrió la puerta. Allí se encontró al chico cambiando los pañales a la pequeña con una destreza propia de un adulto experimentado. No obstante, no fue esto lo que más asombró a la mujer. De pronto fue consciente de que Anna le había hablado de sus tres hijos y de que, hasta ese momento, solo había llegado a ver a dos de ellos. Al volver la mirada, vio que en una cama de tipo hospitalaria había acostado un niño dueño de unos ojos penetrantes y vivarachos que causaron un fuerte impacto en Amanda. Una silla de ruedas especial estaba aparcada al lado de la cama y, muy cerca, había una cuna.

—¿Qué hace usted aquí?! —exclamó Christian algo alterado.

—He llamado a la puerta antes de entrar. No me has debido de oír. Como no decías nada, he entrado —adujo intentando excusar su presencia en la estancia, temerosa de la reacción del chico.

—Pues no debería de estar aquí —dijo él, visiblemente irritado, mientras trataba de meter una de las manitas de su hermana por la manga de un body con un dibujo de un patito en el pecho.

—Lo siento —se disculpó.

—Yo también —afirmó él con voz ronca—. Es mejor que me espere fuera, ya le he dicho que no debería de estar aquí.

—¿No quieres que te ayude? —se escuchó decir la mujer sin saber muy bien de dónde habían salido esas palabras que ella no pretendía decir.

Amanda no se encontraba preparada para atender a tres niños de golpe, nunca lo había hecho y las vivencias de su pasado le tenían bloqueado ese hemisferio de sus facultades emocionales.

—¡No, no hace ninguna falta! —exclamó Christian casi fuera de sí—. Puedo hacerlo yo solo. Yo me ocupo de ellos, siempre lo hago, un día tras otro. Les doy de comer, los acuesto, los baño, les cambio los pañales, los visto. Me necesitan y no precisan de nadie más, yo solo me basto y me sobro.

A Amanda le llamó la atención esta especie de explosión de sentimientos a todas luces exagerada. Ahí vio la saturación del pobre chiquillo y la auténtica llamada de socorro que a través de la rabia gritaba. Esto le decidió a echarle una mano y, después, llevárselos a todos al restaurante. De esa forma podrían charlar y, de este modo, tal vez ambos consiguieran expulsar sus propios demonios.

El rostro de Christian seguía sumido en un rictus que denotaba su fastidio por la intromisión de esa extraña mujer. Amanda pensó cómo lograr un acercamiento sin que el chico la rechazara. Con un movimiento suave, le posó una mano encima del hombro. Este aceptó el gesto y echó todo el peso de su cabeza y sus hombros hacia delante, como si alguien le hubiera soltado de golpe la cuerda que le mantenía atado a los compromisos adquiridos.

La mujer tomó a la pequeña por las axilas y con una destreza que ni siquiera ella conocía, la vistió con la ropita que Christian le había preparado. Mientras, él se acercó a la otra cama para tranquilizar a su hermano que, inquieto, se removía sobre el edredón. Le dio un delicado beso sobre la frente, le pasó los dedos por el flequillo, peinándoselo y le limpió, con una gasa impregnada en agua destilada, las legañas de los ojos, así como la saliva que le caía por la comisura de los labios. Lo hizo con una paciencia y con un cuidado tal que, a Amanda, se le puso el corazón en un puño. Era una de las escenas más tiernas y puras que había contemplado jamás.

—No sé cómo se llaman tus hermanos —apuntó ella intentando hilar una conversación que le evitara romper a llorar.

—La pequeña es Montse, tiene diez meses. Y este campeón es Albert, él tiene cinco años —comentó mirando con auténtica devoción a su hermano.

—Pues si te parece —sopesó Amanda con cautela—, ahora nos vamos a ir todos al bar de Julia a tomar algo.

La cara de sorpresa de Christian no se hizo esperar. No estaba acostumbrado a ese tipo de pruebas de afecto, y mucho menos a que los demás se mostraran solidarios con ellos. A la gente no le gustaban las personas con problemas, fueran de la índole que fueran.

—No sé si podemos hacer eso —contestó él dubitativo.

—¿Por qué lo dices?

—Albert solo sale cuando tiene que ir al médico o cuando hay que ingresarlo en el hospital, que suele ser bastante a menudo.

—Bueno, pues yo creo que está bien que le dé un poco el aire, ¿no crees?

—No sé —Christian continuó mostrando sus dudas a pesar de que era más que evidente que deseaba salir de aquel encierro y compartir con esa mujer su destino y, sobre todo, sus ganas de comer.

—Yo me hago responsable, no te preocupes.

—Es que a mi madre no le gusta...

—Si quieres la llamamos y le pedimos permiso —le cortó Amanda.

—No, ahora no se le puede llamar.

—¿Está trabajando? —se interesó ella antes de apreciar el malestar que la pregunta causaba en el chico.

—Será mejor que lo dejemos, quizá en otra ocasión —rechazó él la oferta, poniéndose una vez más a la defensiva.

El cambio de ropa de Anna, la cita a la que ya llegaba tarde o los sobrecitos de diferentes hoteles que había encontrado amontonados en el baño le hicieron albergar a Amanda ciertas sospechas sobre cómo se ganaba la vida la madre de Christian. Le costaba creérselo, pero la actitud del niño le puso en alerta y se encendió en su cerebro el piloto de alarma.

Quiso retomar la conversación y, para ello, intentó apelar a la empatía. Trató de regresar al punto en el que se encontraban justo antes de emitir esa última pregunta que había hecho que el muchacho se cerrará en banda de nuevo. Para lograrlo, la mujer continuó vistiendo a la pequeña, como si nada hubiera sucedido, atemperando el ambiente y sin dar importancia a lo acontecido hasta entonces. La normalidad hizo que, de pronto, Christian sintiera la necesidad de sincerarse. Comenzó a hablar de lo que le ocurría a Albert sin que nadie le hubiera interrogado acerca de ello.

—Tiene un trastorno motor —afirmó—. Nunca aprendió a andar, por eso casi no tiene tono muscular. Antes venía una fisioterapeuta a visitarle todas las semanas, pero después de un tiempo, no sé por qué, nos quitaron esa ayuda, así que ahora me ocupo yo de hacer con él los mismos ejercicios que hacía con la fisio, para que no empeore su estado.

Era increíble escuchar cómo hablaba, era como oír a un adulto que vivía de prestado dentro de un cuerpo de niño. Su vocabulario, su manera de actuar, su actitud, sus obligaciones, todo ello pertenecía a otra persona, a una de mucha más edad que la que él tenía.

—A veces sufre convulsiones —continuó hablando—, entonces hay que colocarlo en posición lateral de seguridad, para que no se asfixie. También tiene dificultad en la visión,

estrabismo, y padece hipoacusia, por eso hay que hablarle un poquito alto o a través de la lengua de signos —explicó mientras le aplicaba una crema en su delicada piel, para después proceder a cambiarle el pañal, todo ello llevado a cabo con el mismo esmero y habilidad con la que anteriormente lo había efectuado con su hermana pequeña. Más tarde le impregnó las piernas con una loción de alcohol de romero que dejó un fuerte aroma en la habitación. Con las friegas, ejerció sobre los músculos un suave masaje que pareció dejar en un estado de completa relajación a Albert.

—Se ve que estáis muy unidos.

—Lo estamos. Al principio mamá se negaba a aceptar lo que estaba pasando, pero yo me di cuenta de que Albert no se sentaba, no gateaba, le costaba sonreír o sujetar la cabeza. Eso no era normal. Yo tenía amigos con hermanos pequeños y sabía que algo no iba bien. Se lo decía a mi madre, pero ella estaba muy deprimida, tenía muchos problemas. No era capaz de ver nada de lo que ocurría a su alrededor —dijo casi en un susurro—. En aquel momento tuve que encargarme de cuidar de los dos.

—Has tenido que pasarlo mal —reflexionó Amanda denotando una honda tristeza en unas palabras que no iban dirigidas de forma deliberada al muchacho, sino más bien a la injusticia que, casi siempre, la vida llevaba inherente.

Christian le devolvió la mirada con un velo de extrañeza en los ojos. Él no creía que eso fuera así en absoluto. En todo caso, eran los otros los que lo tenían difícil, los que sufrían. Para él, todo lo que hacía por sus hermanos no se trataba de una renuncia, sino simplemente de compartir y dar amor. ¿Qué otra cosa podía significar la familia y el cariño? Por eso no entendía a su padre y tampoco pretendía hacerlo, había intuido que tratar de comprender su desapego le provocaría una infelicidad que no se merecía. Quien no es capaz de dar, pierde la oportunidad y el derecho de recibir, solía decir su madre.

Amanda escuchaba con interés los pormenores de la historia de Albert, decidió que era un buen momento para hacer hincapié en salir al exterior e intentar conocer más de aquella singular familia.

—Venga, ahora que estamos todos preparados, vámonos a la calle. Nos acercamos donde lo de Julia y nos tomamos algo —insistió Amanda, incapaz de renunciar a sacar a aquellos niños de su reclusión.

Christian acarició el rostro de su hermano y le prodigó una amplia sonrisa.

—Albert no puede comer nada sólido, tiene dificultad para deglutir —informó utilizando un vocabulario aprendido por repetición en las decenas de consultas médicas a las que había acompañado a su madre, antes de que Montse viniera al mundo y esto complicara, aún más, los traslados por la ciudad.

—Bueno, pues vemos cómo lo hacemos para que él pueda comer lo que le esté permitido.

—Le daré aquí un vaso de leche con espesante.

—De acuerdo.

—Hay otro problema —anunció el muchacho.

—¿Cuál es?

—Las sillas no caben en el ascensor.

—¿Cómo que las sillas no caben en el ascensor?

—Pues eso, que el espacio es demasiado estrecho para que se pueda bajar en él con Montse o Albert montados en sus respectivas sillas. Por eso apenas salimos. Es complicado movernos.

—Nos las arreglaremos —aseguró Amanda con tono firme.

Entretanto, Christian se dirigió a la cocina para abrir la nevera y tomar el cartón de leche que estaba medio vacío. Se dirigió al fregadero y dejó correr el agua del grifo. Después lo relleno con un buen chorro. Amanda miró perpleja la maniobra.

—Si combinas el agua y la leche, esta perderá sus propiedades.

—Ya, bueno. De este modo dura más. Si no solo le podría dar agua a secas —dijo mientras echaba unos polvitos a la taza para espesar la mezcla—. Así al menos le doy algo de leche también.

Una vez más Amanda notó cómo un sentimiento de angustia le recorría las entrañas.

Cuando al fin todos estuvieron preparados, se dispusieron a poner en marcha el proceso que les permitiera alcanzar la calle. Determinaron la estrategia a seguir y concluyeron que lo más adecuado sería bajar primero la silla especial de Albert en el ascensor. La metieron dentro mientras el chico se quedaba tumbado sobre la cama y vigilado por Amanda. Entretanto, Christian bajó corriendo las escaleras y pulsó el botón para que el ascensor descendiera a la planta baja, una vez allí, sacó la silla y la dejó a un lado, apartada, para que no molestara a los demás vecinos. Volvió a subir y repitió la operación con la sillita de paseo del bebé. Ahora ya solo quedaba que descendieran los tres pisos con los niños sin que ninguno se lastimase. Decidieron que fuera Christian quien llevarse en brazos a su hermano, estaba más acostumbrado y, a pesar de su corta edad, tenía más fuerza que Amanda, además, él era capaz de controlar mejor la rigidez de los músculos que el miedo al movimiento provocaba en Albert. Mientras tanto, Amanda cargaría con Montse, más liviana. De esa manera, lograron llegar al portal, aunque pronto se percataron de que no habían tenido en cuenta las barreras arquitectónicas del edificio, debían bajar los siete escalones que les llevaban a la puerta principal y allí descender los otros tres que quedaban para tener acceso a la calzada.

—Ya le dije que era complicado movernos —repitió Christian de manera algo pesimista.

—No pasa nada, ahora mismo salgo fuera y pido que nos hagan el favor de ayudarnos.

—Es complejo que lo hagan.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es complicado —dijo convencido.

—¿Tú no ayudas en casa, incluso aunque no te lo pidan?

—Sí, claro, por supuesto —contestó enfadado por la falta de tacto de la pregunta, sobre todo después de que ella hubiera visto ya con sus propios ojos lo que él hacía por sus hermanos.

—Y entonces, ¿por qué no te van a ayudar a ti también?

—Porque la gente va a lo suyo. Siempre ocupados y con prisa.

—Si eso es lo que crees, eso es lo que te encontrarás.

Christian se quedó pensativo. No entendía muy bien lo que aquella extraña mujer trataba de decirle, pero intuía que algo de razón podía llevar en su razonamiento.

Sentaron a los niños en sus sillas, aún en lo alto de las escaleras. El comportamiento de ambos hermanos era bien distinto el uno del otro; mientras Montse daba palmas y se reía abiertamente, Albert se mostraba impaciente y nervioso. Ese fue el instante que Amanda aprovechó para asomarse a la acera y atisbar por los alrededores en busca de algún viandante que estuviera dispuesto a echarles una mano. No tardó en divisar a un joven que pasaba frente al portal silbando una melodía. Su entusiasmo parecía contagioso y no tuvo dudas de que se ofrecería a socorrerles en la fatigosa tarea que se habían propuesto realizar aquella tarde. No se equivocó, con una generosidad digna de elogio auxilió a la mujer en las tareas de traslado de los

pequeños hasta el asfalto, y lo hizo además sin perder ni un ápice de la alegría que había demostrado desde el inicio. Hasta Albert debió de notar esas buenas vibraciones porque no protestó, ni tampoco pareció sentir temor al volar sobre las escaleras del portal hasta que fue depositado por aquel hombre y su hermano en suelo firme.

Por fin llegaron los cuatro, como una familia, al bar de Julia. Tras realizar las presentaciones y pedir un buen plato de pasta y unas croquetas de jamón para Christian, Amanda decidió seguir las recomendaciones que le había hecho Anna para ella. Ambos tenían tanta hambre que, todo lo que les pusieron sobre la mesa, les supo de lo más sabroso.

Durante los postres, con los estómagos casi llenos, retomaron la conversación que habían dejado de lado para engullir sus raciones y atender a Albert, quien se estaba comiendo una gelatina de fresa y al que la novedad del paseo le había alterado de manera considerable. Montse, por el contrario, dormía plácidamente, parecía un ángel.

—¿Te puedo preguntar dónde está tu padre? —indagó Amanda tanteando el terreno que pisaba e introduciéndose en una conversación que no sabía si sería bien recibida.

—No es algo de lo que me guste hablar. A mamá tampoco le hace gracia que vayamos diciendo cosas de papá por ahí.

—No tenemos por qué hacerlo, si tú no quieres.

—Hace mucho que no lo veo —dijo el chico sin levantar la cabeza.

—¿Hablas con él por teléfono?

—No.

—¿No viene a veros?

—A veces, pero no es agradable.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que he dicho.

—Ya. ¿También es el padre de tus hermanos?

Amanda se dio cuenta de que el bombardeo de preguntas volvía a hacer que Christian se replegase sobre sí mismo. El mutismo al que se acogió le protegía de sus temores, como un escudo protector de un videojuego, como un caracol al que le has tocado uno de sus cuernos e inmediatamente se introduce en su caparazón para alejarse del peligro externo, como una tortuga que espera dentro de su escondite de carey el momento adecuado para continuar su camino sin arriesgar su existencia. Por eso, Amanda intentó cambiar de estrategia. Se le ocurrió que, tal vez, hablar acerca de los dibujos que había encontrado en el cajón de la mesilla derribaría el muro imaginario que el muchacho había levantado entre ellos.

—En la habitación he encontrado un cuaderno de dibujo. Contenía unos retratos a carboncillo y a mano alzada extraordinarios —dijo Amanda midiendo sus palabras.

—¿Dónde estaba? —preguntó Christian con cierta preocupación, como si el desliz de haberse dejado algo sin recoger en el cuarto fuera una falta grave.

—En un cajón de la mesilla. ¿Son tuyos?

—Sí, los hago solo para pasar el rato, así me distraigo —alegó el chico mostrando cierto rubor en sus mejillas.

—¿Para pasar el rato? Son unos dibujos magníficos. Tienes mucho talento, no abandones esa actividad, te podrá reportar grandes satisfacciones. Acuérdate de lo que te digo. Grábatelo en tu mente. No permitas que nadie nunca te diga que no puedes, porque si tú lo deseas, podrás llegar donde te propongas, solo tú te marcas tus propios límites. Eres muy bueno haciendo retratos, enfoca tu futuro hacia ese camino —le aconsejó Amanda antes de pagar la cuenta, abandonar el

local y caminar hacia La Casa Batlló dando un paseo.

Capítulo catorce: La verdad (2010)

Tras disfrutar de la pequeña excursión, el día iba oscureciendo y los niños ya estaban cansados. Albert no prestaba atención al lenguaje de signos ni tampoco a lo que se le decía de viva voz. Algunos transeúntes miraban con descaro al chico, que no cesaba de moverse y emitir sonidos inconexos sin control alguno, lo que provocaba la frustración de Christian y, con ello, disparaba la ira que se iba acumulando en su interior por la incompreensión de esos seres tan ajenos a sus circunstancias y tan atrevidos con su ignorancia y prejuicios. Amanda trató de controlar la situación y tranquilizar a todos ellos, pero lo cierto era que se sentía sobrepasada por los acontecimientos. Era hora de regresar a casa.

Cuando por fin concluyeron el trayecto y llegaron a su destino, tuvieron la buena fortuna de encontrar a un hombre que se prestó solícito para introducir las sillas de los pequeños en el edificio, sin embargo, aún les quedaba por pasar otro mal trago, uno que ellos ni siquiera sospechaban.

—¡Por Dios! ¿¡Dónde os habíais metido!?! —gritó Anna nada más ver que sus hijos aparecían por la puerta acompañados de su inquilina.

—Lo lamento. Ha sido culpa mía —se excusó Amanda de inmediato—. Me los he llevado a comer y a dar un paseo.

—¡Christian, contéstame cuando te pregunto! —chilló la mujer haciendo caso omiso de la explicación que pugnaba por salir de los labios de Amanda.

—Él no ha tenido nada que ver, no quería salir, pero a mí me ha parecido una buena idea —continuó aclarando la mujer, algo turbada por la situación tensa y desagradable que prevalecía en el ambiente.

—¿Y quién es usted para llevarse a mis hijos sin mi consentimiento? Por cierto, menores de edad los tres. Eso es denunciable, lo sabe, ¿verdad? No sé quién se ha creído que es, o quién se ha creído que soy yo —escupió la frase con una inquina y un resquemor que hizo que Montse se echara a llorar.

—Lo siento mucho, tienes toda la razón, no debí hacerlo sin tu permiso, pero no sabía cómo localizarte, y los chicos estaban aquí encerrados...

—¿Encerrados? —dijo perpleja—. ¿Cree que los tengo secuestrados? Es usted una vieja loca y solitaria. ¿Quiere jugar a tener hijos? ¿Es eso lo que busca? ¿Necesita hacerles creer que usted puede darles más de lo que yo les doy, para luego desaparecer y no volverlos a ver nunca más, como hacen todos? Ser madre no es un ningún juego —replicó con la voz emponzoñada de rabia.

—No creo que estés en posición de juzgarme —Se revolvió incómoda Amanda—. Y tú, ¿dónde has estado? ¿Cómo te ganas la vida? ¿Cómo dejas a tu hijo solo al cargo de sus hermanos y de toda la casa? —le reprochó sin ningún miramiento, con el orgullo herido a pesar del malestar que sentía por saber que Anna tenía buena parte de razón en las acusaciones que estaba vertiendo sobre ella.

—Se cree mejor que yo, ¿no es cierto? Solo porque ve dónde vivo —dijo señalando las paredes y el techo de la casa—, y porque mi marido me abandona cada vez que me hace un hijo —acabó la frase tomando una bocanada de aire—. Porque le pido quince euros y usted solo tiene que abrir la cartera para dárme los mientras yo no puedo comprar ni una bombona de butano para

calentarnos. Porque tengo el frigorífico vacío. Por eso no soy tan buena como usted y no merezco un respeto.

—No se trata de eso, Anna. Pero no le puedes pedir a Christian que cargue con todo este peso, solo tiene catorce años. Y tú... tú deberías cambiar el estilo de vida que llevas. Sé que es difícil traer comida y dinero a casa, pero lo que haces para lograrlo, no creo que sea lo más adecuado, por ti, por los niños...

—¿Qué está insinuando? ¡Vamos, dígalos! ¿Qué está insinuando? ¡Tenga el valor de decir en voz alta lo que está pensando! ¡Estoy cansada de las miradas de condescendencia! ¡Estoy harta de tanta hipocresía!

—¡Mamá, ya basta, por favor! —rogó Christian.

Amanda se percató de que los niños estaban presenciando aquella desagradable escena, claramente alterados y muertos de miedo. No se explicaba cómo había podido perder los nervios de esa manera, ella que se consideraba una mujer templada y conciliadora.

Después de todo, Anna estaba en poder de la razón, se había llevado a sus hijos sin su consentimiento. Claro estaba que jamás pensó que eso pudiera causar el malestar que era evidente había generado, aunque era natural que la madre de los pequeños mostrara tanto desasosiego ante su ausencia en el piso. A fin de cuentas, ella solo era una desconocida que había entrado ese mismo día en su hogar y en sus vidas, no tenía por qué darle ningún tipo de confianza, ni mucho menos.

—Vete a tu cuarto y llévate allí a tu hermano —ordenó Anna un poco más calmada dirigiéndose a Christian—. Me quedo con Montse para darle el pecho, tiene que estar hambrienta.

—De veras que lo lamento mucho. Hice mal, Anna, muy mal.

—Sí, es más que evidente que no fue correcta su actuación. No le conozco de nada, le abro las puertas de mi hogar y le ofrezco una habitación por un precio irrisorio y usted me lo paga así. Se lleva a mis hijos sin sopesar las consecuencias y, cuando yo llego a casa, no hay nadie, ¿se imagina la angustia, la ansiedad que eso me ha provocado? Haga un esfuerzo y póngase en mi lugar. ¿Sabe cuántas veces ha aparecido el padre de los chicos queriendo llevárselos solo para hacerme daño? ¿Se hace una idea de lo que ha pasado por mi mente cuando no los he encontrado aquí? Creía que no los iba a volver a ver. Pero claro, ¿qué sabe usted del sufrimiento de una madre? ¿De lo que es capaz de hacer una mujer por ese embrión que llevó durante nueve meses en su vientre y que al nacer se ha convertido en una de las personas más importantes de su vida, si no en la más importante?

—No caí en la cuenta, en serio. Puedo pedir perdón un millón de veces más, y no me importa hacerlo, pero eso no va a cambiar lo que ha sucedido. Solo traté de hacer algo en beneficio de los niños, un gesto que no aprecié fuera peligroso, te lo prometo. No actué de mala fe, eso te lo aseguro. Pero reconozco que no fue una idea acertada.

—Claro, ustedes, los que creen estar en un nivel superior, nunca ponen en valor los sentimientos de los más pobres.

—No sé qué más puedo decir...

—¡Nada! ¿Qué sabe usted de mí? ¿Por qué me prejuzga sin conocerme?

La joven gimoteó con una congoja propia de una adolescente. Entre hipo e hipo se tomó el tiempo suficiente para respirar y relatar a Amanda su vida como si con ello pudiera cambiar el curso de su lastimosa existencia.

—Estoy cansada de los reproches, asfixiada por aquellos que me sermonean a base de miradas recriminatorias. ¿Por qué lo hacen? Imaginan la vida de los demás y no se aplican en

mejorar la suya propia. Yo no elegí vivir de esta manera, ¿sabe? O tal vez sí, quién sabe. A fin de cuentas solo somos el producto de nuestras decisiones.

Las dos mujeres se acomodaron en la cocina mientras Anna aprovechaba, entre lágrimas, para dar de mamar a la pequeña. Antes de eso, la joven había dejado en la nevera unos cuantos canapés guardados en una bolsa de plástico transparente. Al abrir el frigorífico, Amanda vio que el sándwich que ella había tirado a la basura esa misma tarde, el que compró en la estación de autobuses de Zaragoza, había sido recuperado de los desperdicios y ahora se encontraba en el refrigerador esperando la ocasión de que alguien le hincara el diente.

Una sensación de profundo hastío por los desequilibrios sociales le inundó por dentro y el desasosiego hizo que unas pequeñas gotas de sudor perlaran su frente.

Anna ni se percató del detalle que acababa de dejar al descubierto, ella continuaba absorta con su discurso, sumida en una tortuosa autopista entre sus neuronas y los recuerdos marcados por un olvido que pretendía ser selectivo, pero que a duras penas llegaba a ser una mera maniobra de despiste de la mente para sobrevivir a las experiencias traumáticas vividas.

—Conocí a mi marido cuando solo éramos unos chiquillos. Teníamos quince años y nos creíamos los dueños del universo. Todo lo sabíamos y todo lo podíamos. A los dieciséis me quedé embarazada de Christian. Mis padres me echaron de casa, o me fui yo, no sé exactamente cuál fue el orden de los factores, el caso es que nos fuimos a una masía que estaba abandonada en un pueblo cercano. Allí cultivábamos nuestro huerto, mi vientre crecía y se podría decir que éramos relativamente felices, hasta que Adriá decidió cultivar marihuana. Dijo que eso nos daría dinero, pero esa idea, además de ingresos, también nos acarreó muchos otros problemas. Su carácter comenzó a cambiar y, para qué negarlo, el mío también. Aquel lugar acabó convirtiéndose en una comuna con tintes de secta. Decenas de jóvenes acudían a la llamada del líder del grupo en el que se erigió Adriá. Lo veneraban, pasaban las horas hablando con él sobre el cambio del mundo, el fin del capitalismo, las igualdades y libertades, el bien común, mientras lo único que hacían era permanecer tumbados adorando al sol o a las estrellas, arando la tierra, practicando yoga u otras disciplinas de autocontrol y relajación, repitiendo mantras para mantener la mente ocupada y fuera de la realidad, fumando hierba y haciendo el amor como animales en celo, unos con otros, sin importar demasiado quién fuera el que compartía tu cuerpo, a fin de cuentas este solo era un mero instrumento. Los que acudían eran personas que tenían escasa tolerancia al fracaso y la frustración, que se sentían apoyados por la congregación y que exaltaban el sentimiento de comunidad. Jóvenes desilusionados con la cultura y con las figuras del poder emergente en aquel momento. Personas que habían vivido bajo la protección de sus progenitores y que necesitaban notar que eran indispensables para el grupo, que eran válidos por sí mismos, sin darse cuenta de que volvían a estar bajo el paraguas de un cabecilla y lo que resultaba más curioso de todo era que este guía solo era un adolescente, pero de eso los que allí se reunían no se daban ni cuenta. Adriá hacía con ellos lo que quería, los manipulaba a su antojo utilizando el uso de la afectividad y el apoyo emocional. Les hablaba como si fueran los elegidos, los reforzaba socialmente a nivel interno y lograba que sintieran un rechazo total por todo lo externo, de esa manera fomentaba su aislamiento. Lo trataban como a un dios. Todo le era consultado, lo consideraban dotado con el poder de la sabiduría absoluta. Él mismo se creyó toda aquella mentira, hasta hubo un tiempo en que yo misma me lo creí.

—No hace falta que me cuentes más si no quieres. No tienes ninguna obligación de darme explicaciones —le interrumpió Amanda impresionada con el relato de los hechos que, en palabras de Anna, atravesaba sus oídos como una máquina de taladrar el alma.

—Ja, ja, ja. —Soltó una carcajada tan exagerada que la acústica de su resonancia sobre los azulejos resultó verdaderamente perturbadora— ¡Oh, vamos! No me haga reír —dijo esta vez con sorna—. Si ahora va a resultar que hay que añadir a sus máculas que también es de las que tiran la piedra y esconden la mano. Me acusa de algo que no se atreve siquiera a verbalizar, y cuando intento que pueda formarse una opinión sobre mí con datos reales y objetivos, los rechaza. O tal vez es que no quiere conocer la verdad porque sabe que se va a dar de bruces con su propio error y eso le escandaliza aún más que el mero hecho de cómo pueda estar yo ganándome el pan.

—No seas injusta conmigo, Anna.

—¿Injusta dice? No soy yo quien ha juzgado a la ligera. Ni soy yo la que aparenta tener una vida perfecta que no lo es. Sin embargo, creo que usted sí que oculta muchas cosas bajo ese manto de dignidad apostada que carga sobre sus hombros como una losa.

—Ahora mismo, lo que estás haciendo es el propio reflejo de lo que me acusas. Tú también me estás prejuzgando.

—Sí, en efecto, tiene razón. Por lo que parece, más tarde o más temprano todos acabamos cayendo en el pozo de la impostura, la falsedad y la intolerancia. Pero déjeme que le cuente, ¿sabe lo que hice yo con diecisiete años? Pues enfrentarme a todos mis miedos y a mi autoestima dañada que, en aquel tiempo, andaba por los suelos.

La joven se tomó unos minutos antes de continuar su relato, como si tuviera que buscar las palabras adecuadas para narrar de manera clara lo acontecido.

—Hice lo que nadie tuvo el valor de llevar a cabo, enfrentarme a todo el grupo y salir de allí. Tomé una decisión que iba contra toda una comunidad. Luché por desterrar la abolición a la que había estado sometida mi mente y por encontrar la razón que hacía tiempo me había sido anulada. Al final decidí huir, ser valiente y tener la humildad necesaria para pedir perdón a mis padres. Volví a casa con el crío en brazos, sin nada más que ofrecer, absolutamente nada, ni en las manos, ni en los bolsillos. Más tarde, después de muchos meses y tratamientos psicológicos, logré retomar mis estudios y recuperar algo de la dignidad que había perdido. Comprendí que ese era el camino, por mí, pero sobre todo por Christian.

—Eso te honra.

—Vaya, qué pronto cambia de opinión. Ahora va a resultar que de pecadora paso a ser una santa, aunque en el fondo siga criticando mi modo de vida actual, así que entiendo que este reconocimiento lo dice con la boca pequeña y muy poco convencida. Por lo que se ve, para bien o para mal, no tarda mucho en sacar sus propias conclusiones.

—Entiendo que quieras castigarme por lo que ha sucedido antes, pero creo que no me merezco tu rechazo ni que continúes con este acoso y derribo hacia mi persona. En mi vida he visto muchas historias, y te aseguro que mucho más cruentas que esta.

—Por lo que intuyo, sigue sin entender una palabra de lo que estoy tratando de mostrarle. Aun así, ya que he empezado, voy a seguir contándole lo que pasó, tal vez al final acabe comprendiendo su desatino —dijo con gesto adusto—. Verá, Adriá acabó en la cárcel por tráfico de drogas y por retención ilegal de un menor que entró a formar parte de la comunidad. Ese ha sido el referente de Christian toda su infancia, un padre que estaba preso, cumpliendo condena. Un progenitor ausente. Los dos primeros años no supe nada de él pero, pasado un tiempo, comenzó a escribirme. En sus cartas me contaba que se estaba sometiendo a un tratamiento de desintoxicación y que le estaban tratando porque tenía un trastorno del comportamiento. Dijo que le estaban preparando para reinsertarse en la sociedad, para no ser un inadaptado y reincorporarse a la vida con normalidad, para dejar de lado todos los hábitos y conductas perniciosas pasadas.

Comenzamos a escribirnos y de vez en cuando iba a visitarlo a la cárcel. Decía que había cambiado, que nos quería, que le iban a conceder la condicional e iba a salir a la calle...

Una mirada vidriosa asomó a los ojos de Anna, como si estuviera tratando de sintonizar una imagen borrosa en un aparato averiado.

—Qué quiere que le diga, en ese momento pensé que lo mejor sería volver a reunir a la familia e intentarlo de nuevo, darle otra oportunidad. Todo el mundo se merece una vida mejor y que se le dé la ocasión de enmendar sus errores. Así que, cuando Christian estaba a punto de cumplir seis años, le abrí las puertas de casa y regresó con nosotros. Al principio estuvimos unos meses viviendo con mis padres, todos juntos, imagínese el caos que fue aquello. Lo recuerdo como una época muy complicada. La convivencia se tornó imposible. Mis padres lo odiaban, sobre todo mi madre, y Adriá no hacía nada porque eso cambiara. Así que terminamos por buscar un piso de alquiler barato en un barrio del extrarradio. Allí fue donde retrocedimos a la casilla de salida. En los suburbios encontró todo lo que él reconocía; volvió a drogarse, a delinquir, a acoger a nuevos adeptos para crear otra hermandad, como él la llamaba.

» En el peor momento de todo aquello me quedé embarazada de Albert. Cuando me puse de parto, lo hice en un cuartucho insalubre, entre desperdicios, suciedad y escombros. Todo salió mal. La cosa se complicó. Para cuando llegó la ambulancia y me atendieron en el hospital ya era demasiado tarde. Albert sufrió daños cerebrales graves, sufrió hipoxia, venía con el cordón umbilical enrollado al cuello y la infección por poco se nos lleva por delante a los dos. En fin, no quiero hablar mucho de ello porque es algo que no me perdonaré jamás. Cada vez que lo miro me torturo, si las cosas hubieran sido de otra manera, si hubiera tenido más cabeza...

El silencio se acumuló en la cocina como el humo en un incendio, provocando que el aire se tornara irrespirable. Amanda no se atrevió a romper la quietud de las reflexiones internas por las que atravesaba Anna. Permaneció callada, sin saber muy bien cómo actuar por miedo a herir de nuevo sus sentimientos. Dejó pasar los minutos antes de que la mujer retomara el hilo del relato como si el tiempo solo se hubiera detenido un segundo.

—Entonces Adriá desapareció como por arte de magia. Se esfumó de un día para otro sin previo aviso. Me encontré sola, en una situación desesperada. Así que, con la ayuda de Christian, con tan solo nueve añitos, salimos adelante como pudimos. Pero la culpa y el remordimiento se aferraron a mí como una garrapata. Se me vino el mundo encima y caí en una depresión de la que no sabía cómo salir. Todo fue de mal en peor. Además, Adriá comenzó a aparecer por aquí para llevarse el poco dinero que nos concedieron como subvención para atender las necesidades especiales de Albert. Creí volverme loca, si no hubiera sido por Christian, no sé qué hubiera sido de nosotros.

Volvió a interrumpir la narración para cambiar a Montse de lado. Cuando la pequeña retomó la succión a través del otro pezón, prosiguió con la historia, ya más serena.

—En una de esas idas y venidas, volví a quedarme embarazada de Montse. Solo entonces conseguí reaccionar. Me mantuve firme y dije que se acabó, que iba a enfrentarme a esa relación tóxica en la que estaba atrapada. Me juré que Adriá no iba a volver a entrar en esta casa a pesar de las constantes amenazas que, aún hoy, recibo de él. Por eso me ha entrado tanto miedo cuando he visto que mis hijos no estaban.

—Te comprendo. He sido una estúpida —logró articular Amanda con cierta congoja.

—Hago lo que está en mi mano para sobrevivir. Nadie quiere contratarme para trabajar. En cuanto digo que tengo tres hijos pequeños e investigan y ven que los de asuntos sociales están ahí detrás, todo se complica. Por eso he tenido que buscarme la vida.

—Anna...

—No, déjeme hablar. Porque sé que se ha hecho una idea sobre mí que no es cierta, y eso me duele, porque a pesar de que no nos conocemos, y aun después de todo lo que le he contado y que pudiera parecer lo contrario, me considero una mujer íntegra.

—No dudo de ello.

—Sí, sí que duda. Me gustaría que la gente me viera de esa manera, honesta y luchadora, porque al final uno acaba siendo como los demás lo ven. Aunque no sea cierto. Cuando uno se va de este mundo solo queda el recuerdo de los que estuvieron a tu lado, de cómo ellos te entendieron.

—Eso tampoco es así. Yo me puedo hacer responsable de mis palabras, pero no de tus interpretaciones. Y, en cualquier caso, qué más da lo que piensen después, si ya no estás.

—Tal vez tenga razón. El caso es que yo habré sido una cabra loca y una insensata, eso lo reconozco, pero jamás haría nada que perjudicara a mis hijos, ellos son el error más bonito que he cometido en mi vida y no los cambiaría por nada en el mundo.

Amanda sintió una emoción contenida ante la sinceridad con la que aquella mujer se estaba descubriendo ante ella.

—Cada día me visto como si fuera a un evento importante y busco en el periódico dónde hay una inauguración de una exposición de fotografía o pintura, la presentación de un libro recién editado, una charla, o la apertura de una tienda nueva donde den un ágape. Me cuelo por allí y voy recolectando comida para traérsela a mis niños. En muchas ocasiones me he hecho pasar por un familiar lejano del novio o de la novia en una boda, siempre hay alguien que falla a última hora y deja un hueco libre. Así me alimento. No te haces ni idea de la cantidad de comida que se desperdicia en esa clase de ceremonias. Pero también hay días que casi no tenemos nada que llevarnos a la boca. En los días malos, Julia, la dueña del bar, siempre está dispuesta a fiarnos algo de dinero y a echarnos un cable. Es un amor.

—Sí que lo es.

—Uno o dos días por semana, a primera hora, me paseo por los hoteles de la ciudad. Subo por las plantas y tomo algunas muestras de champú, gel, pasta de dientes, ese tipo de cosas, de los carritos de la limpieza. Nadie se da cuenta y en Barcelona hay cientos de hospederías. A veces juego a imaginar que puedo permitirme pagar una de esas habitaciones y todos esos lujos. Resultaría divertido si no fuera por la verdadera razón que me lleva a realizar esas acciones.

—Entonces...

—En efecto, entonces... eso es todo lo que hago, colarme en bodas y actos sociales, recolectar canapés y traérmelos a casa, tomar muestras de geles y champús en los hoteles.

—No sé qué decir.

—No hay nada más que añadir. Sé que usted tiene buen fondo, se lo veo en los ojos. Pero entienda que jamás vendería mi cuerpo por dinero, por muy desesperada que estuviera. Ya vendí mi alma hace años, con eso es suficiente.

—Estoy avergonzada.

—Yo también debo pedir disculpas por mi reacción. Espero que ahora me comprenda. Antes de hacerse una idea sobre alguien y emitir un juicio de valor hay que conocer su mochila, y ni aun entonces podremos emitir ningún veredicto. No somos jueces, somos personas y como tales deberíamos mostrarnos de una manera más humana, más cercana, más comprensiva. La vida te enseña que desperdiciamos demasiado tiempo en lamernos las heridas y que, para que nos creamos que las tenemos cerradas, preferimos abrir las ajenas.

—Bueno, yo creo bastante en la bondad del ser humano, a pesar de las atrocidades que he visto y sobre las que he escrito. Soy periodista y me ha tocado cubrir todo tipo de noticias, buenas, malas, fascinantes y crueles, las más crueles que te puedas llegar a imaginar. Pero es verdad que todo lo que hoy me ha ocurrido contigo, y con tu familia, me ha dado una gran lección.

—Ya... Así que periodista, ¿eh?

—Sí, y como tal no debería de haber incurrido en suposiciones sin haber tenido antes datos que corroborasen los hechos. En el código deontológico de todo periodista el primer mandamiento es el tributo a la verdad. Además, está también el respeto a la libertad y la presunción de inocencia. Creo que, en esta ocasión, me he saltado todas las premisas. No sé cómo resarcirte de este agravio.

—No se crea. Usted también me ha enseñado mucho acerca de la generosidad. Su predisposición para con mis hijos, a pesar de que las formas no hayan sido las más correctas, es muy de agradecer.

—Ahora que lo mencionas, me gustaría comentarte algo y espero no molestarte con ello.

—Dígame.

—Christian tiene un gran talento para el dibujo. Eso ya lo sabes. Por mi profesión, tengo contactos con directores de periódicos y de editoriales que estarían encantados de tener a alguien como él de ilustrador. Podría hacer viñetas, cómics, portadas para libros o hasta retratos robots para artículos de sucesos. Si me das tu autorización, podría hablar con ellos. Sería una oportunidad enorme para él.

—No sé.

—No permitas que todo lo que tú has vivido arrastre a Christian. Es un gran muchacho y tiene mucho potencial.

—Lo sé. Déjeme que lo piense.

—Claro. Pero piénsalo bien y mirando solo por él.

—¿Cuándo se va de aquí?

—Mañana a primera hora. Tomaré el trasbordador desde el puerto —Amanda dudó un momento si decir cuál era su destino. Ante la confesión que acababa de recibir de boca de Anna, le pareció mezquino ocultar un hecho que ya empezaba a perder fuerza—, voy camino de Italia.

—¡Caramba! ¡Qué suerte! Me encantaría viajar.

—Algún día podrás hacerlo, estoy convencida.

—Ojalá sea cierto. ¿Quiere que le acompañe mañana hasta el ferry?

—Gracias, Anna. No te preocupes. Llegaré hasta allí sin problemas. Solo piénsate lo de Christian, por favor. Es importante.

—Lo haré.

Capítulo quince: Jota (2010)

Mientras, en Madrid, Jota se disponía a romper la quietud de un hogar que había permanecido en un sigilo imperturbable durante las últimas horas.

—Hola, cariño, ya estoy en casa. Menudo día de vértigo hemos tenido hoy. Dos de los empleados nos han denunciado por despido improcedente, ¡lo que nos faltaba!

La luz apagada, el mutismo del televisor, el ambiente viciado por algo que se asemejaba a una sobrecarga de electricidad estática que no auguraba buenas noticias. La cocina con los tazones del desayuno aún por fregar, el mantel plegado en el cajón, el horno frío y desangelado, un sinfín de rastros que denotaban una onda expansiva de una bomba que aún estaba por explotar.

—¿Amanda? —preguntó aun a sabiendas de que no iba a obtener respuesta.

Recorrió una a una todas las estancias con el corazón bombeando con fuerza la sangre de sus arterias. Cuando se cercioró de que la casa estaba vacía, se quedó de pie en mitad del salón, frente a la televisión que a esa hora debiera estar encendida, ofreciendo la tranquilidad de la rutina instaurada en el tiempo. Se encontró perdido, sin saber qué hacer o dónde buscar. Miró su teléfono móvil y no vio en él ninguna llamada o mensaje que le abriera los ojos. Marcó el teléfono de Amanda que se sabía de memoria. Escuchó el tono familiar que tantas veces le había acompañado y se percató de que el sonido provenía del dormitorio. Aún con el aparato en la oreja, Jota se acercó con cautela hacia el cuarto de donde salía la melodía. Esperó encontrar ahí a la persona buscada, aunque hacía solo unos segundos que se había cerciorado de su ausencia en ese mismo lugar. Abrió la puerta y el tono se hizo más audible. Allí vio el teléfono, sonando sobre la mesilla, carente de dueña.

Una especie de ansiedad asoló el cuerpo hundido de Jota que miraba aquel artefacto como si fuera una granada de mano a punto de reventarle en la cara. La llamada se cortó y el espacio quedó mudo. Se acercó al cabecero de la cama, agarró el terminal, y pensó en investigar su contenido por si con ello fuera capaz de encontrar alguna pista para localizar el paradero de Amanda. Nada parecía desordenado y ningún signo de violencia hacía presagiar que aquel hubiera sido el escenario de la ejecución de algún acto violento. Jota se encontraba aturdido, desorientado, no sabía qué pensar o a quién acudir. La clave de bloqueo de pantalla le impidió acceder a las llamadas y mensajes del terminal. Se quedó durante unos segundos mirando el aparato, perplejo, sin querer creerse lo que sin duda parecía estar cada vez más claro. La negrura de la pantalla le sugirió una metáfora de en lo que, de repente, se había convertido su vida.

Continuó cavilando sobre los posibles motivos que hubieran podido dar origen a la desaparición de su mujer. No era propio de ella ausentarse sin avisar, a pesar de que hacía ya tiempo que era lo suficientemente autónoma después de haber superado por completo su agorafobia.

Quizá hubiera acudido a cenar con Sandra y Andrés, después de todo, llevaban tiempo diciéndoles que tenían que verse más a menudo. Antes de ponerse en contacto con ellos, consideró cuál sería el mejor modo de interesarse por Amanda sin despertar sospechas en la pareja. Por fin se decidió a marcar el número con la confianza de descubrir alguna respuesta que lo tranquilizara.

—¿Andrés? Hola, aquí Jota. ¿Cómo estáis?

—Hombre, ¡qué sorpresa! —contestó Andrés al otro lado de la línea telefónica—. ¿Qué tal os va?

El plural empleado por su amigo puso de manifiesto que Amanda no se encontraba con ellos. No obstante, se atrevió a preguntarle por ella de una manera más o menos serena, por si él supiera de algún plan que, a Jota, con su carga de trabajo y natural despiste, se le hubiera pasado por alto.

—Estamos bien, gracias. Oye, una cosa, ¿has hablado hoy con Amanda?

—No, ¿por qué?

—No, nada, es que la estoy llamando al móvil y lo tiene fuera de cobertura, y en el fijo no me contesta —mintió—. Voy a retrasarme para la cena y quería comentárselo, para que no se preocupara por la tardanza. He imaginado que a lo mejor estaba con vosotros u os había comentado si tenía algún plan.

—Pues no, hoy no hemos hablado con ella. Espera un minuto, voy a preguntar a Sandra por si acaso.

Jota escuchó cómo la mujer argumentaba que tampoco tenía noticias, ni sabía dónde encontrarla y apreció cómo, con curiosidad, instaba a Andrés a interesarse por si la llamada de Jota significaba que pudiera haberle ocurrido algún incidente.

Mientras escuchaba la conversación que sus amistades mantenían en un segundo plano, la mente de Jota divagó acerca de cómo las mujeres siempre tienen esa especie de intuición íntimamente relacionada con el peligro. Un sexto sentido que les indica que hay que estar siempre alerta. Quizá esta fuera una característica inherente al instinto maternal, al hecho de tener que estar de manera permanente con el piloto rojo encendido. Los hombres tenían otra tendencia a la protección, menos intuitiva y más visceral, por eso muy probablemente él no había advertido lo que estaba ocurriendo en su hogar, pues de haberlo siquiera sentido, a buen seguro habría tomado cartas en el asunto.

—¡Ay!, ¡Andrés!, te tengo que dejar —soltó de improviso con una voz algo apostada—. Veo que me está entrando una llamada en este momento. Seguro que es ella —volvió a mentir Jota para liberarse de las dudas manifestadas por Sandra y que ya comenzaban a alimentar también la curiosidad de Andrés.

—¡Ah! Perfecto. Dile que tenemos pendiente quedar un día de estos para cenar los cuatro juntos.

—Eso está hecho. ¡Hablamos pronto! —colgó pulsando la tecla roja que, de manera inmediata, le devolvió a la más rotunda soledad.

Se quedó sentado sobre la colcha con los codos apoyados sobre las rodillas y las palmas de las manos sujetándose la frente. Notó el peso de su existencia oprimiéndole las cervicales. Una sobrecarga de frases postergadas, actos diluidos, citas impuntuales, besos abandonados en un rincón de cualquier esquina, caricias confinadas bajo las sábanas, miradas esquivas, pasiones obsoletas y, aun con todo eso asolando su conciencia, su garganta solo era capaz de expresar una única frase: —Dios, cuánto la quiero—.

Miró bajo la cama y se percató de que la maleta que hacía días había visto guardada bajo el somier ya no estaba. Se dirigió entonces hacia el armario, lo abrió; observó la falta de unas pocas prendas de ropa. Sobre la mesita de noche reposaba el libro que Amanda andaba leyendo estas últimas semanas: «Los cínicos no sirven para este oficio» de Ryszard Kapuscinski. Como inesperado marcador de páginas Amanda había utilizado una fotografía antigua, una tomada hace años, en blanco y negro. Jota la miró como quien mira un cuadro que tuviera que interpretar. Le dio la vuelta y, en el reverso, encontró una inscripción que rezaba: «Tuo per sempre» y, debajo, una fecha, junio de mil novecientos sesenta y cinco.

Caminó sin rumbo por la casa, con la mirada perdida, a la búsqueda de alguna otra señal que le diera una pista concluyente, aunque en su cabeza ya se hacía una idea bastante nítida de lo que estaba ocurriendo.

Sobre la mesa del salón descansaba el ordenador de Amanda. Dirigió hacia allí sus pasos y pulsó el botón de encendido; el corazón de la máquina se activó en una milésima de segundo. Mientras se reiniciaba, Jota se sirvió una copa de vino. Necesitaba algo de alcohol para digerir todo aquello. Cuando el sonido característico de Windows le indicó que el portátil ya estaba en marcha y disponible para utilizarse, se sentó frente a él como si tuviera que enfrentarse ante un tribunal. En la pantalla apareció el cursor, con su pulso constante e intermitente. Inmediatamente después pudo ver el recuadro que le demandaba la inserción de la contraseña. Jota hizo varios intentos: la fecha de su boda, el cumpleaños de ambos, sus nombres del derecho y del revés, combinó números y letras, todo ello sin obtener resultado. Miró la fotografía que había dejado sobre la mesa. Después presionó las teclas del ordenador e introdujo la fecha impresa en el dorso de la instantánea y comprobó que, en efecto, esa era la clave adecuada.

Nada anormal aparecía en las carpetas archivadas por Amanda en el escritorio. Jota se manejaba bien con la informática, así que pensó en revisar las *cookies* del ordenador con intención de averiguar por qué páginas había estado navegando su esposa. No le hizo falta sacudir las entrañas de la computadora; Amanda ni siquiera se había molestado en suprimir el historial de las búsquedas efectuadas. Tal vez la única verdad fuera que nunca había tenido la intención de borrarlas.

Capítulo dieciséis: La despedida (2010-1965)

Amanda entró al cuarto del fondo para despedirse de los chicos con una caricia y el suave contacto de los besos sobre la piel.

Montse no fue consciente de la muestra de cariño prestada. Se había quedado dormida y respiraba profundamente acostada en su cuna. Albert, por su parte, recibió con cierta extrañeza el tacto de esos labios ajenos a la cotidianidad de su supervivencia. Christian se fundió con ella en un tímido abrazo que, poco a poco, fue haciéndose más fuerte ante el vacío y la sensación de desamparo que causan siempre las despedidas.

Poco después, una vez tumbada sobre su colchón, ataviada con su camisión de raso y con la mirada puesta en el techo de pintura desconchada, no fue capaz de desechar de su pensamiento lo acontecido a lo largo de la jornada.

Pensó en todo lo expuesto por Anna. Se sintió una mujer privilegiada y se arrepintió de su terquedad por aferrarse a los infortunios obligándose a quedarse varada en ellos, como un cetáceo sobre la arena, desperdiciando un tiempo precioso que ya no volvería a pasar.

Acto seguido, a su mente acudió una de las conversaciones que mantuvo con Gioacchino aquel verano del sesenta y cinco.

Los dos jóvenes habían ido a visitar Siena y caminaban por la Piazza del Campo. El acto de moda que Amanda había ido a organizar para la revista ya había concluido. Los muchachos disfrutaban de unos pocos días libres antes del regreso de ella a España. La proximidad de Arezzo, desde la población en la que se encontraban, hizo que Amanda propusiera acercarse hasta allí para visitar a la familia de Gioacchino antes de verse obligada a abandonar Italia.

—Podíamos ir a Arezzo a visitar a tu madre.

—Hoy no es un buen día para visitas —respondió el chico taciturno.

—¿Hay días mejores y días peores para visitar a la familia?

—Hay días mejores y peores para todo.

—Prefiero pensar que los hay mejores y excepcionales —contestó ella imprimiendo un carácter optimista al comentario.

—Ya.

—No te veo muy convencido. ¿Ocurre algo? ¿Hay alguna cosa que me quieras contar?

Amanda preguntaba con cautela sobre los orígenes del muchacho. Tenía la sensación de que a Gioacchino le costaba abrirse acerca de la relación que mantenía con sus allegados, pues a pesar de que todos aparentaban formar una piña, había una impronta de oscuridad vulnerando la felicidad de ese joven que, casi siempre, se mostraba alegre y divertido.

—No es nada. Mi madre habrá ido a Nápoles.

Ella permaneció callada. Había aprendido a guardar silencio si quería que Gioacchino ordenara sus pensamientos y continuase hablando de lo que le tenía encogida el alma.

—Todos los veintiocho de cada mes, de cada año, desde hace ya diecisiete largos años, ella va a Nápoles —explicó.

—¿Es una fecha especial? —le interrogó con tiento.

—Digamos que sí.

Gioacchino volvió a interrumpir su relato. Amanda recorrió suavemente la espalda de él con una de sus manos. En un gesto repetido varias veces, recorrió toda su columna vertebral, de

arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, en una caricia que traspasó la tela de su camisa como si el tejido no se interpusiera entre ambas pieles. El joven contrajo los músculos. Ella trató de mirarlo a los ojos, aunque la única recompensa que obtuvo ante la muestra de afecto fue una mirada esquiva.

—Ese día, mi padre debía regresar en el pesquero en el que se había enrolado seis meses antes —refirió con cierto temblor en la voz.

—No me has contado nunca cómo murió —contestó Amanda ofreciéndole una de sus manos para entrelazarla con la suya y acompañarle en lo que fuera que tuviera que relatarle.

—En realidad no sabemos si falleció.

—¿Cómo dices?

—El pesquero nunca llegó a puerto. Lo buscaron durante meses. Jamás lo encontraron. Tampoco hallaron restos de ningún naufragio. Nadie escuchó transmisión de radio alguna que denotara una situación de peligro o que hiciera sospechar el padecimiento de algún percance que los estuviera poniendo en riesgo. Ni los guardacostas ni los radares captaron señales de ello.

—¡Eso es terrible! ¡Cuánto lo siento! —exclamó llevándose las dos manos a la boca, como si con ello pudiera encerrar para siempre el horror que la acongojaba.

—Al cabo de unos meses los dieron por desaparecidos. Cesaron la búsqueda. Más tarde, con el pasar de los años, los consideraron legalmente fallecidos. Nunca supimos la realidad de lo que sucedió.

—Vaya, lo siento, lo siento mucho, cariño —dijo apoyando su cabeza en el pecho de él, en un ligero intento de aplacar la pena enquistada en aquel cuerpo curtido de experiencias luctuosas —. Es durísimo escuchar esto. Y lo peor de todo es la maldita incertidumbre, el no saber, el no dejar cerrado el círculo que dé descanso a la angustia. Siempre he creído que es mejor conocer el final, aunque eso termine por transformar la ansiedad en tristeza. La ansiedad es un mal ingobernable. La tristeza, al menos, es consolable.

—Es un capítulo sin concluir en la historia de mi familia. Una herida abierta que aún duele. Y mucho.

—Lo entiendo, amor. Soy de la opinión de que manejamos mejor el desconsuelo que la desesperación y, en este caso, el no saber qué pasó, la sutil esperanza de que pueda estar refugiado en algún sitio, secuestrado, amnésico, qué se yo. En definitiva, el pensamiento de que aún pueda seguir vivo, debe ser desesperante. No me puedo ni imaginar cómo tiene que ser vivir tantos años con esa duda sin resolver.

—Sí, en efecto, es un carrusel de sentimientos. La esperanza y la decepción, la mayoría de las veces, van cogidas de la mano.

—Bueno, nunca hay que perder la esperanza. Sin ella, todo a nuestro alrededor se convierte en frustración.

—Puede que tengas razón, no sé —reflexionó cabizbajo—. Mi madre recibió una carta de él, la última de todas. En ella le decía que el día veintiocho tocarían puerto y volverían a verse. En aquella misiva no explicaba de qué mes, ni de qué año. Tan solo decía que el veintiocho regresaba, así que mi madre sigue acudiendo puntualmente a su cita, sin faltar ni una sola vez. Cada veintiocho, de cada mes, de cada nuevo año se envuelve con la ilusión de su regreso. Si vas allí verás su silueta en el rompeolas, como una efigie hecha de pinceladas de sueños rotos, con la mirada extraviada, junto al dique, anclada en una espera eterna.

—Es una historia de amor enternecedora, quizás la más bella que haya escuchado jamás pero, a su vez, resulta de un desgarrador asolador.

—Sí, se podría decir así. Aunque, si te soy sincero, lo que más me preocupa actualmente es el estado mental en el que se encuentra mi madre. La veo frágil, como una niña perdida entre la multitud, desvalida, asustada. Cada mes su vista se pierde en el horizonte sin que ningún barco llegue a la costa. A cada nuevo varapalo se le añade otra cicatriz que desfigura los límites de su cordura. Me aterra pensar que sobrepase esa fina línea. La miro y la veo como una prenda de lana que se va destejiendo, poco a poco, punto a punto, hasta que ya no se distingue qué es o quién fue. Hoy, como cada veintiocho, mi hermana Gabriella la habrá acompañado. Imagínate lo que supone también para ella anhelar un encuentro que jamás se produce y tener además que mantener la entereza suficiente para poder consolar y juntar los pedazos desvinculados de nuestra madre.

Ante estas palabras, no supieron qué más decirse, tal vez porque no existía una frase posible para el consuelo.

La algarabía de los turistas que llenaban las calles de la ciudad contrastaba con la desdicha de la historia personal de Gioacchino.

—Será mejor que volvamos al hotel. No me encuentro bien —zanjó la conversación con el gesto demudado por el abatimiento.

En el piso de Barcelona, cuarenta y cinco años después de ese día, Amanda se hallaba rememorando aquella escena como si hubiese sucedido hacía solo unas horas. Alguien giró el pomo de la puerta de su cuarto, sin hacer apenas ruido, sacándola de la abstracción en la que se encontraba inmersa. Por el perfil que distinguió a contraluz, adivinó que se trataba de Christian. El pequeño entró de puntillas para dejar a tientas un papel sobre la mesita de noche. Amanda, sin querer estropearle la sorpresa, simuló estar dormida. Cuando el chico abandonó la estancia, protegida por la soledad que le brindaba la habitación, tomó entre sus manos la hoja donde Christian la había retratado. Ese era el mejor reconocimiento que podía recibir del muchacho.

Los párpados se le cerraban por el cansancio. Poco a poco el sueño le fue venciendo hasta quedar profundamente dormida. Tuvo un sueño agitado. Se sumergió en un mar de pesadillas donde se entremezclaban retales de naufragios, accidentes de tráfico, partos complicados y en medio de todo aquello, la cara de Gioacchino que, esta vez, se mostraba como si estuviera representando el cuadro de El grito de Eduard Munch. Aparecía en el sueño con la boca totalmente abierta y las manos en la cabeza, envuelto en un sinfín de colores de fuego y sangre.

A la mañana siguiente, Anna llamó a la puerta del cuarto de Amanda que aún se encontraba acostada. El sonido de los golpes sobre la madera la despertó. Con la voz engolada fue capaz de emitir un casi ininteligible —adelante—. Anna atravesó el umbral, vestida con su indumentaria vieja, dispuesta a ir a la estación de autobuses a buscar otra inquilina que sustituyera a Amanda, aunque no creía que nadie pudiera suplir a aquella mujer que se había colado en su vida de una manera tan personal.

—Vengo a despedirme.

—Esto no es una despedida. Pienso seguir en contacto contigo y con los chicos, si a ti no te importa, claro está —recluyó temerosa de haber sido demasiado tajante en su resolución.

—Claro que no me importa, es más, me gustaría mucho. Verás, he pensado en lo que hablamos ayer sobre Christian, y tienes mi permiso para mover los hilos que consideres oportunos.

—Me das una gran alegría —dijo exultante mientras doblaba la almohada para apoyar mejor la espalda contra el cabecero de la cama.

—Mira, te he firmado una carta de autorización. Aquí tienes también un número de teléfono por si quieres contactar conmigo. Es el móvil de Julia, ella sabe dónde encontrarme y me

dará el aviso.

—En este momento no dispongo de un número de móvil pero, confía en mí, más adelante me pondré en contacto con vosotros y te daré unas coordenadas para que podáis localizarme.

—Sin problema. Confío en ti.

La chica adelantó su cuerpo y rodeó a Amanda por los hombros. Esta le correspondió con la misma intensidad. Se sostuvieron la una a la otra en esta postura durante un par de minutos. Inmediatamente después, Anna se levantó y salió del cuarto dejando en el aire una suave fragancia y el rumor de sus pasos.

Cuando oyó cerrarse la puerta de entrada de la vivienda y que la joven bajaba a pie las escaleras del edificio, Amanda se incorporó y se dispuso a preparar el equipaje. Metió las pocas pertenencias que estaban desperdigadas por la estancia y recogió los útiles de aseo. Después entró calladamente en la habitación de los niños. Allí se abrió paso entre la penumbra para localizar las llaves, las tomó prestadas y bajó a la calle. Un cuarto de hora más tarde volvió cargada con dos bolsas grandes repletas de provisiones. Llenó el frigorífico con el género fresco y en la despensa depositó las latas y otros productos no perecederos.

Una vez colocados los víveres en su sitio, volvió al que había sido durante una noche su dormitorio. El vestido rojo de su primera cita con Gioacchino descansaba en el fondo de la maleta. Lo extrajo con tiento y lo colgó en una de las perchas vacías que, como un esqueleto, descansaba en la barra del armario. Nunca imaginó que ese fuera el destino guardado para aquella prenda, pero estaba segura de que haría un buen papel en el cuerpo de Anna, aunque para ello fuera necesario volverle a estrechar las costuras.

Con la maleta en la puerta, regresó a ver a los pequeños y, de paso, devolvió las llaves a su lugar. Montse y Albert aún andaban sumidos en un sueño profundo. Les dio un beso y sintió que un pellizco de nostalgia se le instalaba en la boca del estómago. Se giró y vio que Christian estaba recostado, con los párpados entreabiertos. Se acercó hasta él y, con los ojos enrojecidos, lo acogió entre sus brazos. A pesar de estar convencida de que no era necesario decir nada más, Amanda quiso asegurarse de que el muchacho no iba a quedarse con esa sensación de abandono y orfandad que tan bien conocía. Por eso se acercó hasta pegar la boca a su oído y, de este modo, decirle en un leve susurro: —Pronto nos volveremos a ver, te lo prometo. No te voy a fallar.

Una vez pisó la calle, decidió continuar caminando un rato. Necesitaba que le diera el aire para disipar las emociones que, tras la visita a aquella casa, se le habían quedado pegadas a las suelas de sus zapatos como una sombra.

Anduvo por la acera, disfrutando de los suaves rayos de sol que despuntaban en el cielo raso de la mañana. Se acordó de Jota y añoró sus rutinas. De inmediato fue consciente de la extraña sensación que, el mero hecho de tenerlo presente, le causaba.

De manera paradójica, cuanto más se alejaba de él, más próximo lo presentía.

Capítulo diecisiete: El barco (2010)

El trasiego en el puerto era constante. Una multitud se arremolinaba en torno a la entrada de pasajeros. Entretanto, en el otro extremo, una larga fila de coches esperaba a ser introducida en la barriga de aquel mastodonte.

Amanda caminaba apresurada, quería llegar a tiempo para embarcar. Si no lo hacía, le sería imposible viajar hasta dentro de una semana, cuando estaba previsto que zarpara el próximo ferry. El embarcadero se veía plagado de unas enormes cajas metálicas estriadas, de unos tres o cuatro metros de altura. Estas transportaban mercancías pesadas y ocupaban más de dos tercios de la superficie de la explanada. La geométrica disposición de los colosales recipientes convertía a aquella planicie en un auténtico laberinto. Amanda, perdida entre los pasillos de ese improvisado parque temático, corría en una y otra dirección buscando la salida que le llevara a la pasarela de embarque. De pronto, un inesperado y fuerte tirón en el brazo la desestabilizó haciéndola caer al suelo con un brusco golpe. La maleta quedó volcada y abierta a uno de los lados. Entretanto, Amanda se vio arrastrada unos metros por aquella fuerza que, sobre ella, ejercía una figura enfundada en una sudadera negra con una capucha que ocultaba sus facciones.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Me están robando! —gritó aterrorizada.

El ladrón, haciendo caso omiso a sus súplicas, continuaba tirando con fuerza del brazo de la mujer. Ella, sacando energías de donde podía, se negaba en redondo a soltar sus preciadas pertenencias. Los nudillos, a través de la fina capa de piel, se tornaron transparentes bajo la presión ejercida sobre las asas de la pieza de cuero. Los rasponazos se iban sucediendo en las palmas de sus manos, así como en las piernas. Cada paso que daba el ladrón obligaba a Amanda a reptar por el firme unos cuantos centímetros. La quemazón que le causaban las heridas, al ser impelida sobre el pavimento, era intensa. Esta nueva experiencia aterradora le trajo a la memoria la angustia de las dos vueltas de campana dadas por el automóvil, una fatídica noche del mes de marzo de hacía ya muchos años. En ese accidente, lo primero que sintió fue el impacto, poco después la sangre y los gritos ocuparon todo el espacio, como una burbuja donde solo tenían cabida la muerte, el horror y un amasijo de hierros. Recordaba con claridad el estallido de los cristales a su alrededor, clavándose por todas partes como perdigones disparados a cañonazos. Visionó un cuerpo laxo atravesando la luna delantera mientras el coche giraba, en trompo, sobre sí mismo. Lo siguiente fue atravesar la mediana en un vuelo raso, invadiendo el carril contrario y quedando a expensas del azar y del destino de los viajeros que vinieran de frente.

El recuerdo se aferraba a ella con tanta saña que apenas notaba los estragos originados por la gravilla, que se iba incrustando bajo su epidermis. Por más escarnio que sufriera, aquel mal no tenía ningún parecido con el de los diminutos cristales del coche lacerando su piel, ni con las proyecciones de muerte y destrucción que arrojaba su yo del pasado. Era como si todo el suceso presente transcurriera en un plano análogo, donde la realidad solo fuera el fruto de una ilusión óptica. En este instante, su única preocupación pasaba por evitar que esa figura negra, que se cernía sobre ella, lograra arrebatarse lo que más veneraba, sus recuerdos, los más bellos.

—¡Maldita sea! ¡Quita las manos de ahí! ¡Suelta de una puta vez! —escupió el hombre dándole un fuerte manotazo.

—El bolso no, ¡por favor!, ¡por favor! —imploraba llorando mientras observaba cómo sus cartas, sus vivencias más felices y su existencia entera estaban a punto de escapársele de entre las

yemas de los dedos.

La mejilla de Amanda chocaba una y otra vez contra el pavimento. A medida que el vándalo tiraba del asidero, este lo hacía con más rabia que en el anterior intento. Por contra, a ella, según aumentaban los embistes, se le iban aflojando las fuerzas, como una barca hinchable que se va desinflando del aire que antes la sustentaba.

—¡Joder con la mierda de abuela esta! ¡Que sueltes, te digo! —estalló profiriendo un grito atronador mientras lanzaba una patada al aire que, afortunadamente, no logró alcanzar el abdomen de Amanda, a pesar de ser este su objetivo.

Justo entonces refulgó el brillo metálico del acero al entrar en contacto con los destellos de la luz solar. Apenas unas milésimas de segundo después, el filo de la navaja se encontraba a escasos centímetros de los ojos de su víctima. Con el pulso tembloroso, presa del nerviosismo, y jadeando debido al esfuerzo hecho, el ratero se mantuvo a su lado en cuclillas. Con una mirada vidriosa, rebotante de ansiedad y en la que se apreciaba un atisbo de locura, vociferó un sinfín de exabruptos y blasfemias sin acabar por decidirse a soltar ni el arma blanca que sujetaba, ni el botín que pretendía robar.

—¡Ahhhhhhgggggg! ¡Maldita vieja inútil! ¡Suelta el jodido bolso, te digo, si no quieres que te mate!

—Quédate con el di-di-di-nero —tartamudeó ella, atenazada la garganta a causa del miedo.

—¡Dámelo o te rajo! ¡Joder! —chilló histérico, blandiendo la punta de su afilada navaja en el aire.

El filo pasó a pocos milímetros de la ceja derecha de Amanda, quien cerró instintivamente los ojos en un acto reflejo.

Se encontraba exhausta, magullada y con la sensación de que los dedos se le hacían añicos. Los pantalones con los que se había vestido aquella mañana estaban rotos a la altura de las rodillas. Por debajo de estos, le escocían las heridas provocadas por la fricción del suelo empedrado durante el arrastre.

—¡No me mates! ¡Ten piedad de mí! Debo encontrarme con Gioacchino. Me estará esperando y se asustará si no llego —soltó la mujer, convencida de su argumento, a pesar de lo ilusorio de sus palabras.

Harto de escuchar tanta monserga y decidido a finalizar lo que había venido a cumplir, el asaltante le pisó la mano, con la que aún sostenía la correa del bolso, dejando caer todo su peso sobre ella.

—¡Ay, ay, ay, ay! —gritó abatida de dolor—. Pero, ¿por qué me haces esto? —preguntó sin entender la mala suerte que le sobrevenía.

Ya no podía soportarlo más. El pisotón le hizo abrir el puño y extender los dedos. Con ello, liberó lo que durante tantos minutos había defendido a vida o muerte.

Desesperada por tener que desprenderse de lo único que le había mantenido el ánimo intacto para emprender este viaje, anheló sentir el frío metal atravesándole el corazón que, sin aquellas cartas, ya estaba muerto.

—¡Eh, tú! ¡Suéltala! ¡Déjala en paz! —escuchó aullar a una voz femenina que se encontraba a su espalda.

Los lamentos proferidos por Amanda parecían haber puesto en alerta a dos chicas que se aproximaron corriendo para acudir a su rescate. Entre ambas se apresuraron a ahuyentar al ladrón a base de gritos y empujones. Una de ellas lo persiguió durante unos cuantos metros, hasta que se

dio cuenta de que no podría salvar la distancia que los separaba. Entonces decidió regresar junto a su amiga y asistir a Amanda que aún estaba en el suelo, con el bolso apretado fuertemente contra su pecho.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una de ellas mientras la otra le ayudaba a incorporarse.

—Sí, bonita. ¡Qué susto! —dijo secándose las lágrimas y pasándose la mano por la maltrecha mejilla.

—Un médico debería verle esas heridas.

—Tranquilas, son solo unos rasguños —respondió con una sonrisa que no logró disimular el desasosiego que le había provocado el mal rato vivido.

—Además, hay que denunciar a ese desgraciado —terminó por decir la otra chica, con cara de preocupación y verdadera rabia.

—No os alarméis, estoy bien. Lo denunciaré ante el capitán del ferry cuando suba a bordo. Ahora no puedo perder más tiempo, mi barco zarpa enseguida.

—Pero ese capullo no se puede ir de rositas.

—Lo sé, lo sé. Si no lo denuncio hará esto con cualquier otro pasajero. Lo lamento, de verdad, pero es necesario que embarque ahora mismo. No me malinterpretéis, no puedo hacer otra cosa, es imprescindible que coja ese barco —explicó con angustia.

—¿Va a Livorno?

—Sí, así es.

—¡Nosotras también!

—¿Sí? Pues si no nos damos prisa todas nos quedaremos en tierra —les recordó con el ánimo algo más recuperado.

—Yo soy Lucía, y ella es Amaya. Le ayudaremos con la maleta y en cuanto embarquemos daremos aviso del asalto e iremos a curar esas heridas, no vaya a ser que alguna se infecte.

—Encantada de conoceros. ¡No sabéis cuánto! Aunque hubiera preferido que fuera en otras circunstancias —dijo con una media sonrisa—. Me llamo Amanda.

—Encantada, Amanda. ¿Puede andar? —se interesó Lucía al ver que cojeaba.

—Sí, sí, es solo el golpetazo. Y tuteadme, por favor. Con estas aventuras una se siente más joven, no me estropeéis la ilusión —intentó bromear.

—¡Oh, vamos! Si estás hecha una chavala. Yo no hubiera resistido tanto tiempo agarrada a un trozo de tela. Parecías querer hacer esquí acuático, pero en tierra —Rieron las tres.

Realizaron el trayecto que les restaba hasta el barco caminando despacio. Amanda iba asida del brazo de Lucía y Amaya se encargó de llevar su equipaje. Las tres entregaron sus tarjetas de embarque y pidieron hablar con el capitán para dar parte del hecho que había sucedido en el muelle. Una vez puesto el intento de hurto en conocimiento de las autoridades, las chicas la acompañaron hasta su camarote. Allí se acomodó y se desinfectó las heridas. Por fortuna, Amaya siempre llevaba consigo un pequeño botiquín de emergencia. Ceremoniosamente, esta le aplicó un algodón con povidona yodada en los múltiples rasguños y le puso una bolsa de hielo, que habían pedido en el bar, sobre los hematomas. Poco después, tras asegurarse de que Amanda se encontraba en buenas condiciones, las dos chicas la dejaron descansando para ir a buscar su propio camarote y deshacer allí sus maletas.

De pronto, la ansiedad de lo acontecido surgió como una amenaza acechante. Amanda temió que, de nuevo, aparecieran los peligrosos fantasmas del pasado. Decidió subir a cubierta y distraerse con el ambiente de despedidas desplegado por los viajeros.

Se asomó a estribor y contempló el azul del mar que parecía hacer tope con el horizonte. A

abor, un nutrido grupo de personas regalaba besos al aire, afanándose por demostrar cuánto iban a echar de menos a aquellos que quedaban en tierra. Los otros, desde el puerto, alzaban sus pañuelos blancos en señal de un adiós rendido a las emociones. Quien más y quien menos derramaba alguna que otra lágrima ante la marcha del ser querido. Amanda, no pudiendo participar de aquel espectáculo, se retiró hacia otro lugar para ver la inmensidad de unas aguas en apariencia tranquilas, aunque ella sabía que, el mar, como la propia vida, podía mostrar su furia y enfado con un imprevisto y súbito cambio de viento. Amedrentada por la inquietud, rogó porque el destino le deparara una travesía apacible. No se veía con la presencia de ánimo necesaria para sobrellevar más embates sin salir malherida de una nueva contienda.

Las suaves rachas de aire templado transportaban el aroma a sal y algas hasta la cubierta. El simple roce de la corriente le causaba un incómodo escozor en las laceraciones que, como un mapa, surcaban su rostro. Por contra, el leve soplido aliviaba en parte la persistente irritación de su pómulo enrojecido. Esta sensación le hizo evocar ciertas reminiscencias de su niñez. Le trajo a la memoria los momentos de felicidad en los que su madre soplaba, con sus labios color amapola, sobre los rasponazos causados por alguna caída. Después, ella nunca olvidaba añadir la frase que, mágicamente, hacía desaparecer todos los males: “Cura sana, cura sana, si no te curas hoy... ¡te curarás mañana!”. El ritual de sanación finalizaba con los dedos de su madre apretándole las axilas, causándole así unas incontenibles cosquillas. Con este ceremonial, terminaban las dos abrazadas, muertas de risa, con las heridas felizmente echadas al cajón del olvido.

Las imágenes del ayer lograron arrancarle una tímida sonrisa, un bálsamo que, en estos momentos de soledad, sin duda necesitaba.

La tripulación se dispuso a desatar los cabos de amarre. Comenzaba a oírse la propulsión del motor que pronto empujaría la nave sobre las aguas del Mediterráneo, poniendo rumbo hacia Italia.

De pronto, Amanda notó una mano que se posaba con firmeza sobre su hombro. Con el susto metido en el cuerpo, dio un salto hacia delante seguido de un leve quejido. La pierna se resintió al tratar de amortiguar el pequeño bote que se vio obligada a practicar por el inesperado contacto. Aún no había logrado recuperarse de la agresión sufrida y, un sobresalto como este, sin previo aviso y por la retaguardia, era lo menos adecuado para recobrar la calma.

Cuando se volvió sobre sí misma para ver a quién tenía que censurar su conducta, la sorpresa fue mayúscula. Tanto que su desconcierto casi la colocó al borde del infarto. Allí estaba él, con su pelo alborotado por el viento y un brillo especial en los ojos.

—¿Qué haces tú aquí?! —le interrogó de inmediato.

—¿No te alegras de verme?

—Por supuesto que sí. Pero el barco está a punto de zarpar.

—Me voy contigo a Italia.

—Pero... ¿Qué estás diciendo? ¿Estás loco?

—¿Por qué dices eso? ¿No eras tú la que prometiste que nunca me ibas a abandonar?

—Las cosas no se hacen de este modo. Sabes muy bien que no puedes desaparecer así, por las buenas.

—¿Y tú sí?

—Lo mío es distinto.

—Todos acabáis diciendo lo mismo. Siempre mentís. Está claro que no se puede confiar en ninguno de vosotros —argumentó con desprecio.

—Te prometí que no te iba a fallar y así será.

—Ya veo... —Se le oyó decir entre dientes.

—Ahora tienes que irte. Vuelve a casa. Ni siquiera sé cómo has logrado subir a bordo.

—Por lo que se ve, ha sido más fácil colarme en el barco que en tu corazón. Me has engañado como a un tonto. Pero no te preocupes por nada, ya estoy acostumbrado. Solo eres una promesa más incumplida.

—Por favor, no me digas eso...

En ese momento, varios miembros de la tripulación alertaron al pasaje con el sonido de un silbato. Los hombres iban registrando los botes salvavidas e identificaban a todos los que mostraban, según ellos, un aspecto sospechoso. Indudablemente, trataban de encontrar a alguien. Los rumores pronto se hicieron noticia y fueron pasando de un grupo a otro: un polizón había subido a bordo y, hasta que no dieran con él, no les estaría permitido zarpar.

—Pensé que tú eras distinta. ¡Qué ingenuo he sido! ¡Cuánto me he equivocado! —resopló con voz áspera antes de alejarse y dirigir sus pasos hacia los marineros que le andaban buscando.

Amanda se quedó paralizada, bloqueada por el encuentro y la conversación mantenida. Vio cómo lo hacían bajar del ferry a empujones, y cómo era entregado a la policía. Todavía conmocionada, al fin logró reaccionar; echó a correr como pudo, con su pierna lastimada, hasta alcanzar la barandilla.

—¡Christian! ¡Christian! ¡Christian! —chilló justo cuando el olor del petróleo y el sonido de los motores se elevaban por encima de su voz, ahogando su llamamiento desesperado.

El muchacho se volvió un instante sobre sus pasos, con el brillo de sus ojos, en esta ocasión, completamente apagado. Un agente lo espoleó y Christian desapareció al adentrarse en uno de los coches patrulla.

—Te prometo que no te voy a fallar, Christian. ¡Lo juro! —gritó.

No estaba segura de si él habría llegado a escuchar alguna de sus palabras. El desaire de su rechazo le resultaba un peso insoportable. Aunque sabía que, ahora, por más que se fustigase ante la escena del abandono, se encontraba con las manos atadas; en este momento, nada podía hacer para cambiar su destino. Aun así, estaba resuelta a idear algo durante la travesía que pusiera remedio a su infortunio. Tampoco pudo olvidar la angustia que la detención del chico suscitaría en su madre pero, una vez más, se sobrepuso a los pensamientos adversos para poder continuar con el plan que había fraguado.

El barco se fue alejando poco a poco de la costa. Allí mismo, mientras el paisaje se iba convirtiendo en una única extensa masa de agua salina, adquirió un compromiso firme: cumpliría su juramento.

Permaneció el resto de la jornada cobijada dentro de su camarote, reponiéndose de todas las experiencias vividas y de la amargura que le habían supuesto las duras acusaciones lanzadas por Christian.

A la hora de la cena, se esforzó por bajar al salón a tomar un tentempié, a pesar de ser consciente de que su estómago encogido y su culpabilidad, muy probablemente, le impedirían probar bocado.

—¡Amanda! ¡Hola! ¿Qué tal te encuentras? —le interrogó Lucía que se hallaba sentada con su amiga en una mesa ubicada en la entrada.

—¡Hola, chicas! Pues veréis, gracias a vosotras puedo decir que estoy viva, ¿os parece poco?

—Anda, ven. Siéntate con nosotras.

Amaya se levantó para aproximar una silla y colocarla justo frente a ellas.

—Os lo agradezco. Hoy no es un día para cenar sola, la verdad.

—Desde luego que no. No te preocupes, estamos encantadas de compartir esta velada contigo, ¿verdad, Lucía?

—Por supuesto —asintió—. ¿Quieres que te acerque algo del *buffet*?

—No te preocupes. Gracias. Tomaré un poco de fruta y un yogur. No tengo mucho apetito.

Las tres mujeres se levantaron de sus asientos y recorrieron los expositores donde se encontraban las diferentes bandejas de comida a disposición del pasaje. Esa era la mejor hora para acudir al comedor. El salón se encontraba prácticamente vacío y los recipientes estaban repletos de comida sin tocar apenas.

—Y bien, Amanda, ¿por qué te diriges a Livorno? —se interesó Amaya mientras comía a medias con Lucía una tajada de merluza en salsa verde.

—Es una larga historia. Pero digamos que es el corazón lo que me lleva hasta allí. Voy a recuperar un amor de juventud.

—¡Oh! ¿En serio? ¡Eso es precioso! —exclamaron las dos chicas a la vez, riéndose por la casualidad de la respuesta efectuada al unísono.

—Y a vosotras, ¿qué es lo que os lleva hasta allí? —preguntó Amanda antes de que la curiosidad de las jóvenes les llevara a ahondar más en sus averiguaciones.

—Vamos de turismo —dijo Lucía mirando a los ojos de Amaya, quien le correspondió con una sonrisa y una mirada cargada de complicidad.

—Eso está genial. ¿Qué ciudades pensáis visitar?

—Roma, Pompeya, Pisa, Florencia, Venecia... Nuestra idea es viajar en tren y recorrer todas las ciudades y pueblos que podamos. Iremos bajando y subiendo según nos vayan gustando, o no, las localidades que visitemos. Es algo que siempre hemos querido hacer las dos. Es el viaje de nuestros sueños.

A Amanda le pareció ver una unión especial entre ambas chicas. Se fijó en cómo se miraban, cómo se conocían, hasta el cómo se tocaban resultaba algo íntimo y sensual. Lo hacían de una manera hermosa, con suma ternura. Intuyó que por debajo de la mesa se sucedían gestos destinados a la privacidad, y ocultos ante el miedo a encontrarse con algún odioso ojo inquisidor. Mientras tanto, mantenían una alegre charla hablando acerca de los planes del futuro, las experiencias del pasado y alguna confidencia, no demasiado deshonrosa, del tiempo presente.

Lucía, la más tímida y apocada de todas, asentía ante la verborrea de Amaya, mucho más extrovertida y resuelta que la anterior. Las dos jóvenes habían recorrido juntas medio mundo y eran portadoras de anécdotas con las que todas se desternillaron de risa.

Tras acabar sus raciones, decidieron tomar un té rojo ellas, y uno verde Amanda. Estaban soplando sobre los líquidos de colores, que aún hervían en sus tazas de loza, cuando una pareja se acercó hasta su mesa. Sus facciones evidenciaban un gesto adusto y un rechazo que no hacía presagiar una entrevista nada agradable. Ambos se quedaron parados frente al trío acomodado en la mesa, en silencio, con sus miradas de repudio tan claras como el fulgor de una linterna encendida en una noche cerrada.

—Sí, son ellas —dijo la desconocida mascullando entre dientes.

—¿Desean algo? —replicó Amanda con el tono más amable que fue capaz de expresar.

—¿Es usted la madre de alguna de estas dos? —preguntó el hombre con desprecio.

—No. Pero no creo que eso sea de su incumbencia —contestó Amanda molesta.

Mientras tanto, Amaya y Lucía continuaban observando la escena sin articular palabra. Procuraron permanecer ajenas a la conversación, a pesar de sentirse protagonistas. No era la

primera vez que se enfrentaban a una situación similar.

—Vaya que si es de nuestra incumbencia —insistió la anónima mujer, alzando aún más la barbilla.

—Pues discúlpeme, pero no entiendo a qué viene tanto interés.

—Entonces se lo tendré que explicar —continuó hablando, con actitud altiva.

—Hará bien en explicármelo, señora. Porque llevan un rato ahí, de pie, y todavía no sabemos a qué debemos el honor de su presencia —arguyó Amanda con cierta sorna—. Tal vez quieran sentarse con nosotras y disfrutar de nuestra compañía.

—¡Ni en un millón de años! —clamó la mujer, con visible desagrado en su cara de institutriz constreñida.

—Estas dos —dijo él señalando con el dedo índice a Amaya primero y a Lucía después—, están dando un espectáculo. Es una auténtica aberración.

—¡No le voy a permitir que hable así de nadie y mucho menos de mis amigas! —explotó Amanda.

—¿Ah, sí? ¿Y a usted qué le parecería entrar al tocador de señoras y encontrarse a dos mujeres en una actitud indecorosa?

—No sé a qué se refiere con ese eufemismo. Pero si es lo que me imagino, me parecería magnífico. Y, sinceramente, les diré algo que sí les incumbe a los dos: los únicos que están dando un ejemplo patético y que tienen una actitud poco decorosa son ustedes. Es más, me atrevo a decirles que tienen una mentalidad miserable y retrógrada y que, además, resultan unas personas desagradables y muy maleducadas.

—¿Cómo se atreve?

—Y usted... ¿Cómo se atreve? Debería caérsele la cara de vergüenza.

—Vámonos de aquí, Marcos. Esto es inconcebible, qué falta de respeto —escupió asiendo al hombre por el brazo y empujándolo hacia la salida.

—Sí, será mejor que se vayan. Pero para demostrarles que no soy una grosera, tal y como ustedes creen, déjenme que me despida como se merecen —dijo Amanda mientras se levantaba de su asiento para dirigirse hacia la pareja.

Se aproximó todo lo más que pudo a la mujer. Con sencillez, le estampó un largo beso en los labios que la dejó sin aliento ante la atónita mirada del individuo que la acompañaba. Ninguno de los dos extraños se movió del sitio, parecían tener los pies clavados al suelo.

Cuando Amanda al fin apartó sus labios de los de ella, la pareja se alejó de allí, huyendo despavorida.

—¡Espero que lo hayas disfrutado, cariño! —gritó entre risas Amanda mientras observaba cómo se escabullían.

Las tres brindaron con aire triunfal, entrechocando sus infusiones.

—Eres tremenda —rio Amaya.

—Calla, calla, ya verás cómo esta repite —le respondió jocosa.

—Lo que eres es una persona estupenda —aseveró Lucía con una huella de agradecimiento en sus pupilas.

—Nunca dejéis que nadie cercene vuestra libertad. La vida es demasiado corta para estar dando la razón a quien ni siquiera tiene corazón.

Las dos asintieron ante la lógica indiscutible de Amanda.

Un poco más tarde, las tres se retiraron a sus camarotes. Lucía y Amaya iban cogidas de la mano, pudorosas por la novedad que les suponía la exhibición pública de ese hecho, pero

pletóricas por poder disfrutarlo. Pactaron no más besos dados a escondidas en lavabos, no más caricias tapadas por abrigos, no más ganas contenidas, no más días con vigilia.

Amanda se quedó un rato mirándolas. Le fue difícil contener un conato de envidia. Se apoyó en la barandilla y miró al mar que ya se había transformado en un monstruo oscuro capaz de engullir a cualquiera que se arrojara en sus brazos. Pensó en la chica de las trenzas color zanahoria y en sus ballenas. Incluso tuvo un breve recuerdo para Tinnet y la mujer de los pies descalzos. A todos ellos les deseó la mejor de las aventuras.

La noche había refrescado y quedaban ya pocas horas para llegar a destino. Introdujo la tarjeta en la ranura para acceder a su camarote y abrió la puerta que daba paso al microscópico habitáculo. Al accionar el interruptor de la luz, la claridad le cegó la vista. Segundos después, la fluorescencia que provenía del techo le devolvió a una soledad blanquecina. Sacó de su bolso las cartas y la hoja de papel con el retrato que Christian le había regalado. Con todo ello sobre la mesilla, se sintió menos sola.

Capítulo dieciocho: Tuo per sempre (2010)

Perplejo aún ante la desventura que la marcha de Amanda le había supuesto, Jota se mantuvo despierto por segundo día consecutivo. Ausente, eclipsado por una realidad que resultaba confusa, contemplaba la pantalla del móvil a cada rato, pendiente de una llamada que no acababa de producirse.

Agotado por el cansancio mental que la búsqueda de respuestas le había originado, permaneció tendido en la cama vestido con el mismo traje con el que dos días atrás se fue a la oficina. No había conseguido juntar las fuerzas necesarias para desnudarse. Ni tampoco se atrevía a perder un solo minuto de tiempo en ello, no fuera a ser que Amanda, una vez liberada de su ofuscación, estableciera contacto sin estar él disponible para salir de inmediato a buscarla. Por eso se tumbó sobre la cama vestido, sin sacarse siquiera los zapatos de encima. Su aspecto era el de un cadáver amortajado, algo que, en verdad, solo era el reflejo de cómo se sentía por dentro: marchito y descompuesto.

Con las primeras luces del alba, Jota buscó con la vista algún cambio que señalara que lo vivido había sido una pesadilla. Sin embargo, nada de lo que a su alrededor pudo ver le dio esa satisfacción: la ausencia de las fragancias de la mañana, la falta del vapor impregnado en el espejo del baño, el rancio olor a vino dejado durante la noche anterior sobre la encimera, sin ser aún sustituido por el aroma a café recién hecho no lograron más que refrendar sus temores. Todas las secuencias pasaban a cámara lenta por su cerebro. El entorno confirmaba la descarnada noticia de la desaparición de la persona que más quería; no le quedaba más remedio que asumir el abandono de Amanda.

Retomó entre sus manos la instantánea, esa fotografía que se había colado en el libro como sutil marcapáginas. La observó con brevedad, con la mirada puesta únicamente en la sonrisa, en apariencia dulce y sincera, de su mujer. Sabiendo lo que se iba a encontrar, dio la vuelta a la foto. En el reverso releyó con cierta aflicción la frase que había quedado allí manuscrita: “Tuo per sempre”.

Deambuló por la casa como un fantasma en busca de alguien a quien asustar, para dar así una razón a su malograda existencia. Arrastró los pies por el suelo enmoquetado. Si se fijaba bien, aún se podía apreciar alguna huella dejada por el tacón de las zapatillas de Amanda. Buscó el aspirador. Lo enchufó y consiguió que el ruido estridente del aparato atenuara el incómodo silencio instalado, como un mueble más, en el interior de la casa. Aspiró las pisadas para eliminar todo rastro, aunque la imposibilidad de aspirar de igual modo su sufrimiento le dejó cabizbajo y alicaído.

Aún iba pertrechado con la corbata y la ropa de hacía dos jornadas, los mismos días que hacía que no se afeitaba. Su aspecto era semejante al de un vagabundo que hubiera pasado una semana bebiendo, a pesar de que la única ebriedad que invadía su cuerpo era el del cóctel de la nostalgia. En el bolsillo del pantalón notó vibrar el móvil. El pulso se le aceleró, insufló aire hasta llenar por completo sus pulmones en un estéril intento de moderar la súbita taquicardia. Le quemaba la garganta a consecuencia de la emoción y hasta las ojeras tomaron un color más pálido, por la dicha que supondría recibir noticias de Amanda. Excitado, con un temblor extraño en las manos, sacó el teléfono que casi se le resbala. En la pantalla, un nombre: Mauri. Un aire de desaliento desabrigó de nuevo su estado de ánimo.

No pensaba hablar con Mauri de ninguna de las maneras. No estaba dispuesto a trasladarle el malestar que sentía. No a él.

Sentado en el sofá del salón, con los dedos atrapados entre los rizos de su pelo negro salpicado de canas, y la cabeza apoyada entre las piernas, se planteó si debería dar parte a la policía. No estaba seguro de hacerlo; en su fuero interno daba por sentado el hecho de que, ante lo acontecido, solo existía un único culpable, él mismo.

Se puso de pie empujado por una chispa de lucidez. Cogió la cartera, su documentación, algo de dinero para el pasaje y guardó en el bolsillo interior de la americana la foto. Sin cambiarse de ropa, se lanzó a la calle con un claro objetivo: encontrar a la mujer de la que había estado enamorado toda su vida.

Caminó decidido, pisando con ímpetu el embaldosado de las aceras, como si una fuerza poderosa le hubiera invadido, para recorrer un sendero que comprendía debería haber recorrido hacía ya mucho tiempo. Aún no era tarde, estaba convencido de que todavía podía enmendar los errores.

Ajeno a las miradas críticas que sobre él vaciaban los paseantes al observar su aspecto desaliñado, andaba a grandes zancadas, con prisa por llegar a ese lugar que, de momento, se hallaba en ninguna parte.

Tenía el convencimiento de que al finalizar el recorrido todo adquiriría un significado. Tan solo debía dejarse guiar por su instinto y, aunque pudiera darse la circunstancia de que el fin fuera un final no deseado, no le cabía la menor duda de que eso sería mejor que quedarse colgado en un intermedio vacío.

De pronto le apremió la urgencia. Echó a correr por las calles, empujó a los viandantes que ocupaban todo el ancho de las aceras. Se abrió paso a codazos, sorteando los cuerpos que se interponían en su trayecto y esquivó sus ojos de asombro ante la presencia de aquel loco de traje arrugado que trotaba por el asfalto camino del aeropuerto.

Capítulo diecinueve: El perdón (2010)

El ferry había fondeado en Livorno y Amanda se encontraba realizando el que, en principio, se convertiría en su último trayecto.

El traqueteo constante del tren le devolvió la serenidad que tanto ansiaba. Con un instinto de protección y quizás también de supervivencia, apretó el bolso contra su vientre. En ese instante, un rayo de sol traspasó el cristal de la ventanilla deslumbrando a los ocupantes del estrecho compartimento. El haz de luz confluyó, de manera premonitoria, sobre sus dos manos cruzadas encima de la pieza de cuero. El calor atravesó el interior del bolso hasta penetrar en su piel proporcionándole, de manera inconsciente, una calidez maternal y terapéutica que se asentó entre sus vísceras, para llenar el hueco vacío que la pérdida había dejado. Entonces lo supo con certeza; el perdón era el trecho definitivo a recorrer para poder así culminar su designio.

Bajó en la estación de Arezzo. Inspiró el aire puro de la Toscana y llenó sus pulmones del valor suficiente para afrontar ese último tramo.

Sus pies le llevaron frente al muro de piedra que salvaguardaba el camposanto. Todo permanecía tal cual ella lo recordaba. Amanda se percató de que sería capaz de reproducir de memoria el camino que conducía al mausoleo. Podría trazarlo, sin equivocarse un solo milímetro, con los ojos cerrados. El paisaje de losas y cruces se adivinaba a través de los elevados cipreses. Inhaló una bocanada de oxígeno y empujó la verja de hierro por la que se accedía al interior del cementerio. Fue caminando entre las lápidas, sobrecogida, con un hondo respeto consagrado hacia quienes allí yacían, habitando sus tumbas.

Al fin llegó hasta el panteón. El mármol gris albergaba los cuerpos de los enterrados. En lo alto, una cruz y la figura de un ángel presidían la lápida. Levantó la vista hacia la inscripción grabada en la losa y en la que se podía apreciar un epitafio que había leído miles de veces:

Qui riposano i resti di Gioacchino Bertucci

¿Por qué ese maldito accidente tuvo que arrebátárselo de sus brazos tan pronto? Tantos años después y aún no conseguía entenderlo. Un hecho tan execrable era arduo de disculpar ni por el más generoso de los corazones. Le resultó, desde cualquier punto de vista, injusto. Se enfadó con la vida y con quienes transitaban por ella sin apreciar su desgracia y su inconmensurable dolor.

Amanda se hallaba tan enfrascada en su frustración que no fue consciente de los pasos que se le aproximaban. Gabriella apareció a su lado, portando una tímida sonrisa pegada a los labios. En su mano derecha sostenía un precioso ramo de magnolias.

—Me alegra verte. Estaba convencida de que si en algún sitio podría encontrarte, sería aquí.

—Hola, Gabriella. Yo también me alegro de verte. Ya veo que tu español ha mejorado mucho desde la última vez que hablamos.

Mientras se daban un abrazo, Amanda pensó en cuánto y qué rápido había pasado el tiempo por ellas. Gabriella se había convertido en una mujer madura, con un parecido asombroso a su madre. No solo en lo físico, sino también en las tradiciones que dejó instituidas antes de despedirse.

—Vengo todos los días a estar con ellos —explicó Gabriella señalando la lápida donde estaban el nombre de Gioacchino, el de su madre y el de sus abuelos.

—Te agradezco que hayas cuidado tan bien del pequeño todos estos años —dijo Amanda con un ligero sollozo.

—Era mi sobrino, lo quería como a un hijo, ya lo sabes. Mi desconsuelo, y más aún el de mi madre, fueron desgarradores cuando él falleció. De hecho, creo que esto fue lo que acabó con la poca cordura y salud que aún le quedaban. Primero se fue papá, después sucedió lo del pequeño Gioacchino y, por último, tu enfermedad y vuestra marcha. Mamá no pudo resistir tanta tristeza.

—Entiendo lo que dices, pero ni te imaginas lo que supuso para mí pasar por ese percance. Verle salir despedido del coche. Sentir su cabecita chocar contra el asfalto, con un ruido seco. ¡Es una imagen horrible que no puedo sacarme de la cabeza! —exclamó con las manos puestas sobre las sienes—. Justo en ese momento, allí mismo, supe que lo había perdido. ¡Fue espantoso, Gabriella, espantoso! —Lloró—. Mi hijo se desangraba en el suelo y yo no podía hacer nada para salvarlo. Él estaba tumbado, en mitad de la carretera, su cuerpo desmadejado descansaba sobre un charco de sangre que cada vez se hacía más extenso. Y, mientras tanto, yo estaba atrapada entre todos esos hierros que me mantenían inmovilizada. Fui consciente de cómo se le escapaba la vida. ¡Solo tenía diez años! ¡Por Dios, diez años! —vociferó con un alarido que sonó aterrador—. Los cristales eran como balines que nos acribillaban. El coche daba vueltas y más vueltas. Yo solo podía gritar, aunque ni siquiera sé si de mi garganta salía alguna palabra. Todo parecía tan irreal y tan cierto a la vez. Su padre había perdido el conocimiento y mis piernas no se movían, cercenadas bajo la chapa. El único dolor que sentía entonces era el de no poder ayudar a mi hijo. Cuando el coche saltó la mediana creí que yo también moriría. Lo vi todo, Gabriella, todo. Me encontraba allí, a tan solo unos metros, sin ser capaz de hacer nada. Yo era su madre, tenía el deber de protegerlo, de salvarlo llegado el caso, ¿lo entiendes? Debía cogerle la mano y susurrarle “Cura sana, cura sana, si no te curas hoy... ¡te curarás mañana!”. Entonces todo se arreglaría. Todo se arreglaría... —Amanda se estremeció con una congoja inconsolable que sobrevoló los sepulcros, contagiando de una melancolía infinita los nichos adyacentes.

—Fue una calamidad. Pero escúchame bien, no estaba en vuestras manos evitarlo, en las de ninguno de los dos, ¿me oyes?

—Ahora lo sé, Gabriella. Lo lamento. Lo siento mucho, de verdad. No he sembrado nada más que amargura en tu familia. Le eché la culpa a tu hermano, pensé que, si no se hubiera bebido esa cerveza, tal vez hubiera podido impedirlo.

—Amanda, por favor, no empieces de nuevo con eso. La negligencia no fue suya. Fue el otro conductor quien venía invadiendo el carril contrario. Resultó imposible sortear el coche. El impacto fue inevitable.

Amanda subía y bajaba los hombros en un frenético movimiento, como el aleteo de un colibrí, provocado por la angustia y las lágrimas que la desesperación le hacían derramar con un sufrimiento irrefrenable.

—Inevitable... —repitió, atragantándose, mientras trataba de convencerse de ello.

—De ninguna de las maneras hubierais podido salvarle.

—Era tan joven. Salía tanta sangre de su pequeño cuerpo. Él me miraba, me suplicaba —continuó diciendo Amanda, con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, observando la expresión de Gabriella.

—Murió al instante, Amanda. La autopsia lo certificó. No le dio tiempo de darse cuenta de

nada. Sé que eso no es alivio ninguno, pero fue así. Mi hermano no tuvo la culpa.

—Perdonadme todos, Gabriella. Por favor, perdonadme. He hecho sufrir a tu hermano, le he dejado desamparado durante estos años, incumplí la promesa que nos hicimos, olvidé el amor puro que nos teníamos. Eché a perder nuestra vida.

—Shhh, no digas eso, él aún te ama y os quedan muchos proyectos en común por compartir.

Gabriella le dio un pañuelo para que secara sus lágrimas. Depositó las magnolias sobre la tumba y rezó un Ave María en italiano. Amanda se arrodilló ante la lápida y con las manos apoyadas sobre el frío mármol pidió en voz alta una indulgencia plenaria por sus faltas.

—Amanda, no te equivoques, no son ellos, ni nosotros, los que debemos perdonarte. Eres tú quien tienes que darte la absolución a ti misma. Solo entonces podrás mirar a los demás a los ojos y sentir la libertad de volver a ser tú de nuevo.

La mujer se puso en pie y la contempló con un hondo agradecimiento. Sabía que esa era la verdadera respuesta. Para eso había viajado hasta Italia. Si no se perdonaba, si no pasaba por alto todos los errores cometidos, jamás podría retomar la senda del amor que un día emprendió y jamás se recuperaría a sí misma. Viviría siempre en un mundo sembrado de su propia amargura, cosechando melancolía.

Las dos mujeres salieron del cementerio cogidas del brazo, en silencio, cada una sumergida en sus propias cavilaciones.

Gabriella le señaló un Fiat Punto estacionado en los alrededores.

—Tengo el coche aparcado ahí mismo. Quiero que me acompañes a un sitio.

—No sé si es el momento.

—Te aseguro que no vas a encontrar un momento mejor. ¿Sabes qué día es hoy?

—Veintiocho —contestó Amanda.

—En efecto.

Metieron la valija en el maletero y las dos mujeres se subieron al automóvil. Pronto Amanda reconoció cada rincón por el que transitaban. El río Arno, la Basílica de San Francisco y la Catedral fueron quedando a su espalda. En el primer desvío de la carretera, tomaron rumbo a Nápoles. Por delante les quedaban cuatro horas de un largo viaje en las que poder redimirse.

—¿Vamos a Nápoles?

—Ajá, así es.

—¿Aún sigues yendo allí cada veintiocho?

—Sí, no he faltado un solo día.

Amanda notó que Gabriella se guardaba algo para ella. Era como si las palabras se le hubieran quedado adheridas a la garganta, deseosas de darle alguna noticia que tenían prohibido confesar. Por eso, insistió.

—Algún día tendrás que dejar de esperarlo. Aunque te duela.

Gabriella se tomó unos segundos antes de dejar sentado lo que parecía una declaración de intenciones.

—Tal vez ese día llegue antes de lo que piensas.

En el camino, Amanda le contó lo curioso que le había resultado esta especie de éxodo migratorio. Le habló de toda la gente con la que se había topado y cómo cada uno le mostró una lección de la que sacó una enseñanza.

Las horas de viaje pasaron volando. Enseguida entraron en el caos del tráfico que reinaba habitualmente en la ciudad. Se encontraban a pocos metros del puerto. Aparcaron el coche y

Gabriella tomó del interior otro ramo de flores, uno exactamente igual al que había dejado depositado hacía unas horas en el cementerio.

Dirigieron sus pasos hacia el rompeolas, allí donde cada veintiocho, de cada mes, de cada año, Gabriella, acompañando a su madre, perseveraba en la espera del ansiado regreso de su progenitor.

Amanda entornó los ojos para ver con más claridad la figura que se dibujaba entre la bruma. No estaba segura, pero si su vista no la engañaba, al fondo se encontraba Jota, con la mirada puesta en la inmensidad del mar que bañaba la costa napolitana.

Echó a correr, escéptica ante aquella visión y con la necesidad imperiosa de arrojarse a sus brazos.

—¡Jota! ¡Jota! —le llamó todo lo más alto que sus cuerdas vocales le permitieron.

El hombre no se giró. Entonces Amanda comprendió su descuido y repitió su llamamiento.

—¡Gioacchino!

De inmediato, los dos se encontraron de frente. Con el dolor y la alegría mezcladas en sus semblantes, Amanda reparó en el traje arrugado que llevaba Gioacchino. Lo estrechó con tal fuerza que frunció todavía más la tela de la chaqueta ya de por sí arrebujada.

—*¡Amore mio, non sai quanto ho sofferto!*

—Lo sé, y lo lamento muchísimo.

—Estos años han sido duros, pero estos tres días sin ti han sido una auténtica tortura. No quiero perderte.

—Jota...

—Gioacchino —le corrigió él.

—Discúlpame, aún me cuesta pronunciar el nombre que le pusimos a nuestro hijo. Por eso me es más fácil llamarte por la inicial de tu nombre traducido del italiano. Era tu viva imagen, te miro a ti y no puedo evitar verle a él.

—¿Crees que a mí no me afecta?

—Sé que sí. Al fin lo he comprendido. A partir de ahora te llamaré Gioacchino una y mil veces, como antes, todo volverá a ser como antes, te lo prometo.

—Amanda, ¿has encontrado lo que venías buscando?

—Eso creo. Venía a rogar tu perdón y el de tu familia, pero por fin he sabido que lo que necesitaba era indultarme a mí misma. Dejar de juzgarme, y así dejar de enjuiciar a los demás. Nada pudimos hacer ninguno de los dos.

—Te amo tanto... —dijo Gioacchino sacando la foto del bolsillo interior de su americana—. ¿Te acuerdas? —preguntó exhibiendo esa sonrisa conquistadora que los años no le habían podido robar—. *Tuo per sempre, bellissima.*

La apretó con fuerza entre sus brazos y la besó con una delicadeza que borró de un plumazo los sinsabores pasados. Después la pasión floreció en la intimidad de sus cuerpos, avivando el deseo que creían perdido.

—Lamento estropear este momento tan romántico —interrumpió Gabriella—, pero tengo algo importante que contaros, aunque ya se lo he avanzado a Gioacchino antes.

Los dos se volvieron hacia Gabriella, quien aún sostenía las flores entre las manos. También sujetaba una carta con el membrete del Gobierno de Islandia.

—¿Qué es eso? —preguntó Amanda.

—Hoy mismo ha llegado esta carta. Nos han escrito desde Islandia. Han hallado el pesquero en el que viajaba mi padre y que dieron por desaparecido —se explicó Gabriella.

—Nos comunican que en unas investigaciones del *Marine Research Institute* de Reikiavik, con un submarino, han encontrado al “*Miracolo*”, el barco en el que salió a faenar nuestro padre —continuó informando Gioacchino—. Estaba a casi dos mil metros de profundidad, tapado parcialmente por el sedimento marino y las algas. Las labores de rescate serán complicadas, pero sí que se podrán recuperar los esqueletos que hay en su interior. Al parecer está toda la tripulación al completo, aún no se sabe qué sucedió en realidad, lo están investigando, pero es posible que se refugiaron en la bodega por algún motivo, ya que ahí han encontrado los cadáveres. Por lo que dice la carta, creen que chocaron con algún grupo de ballenas en plena tormenta. Esto hizo que el barco se hundiera sin darles ni el tiempo ni la oportunidad de escapar.

Amanda no se podía creer que fuera precisamente el equipo del Instituto Marítimo de Reikiavik quien hubiera encontrado los restos.

—El caso es que al fin mi padre ha regresado a casa un día veintiocho, tal y como él prometió —dijo Gabriella con los ojos brillantes mientras lanzaba el ramo de flores al agua—. Sabía que él nunca nos defraudaría.

Epílogo

En el jardín de la casa, frente a los viñedos, Amanda y Gioacchino cuidaban de las magnolias que habían plantado el año anterior.

Sobre la hierba, Christian, sentado frente a un lienzo apoyado en un caballete, pintaba el hermoso paisaje de la Toscana que la naturaleza exhibía ante su mirada de artista. La semana próxima exponía sus obras en la galería Bertucci de Roma, en plena Vía del Corso.

Cerca de la hamaca en la que descansaba Amanda, Montse se divertía con sus muñecas. Jugaba a darles de comer a ellas y a Albert, quien gracias a la nueva terapia dirigida por el *Ospedale San Francesco* había avanzado mucho en su recuperación. Afortunadamente, el chico ya era capaz de ponerse en pie y dar unos pocos pasos por sí solo.

Anna, por su parte, trabajaba en el despacho que habían habilitado en el interior de la vivienda. Por fin había podido poner en práctica su título de psicología. Allí era donde recibía a sus pacientes y donde estos se recuperaban.

—¡Vamos chicos, es hora de comer! —se escuchó decir a Gioacchino ataviado con su delantal de los Beatles.

—¿Qué has preparado hoy, amor? —le preguntó Amanda.

—Vincisgrassi al horno con salsa ragú.

Un semblante alegre acompañó al cuerpo de Amanda mientras se levantaba de la hamaca para acudir al comedor.

—¿Y después tocarás Yesterday? —Le recordó con una amplia sonrisa.

—*Certo, principessa.*